

LA COCINA DE LA INVESTIGACIÓN

Reflexiones teórico metodológicas

La cocina de la investigación: reflexiones teórico metodológicas / Fabiana Rosa Martínez; Daniel Saur. - 1ª ed. - Villa María : Eduvim, 2017.

170 p. ; 21 x 15 cm. - (Cuadernos de investigación)

ISBN 978-987-699-428-6

1. Investigación. 2. Estrategia. 3. Epistemología. I. Saur, Daniel II. Título

CDD 121

© 2017

Editorial Universitaria Villa María

Chile 253 - (5900) Villa María, Córdoba,
Argentina

Tel.: +54 (353) 4539145

www.eduvim.com.ar

CiN REUN
Red de Editoriales
de Universidades Nacionales



Edición

Jesica Mariotta

Edición Gráfica

Gastón I. Ferreyra

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones publicadas por EDUVIM incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina.*

LA COCINA DE LA INVESTIGACIÓN

Reflexiones teórico metodológicas

Compiladores

Fabiana Rosa Martínez

Daniel Saur

ÍNDICE

PRESENTACIÓN <i>Daniel Saur y Fabiana Martínez</i>	9
ANDARES INVESTIGATIVOS Reconstrucción analítico-biográfica <i>Dulce María Cabrera</i>	15
TERRITORIO, POSICIONAMIENTO, RESPONSABILIDAD Y FORMAS DE RELACIONAMIENTO CON LA TEORÍA <i>Daniel Saur</i>	29
OBJETO DE ESTUDIO, OBJETO EMPÍRICO Dilemas y dimensiones a propósito de una investigación <i>Eva Da Porta</i>	47
ENTRE LA OBEDIENCIA Y EL CUESTIONAMIENTO Los desafíos de la investigación crítica en las arenas epistemológicas <i>Mariana Ortecho</i>	59
ENTRE LA IMPOTENCIA Y LO IMPOSIBLE Reflexiones en torno al proceso de producción de conocimiento <i>Jorge Foa Torres</i>	69
ENTRE SEMIÓTICA Y LITERATURA Lecturas sintomáticas <i>Gabriela Simón</i>	79
SUBJETIVACIÓN Y DISCURSO/S El devenir en las jergas <i>Fabiana Martínez</i>	89
REFLEXIONES PARA REPENSAR UNA TEORÍA DE LA HEGEMONÍA <i>Javier Balsa</i>	107

LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA COMUNICACIÓN COMO
UNA ECONOMÍA DE LAS PRÁCTICAS

129

Santiago Druetta

HEGEMONÍAS, ANTAGONISMOS Y TRANSFORMACIONES IDENTITARIAS 147
Aportes del Análisis Político del Discurso para el estudio del espacio
educativo-cultural en perspectiva histórica

Juliana Enrico

PRESENTACIÓN

Este libro reúne un grupo de trabajos presentados en el Workshop “La cocina de la investigación. Reflexiones teórico metodológicas”, realizado el 23 y 24 de junio de 2014, organizado por el Centro de Investigaciones “María Saleme de Burnichón” de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, y su publicación ha sido posible en parte gracias a un subsidio de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de esta misma Universidad. Para este evento se convocó a un grupo de investigadores e investigadoras que se han destacado por su producción reciente, algunos procedentes de universidades locales y otros, de instituciones nacionales y extranjeras, con una valiosa trayectoria en distintos campos de las ciencias sociales: comunicación, semiótica, letras, teoría política, sociología, educación, arte y derecho.

El nombre de este evento rememora otro, realizado en 2004 en la UNAM, coordinado por la Dra. Susana García Salord, con la misma intención y dinámica. Al igual que en aquel realizado en México, en nuestro encuentro el objetivo ha sido establecer un espacio de diálogo y debate sobre los modos singulares de producción de conocimiento en el campo de las ciencias sociales. A diferencia de la mayoría de las actividades de intercambio académico, orientadas a compartir avances o resultados de investigación, en esta ocasión el énfasis estuvo puesto en las formas de hacer y los modos de realización de la propia tarea. Así, el centro de la preocupación fue el “detrás de escena” o “la cocina”, de allí su nombre, de la producción académica. La reflexión involucró una diversidad de aspectos que van desde las decisiones asumidas en relación a los supuestos ontológicos y epistemológicos, hasta las estrategias metodológicas que diferentes perspectivas, y desde distintas disciplinas, se ponen en juego en la construcción de los objetos de investigación, siempre en el contexto de posicionamientos posfundacionales y antiesencialistas.

A sabiendas de que nuestra tarea se desarrolla habitualmente de un modo extremadamente solitario, este colectivo ¿identificado con modalidades no estandarizadas y que reconoce lo metodológico por fuera de procedimientos ritualizados, protocolos rígidos y secuencias burocráticas? se dispuso a la socialización de experiencias, poniendo a disposición de los colegas, de manera generosa, los aprendizajes realizados.

Sobre estas bases y con la intención principal de compartir, se promovió un trabajo de autoreflexividad, donde las exposiciones, varias de las cuales ofrecemos en este libro, fueran el resultado de un ejercicio de retrospectión y repaso sobre las propias prácticas, apropiaciones y usos. Las exposiciones abordaron múltiples aspectos de la actividad cotidiana, las que incluyen formas de asumir las propias limitaciones y posibilidades, las marcas biográficas en el trabajo, los modos de selección de los posicionamientos, las formas de construcción de objetos y problemas de investigación, las delimitaciones de los campos disciplinares o las tensiones y cruces entre distintos espacios de saber, las posibilidades transdisciplinarias, los niveles de abstracción y la relación entre teoría y *empirie*, la interacción con pares y comunidades académicas, la relación entre maestros y discípulos, los problemas de escritura, la validez regional o universal del conocimiento, las operaciones de jerarquía y dominancia en las construcciones del saber, la des-naturalización y la disposición crítica, la integración de perspectivas y saberes, y los problemas éticos y políticos que implica la tarea de investigar.

En este libro ofrecemos varias de las presentaciones realizadas en esa oportunidad, las que ponemos a disposición remarcando un aspecto que puede no ser central a los fines de la producción de conocimiento, pero que sin duda es fundamental desde el punto de vista humano y de la dimensión ética de la labor académica. Nos referimos al gran respeto y afecto puesto en juego en el trabajo desarrollado en este encuentro, uno de cuyos ejes ha sido la motivación por compartir en un contexto de calidez, apertura y generosidad, aspectos que elegimos promover y que procuramos no disociar de la posibilidad misma de hacer investigación.

Yendo sin más rodeos a los artículos desplegados en este volumen, el lector se encontrará en primer lugar con el texto de Dulce María Cabrera, quien parte de sostener que el diseño metodológico de una investigación se encuentra estrechamente ligado con la trama biográfica del investigador. Modelos de identificación, representaciones simbólicas, lenguajes accesibles, formas de nombrar y posibilidades de interrogar, etcétera, están inevitablemente operando en sus prácticas. Esta afirmación sitúa la reflexión en un lugar complejo desde el cual la autora desarrolla su indagación, condicionada por la tensión permanente entre las posibilidades inagotables de la experiencia biográfica y al mismo tiempo por las exigencias de suspensión o supresión de la misma. Desde estos puntos de partida el texto realiza un ejercicio de escrutinio y reflexión (desde la propia experiencia de la autora) que muestra avatares y recovecos de los procesos de investigación, resaltando escenarios y condiciones de producción de conocimiento, imbricados con las posibilidades de simbolización.

Por su parte, Daniel Saur realiza algunas consideraciones con la intención de promover la reflexión sobre aspectos presentes en una tarea compleja, la iniciación en la investigación en ciencias sociales. Para ello se detiene en tres cuestiones, procurando habilitar material para la discusión. Por un lado, la necesidad de reconocer el territorio (*episteme*) donde se desarrolla la tarea investigativa, donde el académico necesita moverse con cierta pericia. En segundo lugar, a partir de caracterizar el discurso científico como “tipo discursivo” específico, plantea la necesidad ético-política de expresar con claridad el lugar de enunciación como un requisito vinculado a la honestidad del trabajo, por respeto al lector y a la propia producción. Por último, el análisis se detiene en algunos de los rasgos habituales que se presentan en la compleja, y muchas veces tensa, relación entre tesis y tutor (o director de tesis), así como con la teoría que éste último representa.

El texto de Eva Da Porta se aboca principalmente a la problematización del vínculo entre objeto de investigación y objeto empírico, a partir de reconocer que ambos son producto de operaciones discursivas que los identifican, caracterizan, cuestionan, en definitiva, que los transforman en una entidad signifiante. De igual modo, esta reflexión va acompañada de una serie de consideraciones de sumo interés tales como las características dialógicas de la producción de conocimientos, la necesidad e inevitabilidad de que la investigación sea resultado de una labor comunitaria, ciertos fantasmas que habitan la escritura, algunos sentidos comunes del hacer académico, entre otras cuestiones.

En el caso de Mariana Ortecho, la autora presenta un conjunto de razonamientos a partir de las Epistemologías Críticas, focalizando el análisis en la difícil tensión entre la obediencia y el cuestionamiento que plantea esta perspectiva de conocimiento en el contexto de la *episteme* occidental. Atento a la preocupación por las formas en que ciertos modos de producción de conocimiento imperantes contribuyen a reproducir jerarquías, dominación y subalternización, el texto plantea aspectos muy sugerentes para repensar posicionamientos y estrategias metodológicas, en un marco de preocupación y atención por lo axiológico y lo socio afectivo.

Por su parte, el documento de Jorge Foa Torres despliega una serie de reflexiones que, a partir de precisar la mirada del investigador, se abocan a la diferenciación entre impotencia e imposibilidad a la hora de la producción de conocimiento en ciencias sociales. El texto procura responder a distintas preguntas, entre otras: ¿de qué modos es posible construir una relación tal con el mandato técnico, que permita evitar caer en la mera impotencia?; ¿qué lugar queda para la singularidad del sujeto-investigador-productor?; entre otras preguntas de relevancia.

Gabriela Simón comparte cuestiones vinculadas al armado de un proyecto de investigación organizado bajo la preocupación por “pensar el presente”, para ello se ha elegido un espacio de interrogación (literatura) y uno desde donde interrogar (semiótica). La autora muestra la fecundidad de la semiótica como mirada, como práctica de lectura sintomática, des-naturalizadora, problematizadora y crítica, operando sobre un *corpus* privilegiado para pensar los malestares sociales, los síntomas políticos y poéticos, académicos e intelectuales, de nuestra época. Apoyada en el pensamiento de Barthes y de Rancière, la autora muestra la fecundidad de este diálogo semiótica-literatura que posee alcances teóricos, analíticos y críticos de mucha potencia.

En el caso de Fabiana Martínez, la autora comienza reflexionando sobre la relación entre subjetividad (académica) y discurso, haciendo foco en el discurso científico, donde el *yo* del investigador se encuentra “hablado” a partir de la organización institucional de las ciencias y las disciplinas, de los campos de inteligibilidad, de la institucionalización de cierta verdad, ciertos paradigmas, objetos, etc., que han jugado un papel a lo largo de la historia personal del investigador. Es la concepción discursivista de lo social lo que permite esta autoreflexividad, que pone en consideración el lugar pre-configurado del sujeto, debate que ha estado signado por tres momentos canónicos de la conceptualización de lo discursivo en los últimos veinticinco años en Argentina. El momento marxista-estructuralista de principios de los 90; el modelo ternario que ocupó casi toda esa década con la preeminencia de la obra de Eliseo Verón; y un presente pos-fundacional, ampliamente difundido desde principios de este siglo a partir de la difusión y el reconocimiento académico de la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

El texto de Javier Balsa, a partir de una crítica sobre disposiciones a la investigación que denomina “disciplinadoras” o propias de los “guardianes de la teoría”, centra su reflexión sobre el concepto de hegemonía, el que resulta imprescindible para comprender la dinámica política de las sociedades capitalistas. A partir de ahí y apostando a la integración de aportes teóricos disciplinarios diversos, el texto procura: (1) señalar los contextos en los que se elaboraron las teorizaciones sobre la hegemonía, a fin de destacar la necesidad de su reconceptualización para dar cuenta de la realidad latinoamericana contemporánea, (2) justificar la pertinencia de un enfoque interdisciplinario y multiteórico para la elaboración de una teoría de la hegemonía, y (3) reseñar muy brevemente aportes de Marx, Gramsci, Laclau, Voloshinov/Bajtín; así como de analistas del discurso como Fairclough, van Dijk y Angenot.

En el caso de Santiago Druetta, el investigador resalta la necesidad de explicitar los supuestos de los que parte en su labor, para advertir al lector, pero también para tener presentes las propias posibilidades y limitaciones.

La necesidad de tener claridad sobre la posición asumida como requisito de la reflexividad es el único resguardo ante un objeto naturalizado, sostiene. A partir de estos recaudos, reflexiona sobre la gran complejidad que supone analizar las industrias culturales, desde la Economía Política de la Comunicación. Para ello propone recuperar la multidimensionalidad de lo social y, sin perder de vista el realismo y la objetividad estructural, incorporar la dialéctica entre estructura y representaciones. Los beneficios son enormes, afirma el autor, cuando se toma distancia de la monocausalidad y de las “determinaciones externas”, lo que permite pasar de un economicismo reduccionista a una “economía de las prácticas” mucho más comprensiva y abarcadora.

En el documento de Juliana Enrico la autora recupera una perspectiva que evalúa potente, el Análisis Político de Discurso, mostrando distintos modos en que este posicionamiento modifica los límites de diversas herencias y corrientes intelectuales del siglo xx, realizando un recorrido sobre sus aportes más significativos. La apuesta es a pensar la constitución de nuevas estructuraciones sociales y nuevas subjetividades históricas desde lo imposible y lo indecible, como la forma misma de todo objeto histórico-social, contra todo pensamiento que afirma la positividad, la esencia, la trascendencia. En este artículo se intentan pensar las formas mismas de la negatividad y la inestabilidad de toda significación, poniendo el acento en las rupturas, aporías, estallidos, desplazamientos, perversiones y pasiones que subvierten saberes y procesos semióticos.

Daniel Saur
Fabiana Martínez

ANDARES INVESTIGATIVOS: RECONSTRUCCIÓN ANALÍTICO-BIOGRÁFICA

*Dulce María Cabrera*¹

1. PRESENTACIÓN

En las siguientes líneas argumento que el diseño metodológico de una investigación se encuentra estrechamente ligado con la trama biográfica del sujeto que investiga. En esta ocasión me interesa destacar que si bien los procesos, los métodos y las técnicas, denominados en el *argot* de la investigación educativa como metodología, y utilizados en un trabajo de investigación específico, son eminentemente técnicos, la creatividad y productividad de tales herramientas dependen del contexto histórico y de las experiencias particulares del investigador. En esa dirección presento este material como un ejercicio de escrutinio y reflexión que muestra, en claroscuro, algunos de los avatares y recovecos en mi proceso de formación como investigadora en educación, resaltando los escenarios y condiciones de producción del conocimiento imbricados con las experiencias que me permiten simbolizarlos.²

2. EN PRIMER LUGAR Y EN PRIMERA PERSONA³

Antes de continuar considero pertinente señalar que si bien algunos investigadores reconocen la importancia de las tramas biográficas en la investigación educativa, suelen inscribirlas dentro de los procesos, métodos y técnicas

¹ Doctora en Pedagogía por la UNAM, México; investigadora de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Líneas de investigación: historia reciente de la investigación educativa en México, Análisis Político de Discursos y Sujetos Educativos, experiencia académica y condiciones de trabajo intelectual.

² Agradezco a estudiantes, maestros, compañeros académicos y amigos de la Universidad Pedagógica Veracruzana, todas las experiencias compartidas durante los últimos años, particularmente en el programa de Maestría en Educación y en la Especialidad en Investigación Educativa, las que hacen posible la construcción de este material.

³ En congruencia con mi perspectiva biográfica es válido y justificado expresar las ideas en primera persona, pues asumo la responsabilidad de la construcción, aunque existen posicionamientos que valoran los modos de enunciación impersonales, en mis investigaciones es de suma importancia dejar constancia de mi subjetividad.

de investigación. A diferencia de esa perspectiva planteo que las experiencias biográficas son el vehículo de la subjetividad, constituyen el medio de transporte de lo vivido y favorecen el encuentro del sujeto con los objetos de conocimiento a partir de ciertas coordenadas espacio/tiempo.

En mi caso, las experiencias constituyen el reservorio de modelos de identificación, representaciones simbólicas, lenguajes accesibles, formas de nombrar y posibilidades de interrogar aquella realidad naturalizada que me constituye. Algunas están disponibles para nutrir diversas inquietudes y cuestionamientos que destacan en el conjunto de prácticas históricas sedimentadas, mi capacidad de problematizar fenómenos educativos concretos depende en gran medida de los cruces entre mis experiencias formativas, el núcleo social en el que me inscribo, así como de las relaciones entre los sujetos y las instituciones imbricadas en un tejido social.

Las relaciones entre las experiencias biográficas y las prácticas de investigación adquieren énfasis y matices diferenciales, mis intereses están marcados por la cultura disciplinaria adquirida durante mi formación profesional como pedagoga y a lo largo de los procesos de formación escolarizados, además de mis códigos culturales y de género, así como de un conjunto de aprendizajes adquiridos en la vida académica, entre otros; las acciones y los mecanismos de intervención en el campo educativo están mediados por las combinaciones entre algunos de los elementos mencionados.

En mi proceso de formación he identificado que las experiencias subjetivas se encuentran profundamente ligadas a las prácticas de investigación, porque aunque la objetividad es un rasgo deseable, lo subjetivo precede a los cánones metodológicos; es decir, los investigadores son capaces de seleccionar y disponer un conjunto de herramientas, elementos conceptuales y procedimentales a partir de criterios y posicionamientos subjetivos que se compatibilizan con los procedimientos metodológicos.

Esta primacía que concedo al sujeto no debe considerarse como subjetivismo epistemológico, solamente le adjudico un carácter estratégico en la medida en que me permite caracterizar mis objetos de conocimiento, exponer puntos de vista, intereses y coincidencias con diversos autores. En ese sentido, mi posicionamiento se amalgama con ciertos saberes narrativos:

Pero con el término saber no se comprende solamente, ni mucho menos, un conjunto de enunciados denotativos, se mezclan en él las ideas de saber-hacer, de saber vivir, de saber oír, etc. Se trata entonces de unas competencias que exceden la determinación y aplicación del único criterio de verdad, y que comprenden a los criterios de

eficiencia (cualificación técnica), de justicia y/o de dicha (sabiduría ética), de belleza sonora, cromática (sensibilidad auditiva, visual), etc.⁴.

Estas narrativas del saber admiten diversos juegos de lenguaje, comprenden enunciados denotativos, enunciados deónticos (que prescriben el deber ser), enunciados interrogativos, etcétera.⁵ Esas narrativas atesoran elementos significativos de las experiencias biográficas y estimulan las posibilidades creativas del sujeto. Con esta afirmación no resto importancia a los recursos técnicos y procedimentales, únicamente destaco que dichos insumos se “acoplan” con las formas individuales de reflexión e intelección. Es decir, cierta estrategia de indagación y/o intervención se modifica por la impronta del sujeto, pues al usarla éste induce una transformación y resignificación en la estrategia, y las técnicas y métodos adquieren un matiz personalizado.

Como puede observarse, en mi posicionamiento reitero que los elementos subjetivos y/o biográficos se articulan con los procesos metodológicos, desde esta perspectiva, los métodos, las técnicas y los recursos son únicos en su combinación para dar cuenta de un objeto de conocimiento específico.⁶

3. COMPONENTES DEL EMPLAZAMIENTO ANALÍTICO

En mi reflexión también realizo un escrutinio del entablado conceptual que deriva en una estrategia analítica. En una publicación reciente en coautoría con José Carbajal se menciona que el emplazamiento analítico es un ingrediente deseable y pertinente en una investigación ya que aglutina elementos conceptuales y técnicos. Este emplazamiento y su consecuente posicionamiento me permiten ubicar las coordenadas óntico-ontológicas, epistemológicas, teóricas y procedimentales en las que se inscribe el fenómeno o la problemática social que investigo. Este conjunto de elementos favorece la construcción de una cierta mirada sobre “la realidad”, me ayuda a mostrar cómo concibo las prácticas sociales, los sujetos, la importancia de los referentes teóricos y de los empíricos para problematizar la trama histórica compleja en la que los problemas educativos se hacen visibles; en él se destacan las imbricaciones o cruces, los nodos representan puntos de amarre entre los componentes arriba mencionados.⁷

⁴ LYOTARD, J., *La condición posmoderna*, Barcelona, Cátedra, 1990, Pág. 44.

⁵ *Ibidem*, Pág. 46.

⁶ Es importante destacar que no postulo la arbitrariedad y falta de rigor en la metodología de la investigación educativa.

⁷ CABRERA, D. y CARBAJAL, J., “Emplazamiento analítico: locus de intelección y subjetividad”, en: JIMÉNEZ, M. (coord.), *Investigación educativa. Huellas metodológicas*, México, Ed. Juan Pablos y SADE, 2012.

Esta construcción es ardua, compleja y carente de prescripción. Algunos investigadores coincidirían conmigo al señalar que los referentes conceptuales dispuestos en una investigación son armazones que surgen en el proceso mismo de investigar, incluso el mecanismo ensayo-error es parte del aprendizaje. Sánchez Puentes⁸ incluye esta actividad en la trama y urdimbre de la investigación, adecuando ciertos planteamientos, afirmo que el emplazamiento analítico se produce con la problematización y consiste, al menos en parte, en enunciar cómo concibo la realidad (predeterminada, sobredeterminada, contingente, etcétera); al sujeto (hombre, agente, actor), cómo se construyen las relaciones entre ambos, cómo puedo “acceder y/o conocer” esas relaciones, cuáles son las lógicas y claves de lectura que requiero para hacerlas visibles. Reitero que mis afirmaciones de ningún modo son una receta, aún si ésta existiera, enfrentaría otra dificultad tratando de organizar los ingredientes y los pasos que la conforman: qué debo hacer primero, cuáles son esas relaciones.

Mi preocupación consiste, al menos en parte, en enfatizar que el emplazamiento analítico es el resultado de un conjunto de interrogantes sobre los elementos que constituyen un problema de investigación. Es decir, en la medida que necesito explicar cuáles son las condiciones en las que emerge mi problema de investigación identifico y articulo aquellos elementos ontológicos, epistemológicos y teóricos pertinentes para ordenarlos.⁹ Antes de cerrar este apartado es conveniente enunciar que gran parte del emplazamiento analítico encuentra en la subjetividad un eje articulador:

La subjetividad del investigador configura un texto particular donde se inscriben distintos ingredientes simbólicos que producen, en una especie de efecto de conjunto, un cierto emplazamiento onto-epistémico y metodológico que se nutre y hace tejido de conocimientos o experiencias previos: historias educativas y familiares, intereses personales y de grupo, lecturas y referentes académicos, preocupaciones políticas, etcétera; la mayor parte de estas articulaciones se actualiza de manera simultánea a la construcción de un objeto de estudio y durante el proceso de investigación; si bien es cierto que poseemos consideraciones y aproximaciones teóricas previas a todo inicio de una indagación, éstas reiteradamente se confrontan con las circunstancias del referente empírico elegido y tienden a resignificarse en esa confrontación.¹⁰

⁸ SÁNCHEZ PUENTES, R., *Enseñar a investigar. Una didáctica nueva de la investigación en ciencias sociales y humanas*, México, CESY-UNAM/ANUIES, 2000.

⁹ Cabe agregar que tales engarces conceptuales se producen de manera simultánea con otros procesos formativos.

¹⁰ CABRERA, D. Y CARBAJAL, J., Op. Cit., Pág. 123.

La argamasa que se logra no tiene una composición homogénea, las múltiples imbricaciones tienen efectos en las actividades específicas de la investigación, relacionadas con la búsqueda de información, la construcción de los datos, la contextualización de los fenómenos en unas coordenadas espacio-tiempo, sin olvidar que la vida misma juega un rol importante: los conflictos internos, las dudas, las angustias producidas por el encuentro con el límite de lo conocido. Cabe aclarar que estas hibridaciones no suelen aparecer de manera explícita en los manuales de metodología, particularmente en lo que respecta a la construcción del problema de investigación, el objeto de conocimiento y sus tareas específicas, que denomino como operaciones de demarcación.

3.1. OPERACIONES DE DEMARCACIÓN

En este apartado hago referencia a una serie de operaciones involucradas en la construcción del emplazamiento analítico que se amalgaman de manera directa con la construcción del objeto de conocimiento, sin dejar de mencionar, que estas tareas también se constituyen en/por/para experiencias biográficas.

3.1.1. EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

Una de las actividades más complejas a las que me enfrento en la investigación consiste en la formulación de un “problema” de investigación. Este proceso pone en marcha una maquinaria simbólica que sin duda es epistémica, sociohistórica, cultural y biográfica, entre otras. El trabajo de “convertir” un problema social en un problema de investigación educativa exige, como lo comenta Daniel Saur:

Desmarcarse de la discursividad social preestablecida y evidente, de la que además forma parte, la que induce ciertos modos intuitivos de concebir y aprehender el mundo (...) es imprescindible desconfiar del sentido común aunque se lo tome como punto de partida para ponerlo en suspenso, tensionarlo y cuestionarlo.¹¹

Los recaudos apuntados por el autor son necesarios en cualquier ejercicio de indagación pues al reconocer las demandas del canon científico los investigadores tienen la posibilidad de formular interrogantes precisos para mostrar, en claroscuro, las dimensiones del objeto de conocimiento. A primera

¹¹ SAUR, D., “De la Doxa al saber académico. El complejo pasaje del problema social al problema de la investigación”, en JIMÉNEZ, M., (Coord.), *Investigación educativa. Huellas metodológicas*, México, Ed. Juan Pablos y SADE, 2012, Pág. 86.

vista podría parecer una contradicción sostener que los problemas de investigación (y la metodología, por supuesto) están cargados de mi subjetividad y al mismo tiempo se me demanda poner en suspenso el sentido común que lo nutre. En este caso lo que se juega es una lógica de intelección aporética, por una parte reconoce en la experiencia biográfica una fuente inagotable de recursos y al mismo tiempo se exige “congelarla” durante el proceso de investigación. Reconozco que he llegado a esta lógica de manera contingente: al plantearme problemas emanados de mis interrogantes personales también me he confrontado con una “realidad” que no se domeña ni reduce a mis inferencias o intuiciones. Aún cuando sostengo que las experiencias son la fuente de los primeros interrogantes que dan vida a un problema de investigación, en esa aporía se introduce un elemento tensional: el contexto histórico, cuyo elemento más evidente es la coordenada espacio/tiempo, insiste en mostrar las condiciones de emergencia de los problemas de investigación e impide que mi subjetividad gobierne totalmente los procesos de indagación.

3.1.2. MATRIZ DE INTELECCIÓN

Tejer una matriz de intelección es una operación que permite la exploración, comprensión e interpretación de los problemas a la luz de herramientas conceptuales. No es un marco teórico, no posee una estructura previamente definida, ni cerrada. Desde mi propuesta, las herramientas de intelección se organizan a partir de diversas demandas y preguntas subjetivas. Esta elaboración contingente recupera experiencias, conceptos y lógicas de pensamiento que se configuran de manera simultánea a la construcción del objeto de conocimiento.

La elaboración de esta matriz se realiza considerando las características del contexto, los límites del problema de investigación en combinación con las inquietudes del investigador expresadas en interrogantes. Dichos cuestionamientos llevan la impronta de la subjetividad, detonan diversas estrategias de indagación y conocimiento que pueden considerarse como una dimensión heurística compatible con algunas teorías y conceptos. En mi caso, acudo a una perspectiva posfundamento, en la cual se reconoce la imposibilidad de identificar un fundamento último que explique las condiciones sociohistóricas en las que emergen las prácticas sociales. Lo anterior “no conduce a la ausencia total de todos los fundamentos, pero sí a suponer la imposibilidad de un fundamento último”.¹² Esta perspectiva es concordante con una concepción discursiva, histórica y contingente, cargada de una plétora de sentidos

¹² MARCHART, O., *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2009, Pág. 15.

imposible de erradicar. Desde esta matriz se orientan mis futuras preguntas de investigación, el diseño metodológico y los énfasis ético-políticos.

3.1.3. LECTURA Y OBSERVACIÓN

Como lo he comentado en las líneas precedentes, durante el trabajo de indagación dedico tiempo de estudio a la construcción del emplazamiento intentando conocer propuestas teóricas, conceptos, autores y estrategias procedimentales a partir de estudios previos relacionados con el tema que me interesa conocer. El producto resultante de esta actividad suele llamarse “estado de la cuestión” y me proporciona información relevante respecto de los antecedentes del problema de investigación. Además, realizo operaciones de recorte y análisis del problema para identificar mi objeto de conocimiento. Esta tarea representa un reto interesante, sin duda, mis intereses coinciden con los trabajos realizados por muchos investigadores, por lo tanto, procuro mayor especificidad en el momento de la delimitación de una región y/o dimensión del problema de investigación.

En términos biográficos considero que este recorte impulsa un proceso de resignificación y apropiación, tanto del problema como del incipiente objeto de conocimiento. Ahora bien, este proceso no es el resultado de la generación espontánea, por el contrario, diría que hay momentos de incesante frustración cuando no logro nombrar/explicar aquello que me interesa. Sin embargo, estas operaciones adquieren sentido y compatibilidad cuando se amalgaman con las tareas conceptuales involucradas en el emplazamiento analítico. Este acoplamiento depende en gran medida de las lecturas y revisiones teóricas realizadas, pues la mera descripción del fenómeno no alcanza para conceptualizar el objeto de conocimiento.

Vale un recaudo, si bien la descripción del fenómeno y del entorno es relevante, se requiere la problematización por parte del investigador a partir de un paquete de herramientas de intelección construido en diferentes momentos; estas operaciones se vinculan con posicionamientos onto-epistemológicos particulares, con las revisiones teóricas y con la capacidad del sujeto para compatibilizarlos.

3.1.4. EL OBJETO NO NACE, SE HACE

Otra operación relevante en la investigación consiste en la construcción del objeto de conocimiento, esto significa que desde mi apropiación de una perspectiva posfundamento y biográfica los objetos no se descubren,¹³ se conceptualizan con diferentes dimensiones en un contexto específico. La

¹³ Tampoco acudo a la relación causa-efecto para explicar las relaciones entre mis objetos de conocimiento y los problemas de investigación.

ruta metodológica que he seguido se basa en la propuesta de Buenfil,¹⁴ quien propone tres elementos en tensión: los referentes teóricos, los referentes empíricos y las preguntas de investigación; particularmente considero que éstas derivan de la problematización adecuada y demandan la combinación de otros ingredientes como las coordenadas espacio/tiempo específicas, las condiciones históricas que sobredeterminan su emergencia y hacen visible su inserción en un “territorio” de orden conceptual o empírico.

Antes de cerrar este apartado agrego una nota de orden didáctico: el objeto de conocimiento nunca es un objeto. Esto es, el objeto de conocimiento no es uno o varios sujetos, las prácticas, las historias, los documentos o las entrevistas, estos materiales son referentes que “se muestran” al investigador (fenómenos observables). Si bien hay relaciones con tales referentes empíricos, éstos son la parte visible o tangible de un conjunto de ideas, procesos o prácticas significativas para el investigador. Los datos y fenómenos observables se correlacionan con una conceptualización construida por el sujeto que investiga. En ese sentido, considero que se establece una pertenencia mutua entre el objeto de conocimiento y el investigador. Desde mi punto de vista, esta conceptualización es una de las partes más vivas de la investigación, nutrida fuertemente por las tramas subjetivas y biográficas de los sujetos.

3.1.5. TEORÍA

Como ya lo he mencionado, los procesos de investigación que desarrollo mantienen una vertiente subjetiva muy fuerte, basada en la experiencia vital del investigador junto con una serie de presupuestos, lógicas y formas de intelección que me explican diversos procesos sociales, educativos e históricos; también reconozco que el contacto con los fenómenos “reales” son disparadores de mis inquietudes e interrogantes, sin embargo, la emergencia de un problema de investigación y de un objeto de conocimiento particular demanda herramientas teóricas para signar una práctica específica que será analizada. Estas afirmaciones se basan en la idea de que la teoría opera a través de mediaciones entre los fenómenos observables y mis conceptualizaciones. En esa dirección vale una analogía arquitectónica:

1. En primera instancia, observo algunas prácticas sociales como “hechos” externos a mi subjetividad. Empero, en el momento en que los convierto en potenciales problemas de investigación, dichas prácticas dejan de ser totalmente ajenas, mis cavilaciones primarias intentan acercarlas a mi subjetividad (comienzo a atribuirles ciertas características, quiero

¹⁴ BUENFIL, R., “La categoría intermedia”, en CRUZ, O. y ECHAVARRÍA, L. (Coords.), *Investigación social. Herramientas teóricas y Análisis Político de Discurso*, México, Juan Pablos y PAPDI, 2008.

explicarme el por qué de ciertos comportamientos, reflexiono sobre su relevancia en mi contexto social y por qué me son significativas, etcétera).

2. Al identificar el hiato entre esos problemas y mis experiencias, recurro a elementos explicativos que se nutren de mis posicionamientos ontológicos y epistemológicos. En congruencia con la perspectiva posfundamento que mencioné en los párrafos anteriores, supongo que esas prácticas o fenómenos no se reducen a mis pensamientos, no se derivan del *cogito*, sino que se muestran reacios al acoplamiento pensamiento-realidad. Esa resistencia enfatiza el vacío, la distancia inabarcable entre el fenómeno y mis conceptualizaciones, por lo tanto me descubro inhabilitada para continuar acercándome al objeto que quiero conocer y me dispongo a construir un puente (la teoría).
3. Dicho puente tiene una dinámica aporética, me une al objeto al mismo tiempo que me separa de él. La teoría entonces, surge como una conexión entre dos elementos que no están unidos de manera natural ni necesaria.
4. Esta operación me exige rescatar aquellos principios con los cuales concibo al hombre como ser social e histórico y a los procesos sociales como contingentes. Las teorías aparecen como piezas del puente que se eslabonan hasta hacer mínima la distancia entre el fenómeno observado y mis intelecciones.

La teoría, entonces, me significa el reconocimiento de la imposibilidad de aprehender totalmente los objetos de conocimiento que me interesan y al mismo tiempo me permite explorar la posibilidad de recrearlos a partir de elementos conceptuales.

3.2. OPERACIONES DE SISTEMATIZACIÓN

Los procesos de investigación que he desarrollado demandan algunas tareas de orden procedimental que se relacionan con algunas técnicas y/o modelos de procesamiento de la información. Con la intención de recuperar hasta donde me sea posible cómo he construido mis estrategias analíticas, he dividido este apartado en el siguiente orden: el primero alude a la importancia de la información, posteriormente hago referencia a la construcción de los datos y finalmente al uso de ambos.

3.2.1. LOS DATOS NO HABLAN POR SÍ MISMOS

Una de las experiencias más valiosas que he tenido en el campo educativo ha sido la oportunidad de compartir espacios de aprendizaje con muchos investigadores que realizan distintas actividades y ejecutan varios marcos metodológicos, de ellos he aprendido que si bien los datos son muy relevantes

para el desarrollo y fundamentación de las argumentaciones, explicaciones, conceptualizaciones y teorizaciones viables, éstos no son la fuente del conocimiento. Es decir, los datos permiten construir evidencias, pero por sí mismos no se constituyen en la tesis o marco explicativo de un fenómeno. En los seminarios que realizamos con varios estudiantes de maestría y/o doctorado identificamos que muchos compañeros realizaban estudios o periodos de trabajo de campo exhaustivos, que reunían una gran cantidad de información pero carecían de elementos “conceptuales” para organizarlas en los reportes de investigación.¹⁵

Como lo adelanté en el párrafo anterior, la información que se reúne no constituye por sí misma una evidencia, en ese sentido vale apuntar que no todas las notas, observaciones, transcripciones, testimonios, imágenes, entre otros, están directamente vinculadas con alguna dimensión del objeto de conocimiento, por lo tanto es importante conocer ¿cómo puedo saber si existe congruencia entre la información y el objeto de conocimiento? Para responder a este interrogante conviene plantear someramente los siguientes puntos:

- Cada proceso de investigación se suscribe a un modelo o conjunto de modelos teóricos y explicativos denominados paradigmas de la investigación. Estos paradigmas competen tanto al orden epistemológico (empírico-analítico, interpretativo y crítico), como el metodológico (cualitativo y cuantitativo).
- Las relaciones entre esos paradigmas privilegian la aplicación de ciertos enfoques, corrientes y técnicas de investigación.
- En esa articulación también se demanda el uso de criterios de validación de los datos a partir del contexto, los objetos y los sujetos inmersos en la investigación.¹⁶

¹⁵ Entre los seminarios mencionados recuerdo y agradezco la participación de los miembros del Seminario de Análisis Político de Discurso e Investigación que se ha realizado en el Departamento de Investigación Educativa (DIE) del Cinvestav desde el 2003, así como los seminarios de Epistemología, Teoría Social y Teorías Educativas en la Maestría en Educación de la Universidad Pedagógica Veracruzana, generación XV, cuya sede se encuentra en Xalapa, Veracruz.

¹⁶ En esa dirección Sandín recupera a Maxwell y propone cinco criterios de validez relacionados con las formas de comprensión de una investigación cualitativa: 1) La *validez descriptiva* hace referencia a la precisión o exactitud con que los hechos son recogidos en los textos o informes sin ser distorsionados por el propio investigador. 2) Además de proporcionar una descripción válida de los objetos, acontecimientos y conductas, el investigador trata de comprender (*validez interpretativa*) qué significado tienen para las personas esos objetos, acontecimientos y conductas. 3) La *validez teórica* se relaciona con las construcciones teóricas que el investigador aporta o desarrolla durante el estudio: nos situamos en la explicación, más allá de la descripción y la interpretación, en la validez de un informe como teoría de un fenómeno. 4) También nos remite a cuestiones relacionadas con la *generalización*; particularmente, hace referencia a la

Respecto de la validez de los “textos” (por ejemplo argumentos y/o testimonios) que se incluyen en la investigación agregado que es necesario mantenerlos estrechamente amarrados con las prácticas de procesamiento de la información y el emplazamiento analítico que he planteado en las primeras páginas de este escrito. En esa dirección puedo señalar que mi perspectiva posfundamento no sólo mantiene algunas coincidencias con algunas teorías posestructuralistas sino que esta compatibilidad se extiende a la sistematización de los datos:

En el marco del pensamiento posestructuralista [y posfundamento agregado], el protagonismo que adquieren los relatos de investigación cualitativa traslada el énfasis del establecimiento de un isomorfismo con la realidad estudiada hacia el nivel de suficiencia de evidencia que aportan los textos en relación con las afirmaciones que en ellos se realizan.¹⁷

Si bien la complejidad de este apartado requiere más espacio para explicar las múltiples implicaciones entre los paradigmas, los enfoques y técnicas de procesamiento de los datos, me interesa mostrar de manera sucinta que los elementos subjetivos se presentan antes y durante el procesamiento de la información, la valoración sobre la atingencia de los datos con los objetos de estudio se realiza desde un plano biográfico y la construcción de la validez (descriptiva, interpretativa, teórica, generalizada o evaluativa) no excluye este ingrediente, por el contrario, lo requiere como insumo primario.

3.2.2. REIFICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN

En *La construcción social de la realidad* Berger y Luckman sostienen que:

La reificación es la aprehensión de fenómenos humanos como si fueran cosas, vale decir, en términos no humanos, o posiblemente supra-humanos. Se puede expresar de otra manera diciendo que la *reificación* es la aprehensión de los productos de la actividad humana *como si* fueran algo distinto de los productos humanos, como hechos de la naturaleza, como resultados de leyes cósmicas, o manifestaciones de la voluntad divina. La reificación implica que el hombre es capaz de

posibilidad de generalización interna dentro de una comunidad, grupo o institución hacia personas, acontecimientos y lugares que no han sido directamente observados o entrevistados. Por otra parte, la generalización externa se relaciona con la transferencia de los resultados a otras comunidades, grupos o instituciones. 5) Finalmente, la *validez evaluativa* conlleva a reconocer y considerar los marcos evaluativos a través de los cuales se atribuye un significado a los hechos observados. Un aspecto importante de las ideas de Maxwell es que la validez se relaciona fundamentalmente con los textos y no con los datos o los métodos, la validez es relativa a propósitos y circunstancias (SANDÍN, 2003, Pág. 187-188).

¹⁷ SANDÍN, M., *Investigación cualitativa en educación*, Barcelona, McGraw Hill, 2003, Pág. 188.

olvidar que él mismo ha creado el mundo humano, y, además, que la dialéctica entre el hombre, productor, y sus productos pasa inadvertida para la conciencia. El mundo reificado es, por definición un mundo deshumanizado, que el hombre experimenta como facticidad extraña, como un *opus alienum* sobre el cual no ejerce un control mejor que el del *opus proprium* de su propia actividad productiva (...) la objetividad del mundo social significa que “enfrenta al hombre como algo exterior a él mismo”¹⁸.

Las ideas propuestas por estos autores son puntales, relevantes para mi apuesta intelectual, no sólo me permiten sostener que la investigación educativa se constituye a partir de una carga subjetivo-biográfica, sino que es imposible pensarla sin este ingrediente. Aunque existen varios enfoques epistemológicos, teóricos y metodológicos que privilegian el conocimiento objetivo, es muy relevante enfatizar que tal objetividad es parte de un conjunto de convenciones humanas (biográficas o subjetivas) históricamente establecidas.

4. A MODO DE CIERRE: SUBJETIVIDAD CONSTITUYENTE

Finalmente cierro este material con un par de notas que aluden a la implicación entre mi subjetividad y mi práctica investigadora. En una conversación académica escuché al doctor Eduardo Remedi Allione¹⁹ expresarse de la siguiente manera respecto a una tesis doctoral: “No sabía si tú habías escrito la tesis o la tesis te estaba escribiendo a ti”. En otras palabras, los sujetos no sólo hacen la investigación, sino que se hacen en la investigación. Por otro lado, es importante mencionar que la tensión entre lo biográfico y su borradura (al menos en términos procedimentales) implica elementos del orden político cuando la investigación impone un desajuste en el orden social prevaeciente para el sujeto. La problematización implica “ver” con otros ojos aquello que era “natural”; esa mirada desnuda aquello que se considera como “la realidad” e impone otras “realidades”, esta prerrogativa en la investigación y en el investigador, es eminentemente política, pues incide en el conjunto de fuerzas estructurantes de lo social.

¹⁸ BERGER, P. y LUCKMAN, P., *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1978, Págs. 116-117.

¹⁹ Investigador del Departamento de Investigaciones Educativas (DIE) del Cinvestav, sede Sur, Ciudad de México.

REFERENCIAS

- BERGER, P. y LUCKMAN, T., *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- BUENFIL, R., “La categoría intermedia” en CRUZ, O. y L. ECHAVARRÍA (Coords.), *Investigación social. Herramientas teóricas y Análisis Político de Discurso*. México; Edit. Juan Pablos y PAPDI, 2008, pp. 29-40.
- BOLÍVAR, A., “¿De nobis ipsis silemus?” en Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación, *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 4 (1), 2002. Dirección URL: <http://redie.uabc.uabc.mx/vol-4no1/contenido-bolivar.html>, Consultado el 30 de enero de 2010.
- CABRERA, D. y CARBAJAL, J., “Emplazamiento analítico: Locus de intelección y subjetividad”, en Jiménez, M. (Coord.). *Investigación educativa. Huellas metodológicas*, México, Ed. Juan Pablos y SADE, 2012, Pág. 121-137.
- LYOTARD, J., F, *La condición postmoderna*, Barcelona, Cátedra, 1990.
- MARCHART, O., *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Leford, Badiou y Laclau*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- SANDÍN, M., *Investigación cualitativa en educación*, Barcelona, McGraw Hill, 2003, Pág. 27-44.
- SÁNCHEZ, R., *Enseñar a investigar. Una didáctica nueva de la investigación en ciencias sociales y humanas*, México, CESU-UNAM/ANUIES, 2000.
- SAUR, D., “De la Doxa al saber académica. El complejo pasaje del problema social al problema de la investigación”, en JIMÉNEZ, M. (Coord.) *Investigación educativa Huellas metodológicas*, México, Ed. Juan Pablos y SADE, 2012, Pág. 73-93.

TERRITORIO, POSICIONAMIENTO, RESPONSABILIDAD Y FORMAS DE RELACIONAMIENTO CON LA TEORÍA

Daniel Saur¹

PRESENTACIÓN

Este texto reúne reflexiones motivadas por algunas dificultades recurrentes detectadas en el trabajo de estudiantes de posgrado en ciencias sociales que se encuentran en “situación de tesis”; por lo tanto, está originado por ellos y dirigido principalmente a ellos. Como sabemos, los estudiantes o tesisistas deben enfrentar como requisito para su graduación la realización de una investigación rigurosa, que para los doctorandos significa, además, generar conocimiento nuevo sobre algún aspecto de la realidad, ya sea teórico o empírico. El introducirse en “estado de tesis” conlleva ingresar a un territorio anhelado pero, generalmente, desconocido y atemorizante, con los riesgos de lo que, en la mayoría de los casos, se hace por primera vez, se desconoce cómo realizar, y con la incertidumbre de no saber si se podrá, si se está en condiciones. Iniciar este tránsito es una experiencia única, irrepetible e intransferible, como toda experiencia, que puede ser reconocida como un trabajo de parto más o menos dificultoso, donde ciertas lecturas, cauciones y acompañamiento pueden ser de valor.

De modo que, retomando algunos trabajos realizados con anterioridad², nos abocaremos a puntualizar algunas cuestiones que tienen por finalidad acercar material para la reflexión con la intención de problematizar aspec-

¹ Doctor en Ciencias en la Especialidad de Investigaciones Educativas por el cinvestav de México. Investigador regular del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades y Profesor de la Facultad de Comunicación Social, de la Universidad Nacional de Córdoba. Co-director del Proyecto de Investigación “La dimensión pública de lo educativo. Exploraciones teóricas y metodológicas”.

² SAUR, D., “Reflexiones metodológicas: tres dimensiones recomendables para la investigación sobre discursos sociales”, en JIMÉNEZ, GARCÍA, M., (Coord.), *Usos de la teoría en la investigación*, México, Plaza y Valdés y SADE, 2006; “Categorías intermedias y producción de conocimiento”, en DA PORTA, E. y SAUR, D. (Coords.), *Giros Teóricos en las ciencias sociales y humanidades*, Córdoba, COMUNICarte, 2008; “De la doxa al saber académico. El complejo pasaje del problema social al problema de investigación”, en JIMÉNEZ, M. A., (Coord.), *Investigación Educativa. Huellas Metodológicas*, México, Casa Juan Pablos y SADE, 2012a.

tos de una situación y un recorrido que cada estudiante desarrolla de modo singular y, muchas veces, con una gran carga de angustia; un recorrido que presenta dificultades habituales y que merece una atención especial.

Sabemos que el lugar de enunciación que asumimos en este documento es, si no “imposible”, al menos incómodo. Como sostiene el canon bibliográfico sobre epistemología o teoría y metodología de la ciencia –desde Descartes a Bunge o Klimovsky, pasando por Hegel–, un texto sobre metodología es un documento que de algún modo y en algún aspecto alude a un recorrido, a un conjunto de procedimientos que configuran una trayectoria tentativa que permite llegar a cierto destino, responder a preguntas y cumplir con objetivos preestablecidos. Es decir, esa literatura sostiene el supuesto de que lo teórico-metodológico conforma una pauta que permite generar una secuencia de pasos o estándares a seguir. Por este motivo, aclaramos desde un inicio que este texto intenta sobrellevar la paradoja de abordar problemáticas metodológicas a la vez que consideramos que la experiencia de cada tesista y de cada investigación es individual, original, única e irrepetible. A lo anterior se debe agregar que entendemos la producción de conocimiento lejos de la reproducción de saberes estabilizados, de la validación de supuestos establecidos y de fórmulas instaladas o circulantes, concibiéndola más cerca de la innovación, más próxima a la corrosión de lo naturalizado y de una mirada inédita y original, resultado de la capacidad analítica, crítica y creativa del investigador. De modo que somos conscientes de estar emplazados en un lugar complicado, donde convive una dimensión técnica, de uso, didáctica si se quiere, con otra que pretende distanciarse de lo establecido y regulado. Sabemos que esa tensión que se plantea –entre un texto “arrogante” que dice lo que hay que hacer, que normaliza, procedimenta e instruye, y un texto que festeja lo inusitado, el quiebre de las reglas y el distanciamiento de las propias condiciones de enunciación– no será resuelta ni superada en este documento, conviviremos con esta tensión y trataremos de hacer equilibrio en su filo.

CARTOGRAFIAR LA “EPISTEME”

Más arriba hicimos mención a las complicaciones que conlleva moverse en un terreno desconocido. Saber dónde se está parado, encontrar puntos de referencia, detectar coordenadas que sirvan para guiar la marcha, identificar un horizonte al cual dirigirse, son fundamentales para evitar buscar a tientas, de manera vacilante e imprecisa. Si se desconoce dónde se está situado y no se cuenta con cierta información, difícilmente se pueda orientar la mirada y dar un paso para llegar a algún lugar deseado donde nunca se ha estado y que

se desconoce cómo es.³ Aquí cobra sentido el conocimiento que se posea sobre la “episteme”, entendida como mapa de las conceptualidades, que puede ser de gran ayuda para reconocer el autoemplazamiento y la superficie en la cual moverse al hacer ciencia social. La “episteme”, para Foucault⁴, “es el conjunto de las relaciones que se pueden descubrir, para una época dada, entre las ciencias cuando se las analiza al nivel de las regularidades discursivas”. Es decir, es una formación discursiva compuesta por el saber teórico, metodológico y epistemológico, lo que involucra redes de relaciones conceptuales en un momento dado o en un estado del conocimiento. A nuestro criterio esta concepción de la “episteme” involucra también una posición sobre el ser de los objetos, sobre el estatuto de la verdad y el fundamento primero de la realidad social; es decir, incluye una ontología.

Pedimos disculpas por la siguiente metáfora que puede parecer pedestre, pero creemos que puede ayudar a los fines ilustrativos. Se puede hacer el ejercicio de pensar que el espacio de la “episteme” es similar a una trama urbana donde hay que moverse cotidianamente. Una ciudad, como la “episteme” podríamos decir, tiene distintas zonas, donde se puede residir, donde alguien puede moverse y desde donde puede desarrollar su vida de manera cotidiana y de modo más o menos pleno, coherente y amigable. Hay lugares más confortables, más acogedores o más peligrosos; los hay más conocidos, previsibles y familiares o más misteriosos y extraños; otros son riesgosos o enigmáticos pero posiblemente más emocionantes y sorprendentes. El acceso y la disposición de ciertos capitales (teóricos y metodológicos), es decir, contar con cierto *background* conceptual y herramientas⁵ teóricas para orientarse y avanzar en la actividad diaria, es como conocer la ciudad que se habita y contar con los recursos necesarios para optar entre las zonas disponibles, para instalarse donde el investigador se sienta a gusto, identificado con el entorno, y desde donde pueda desarrollar su actividad diaria de manera acogedora, pero sobre todo productiva. Algo similar ocurre con el conocimiento disponible y el posicionamiento que se adopta, en relación a la “episteme”. En ciencias sociales “conocer” es en gran medida contar con el “capital con-

³ Evidentemente, saber de antemano dónde queda y cómo es ese lugar, torna la investigación inútil e inconducente. Como dice Jacques Derrida en referencia al trabajo de tesis: “Si viese claramente, y por anticipado, a dónde voy, creo realmente que no daría un paso más para llegar allí” (1997, Pág. 13). Para qué dar un paso a donde ya se ha estado o donde se sabe cómo es, por el contrario, investigar debería permitir llegar a lugares nuevos y desconocidos.

⁴ FOUCAULT, M., *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1991; Pág. 323.

⁵ La noción de “herramienta” o “caja de herramientas” pertenece a G. Deleuze y alude a elementos teóricos operantes que no tienen un carácter ni una funcionalidad prefijada, mecánica ni única, es una noción que alude a todo aquel elemento plausible de operar “al servicio de planteos políticos nuevos” (Foucault, 1992).

ceptual” necesario que permite elegir dónde se prefiere, o es conveniente, situarse. Al amparo de esa ubicación, se puede decidir hacia donde se quiere orientar la tarea diariamente y disponer los recursos que permiten moverse con fluidez en cierta zona y dirección para conseguir los resultados buscados.

Es imposible hacer investigación social sin algún conocimiento del estado de la “episteme”, y es muy dificultoso sin asumir reflexivamente algún lugar en ella, ya que desplazarse sin mucha claridad en esta superficie pone al investigador en riesgo de caer en vacilaciones, contradicciones e incoherencias. Cartografiar la “episteme” e identificarse con algún posicionamiento teórico metodológico ayuda a contar con las coordenadas necesarias que permiten moverse en un territorio singular, así como para llegar al lugar deseado. El desconocimiento de las zonas conceptuales donde se desarrolla el trabajo conduce a una navegación sin bitácora ni puntos de referencia y por lo tanto muy posiblemente errática.

El modo en que se ha desarrollado y configurado la “episteme”, en el espacio específico que comprende a las ciencias sociales, ofrece una vasta extensión de extrema complejidad que muy difícilmente pueda ser conocida en su totalidad por cualquier investigador, por más avezado y experimentado que sea. En ese territorio conviven tramas diversas y heterogéneas, muchas veces confrontadas, disyuntas o superpuestas, circunscribiendo formaciones propias, más o menos elaboradas, con alcances y pretensiones distintas, que han adquirido por su coherencia, sistematicidad y productividad, el estatuto de paradigmas, perspectivas u horizontes de intelección. En ese territorio complejo conviven, por solo mencionar algunas, una diversidad de miradas por lo general asociadas a los nombres de sus creadores: el Interaccionismo Simbólico, el Constructivismo de Bourdieu, la Hermenéutica de Gadamer o Ricoeur, el Funcionalismo de Parsons o Merton, el Estructuralismo Greimasiano, la Deconstrucción Derridiana, la Genealogía Nietzscheana o Foucaultiana, la Sociosemiótica de Verón, el Análisis Político de Discurso de Laclau, la Racionalidad Comunicacional Habermasiana, entre muchas otras opciones.

El conocimiento de estos “enfoques” permite valorar, comparar, seleccionar y eventualmente optar y situarse al abrigo de uno de ellos –o en zonas de interacción e hibridación– asumiéndolo como propio. Asumir una perspectiva es identificarse con una corriente de pensamiento ya probado y si bien la episteme tiene vida y estas perspectivas están siempre en curso, en permanente proceso de transformación, si la misma ha ganado derecho de ciudadanía en la “episteme” es porque ha mostrado, en mayor o menor medida, tanto su productividad como sus limitaciones. Para seleccionar en las mejores condiciones una perspectiva, consideramos que resulta de utilidad conocer de entre las opciones disponibles: sus fundamentos ontológicos, su potencia

iluminadora, su productividad y resultados, su génesis e historia, la axiología que pone en juego, sus implicancias éticas y políticas; como también sus limitaciones, sus zonas inexploradas, sus objetos privilegiados y olvidados. Estas dimensiones cobran densidad a medida que se ejerza un trabajo de autorreflexividad y crítica sobre la propia tarea, lo que enriquece la teoría pero sobre todo, la propia actividad. La claridad de las posibilidades del lugar elegido y de su contexto, permiten confrontar, relacionar o tomar en préstamo algunos aspectos de otras perspectivas y combinarlos a los fines de obtener dispositivos teóricos que faciliten resultados de mayor relevancia. Para ello, es indispensable cuidar la coherencia y compatibilidad ontológica y teórica de los elementos que se articulen en el proceso de armado de ese dispositivo de intelección que está en construcción.

DISCURSO CIENTÍFICO, SEMIOSIS E IDEOLOGÍA

En el trabajo de situarse en la “episteme” siempre acompaña productivamente el ejercicio reflexivo de distanciamiento y desnaturalización; para ello, ayuda tener cierta concepción sobre la “naturaleza” del quehacer investigativo y las características del conocimiento que éste produce. Como dijimos, es de utilidad conocer en qué espacio es conveniente moverse en una investigación, cuáles son los aspectos más representativos de sus procedimientos, cuales las “herramientas” con que se cuenta, y en qué consiste su producción. En este sentido presentamos las siguientes consideraciones:

En primer lugar, como producción social e histórica es importante remarcar que el conocimiento científico forma parte de la Semiosis, ocupando zonas delimitadas de la misma, con rasgos propios y específicos; es decir, la “episteme” es integrante y forma parte constitutiva de la dinámica propia de la Semiosis. Vale aclarar que entendemos por Semiosis a los fenómenos sociales en tanto procesos de producción de sentido, es decir que ésta alude a la dimensión significativa constitutiva del funcionamiento social sin la cual no habría conocimiento, ni política, ni cultura, ni sociedad. Esta concepción, pensada por Charles S. Peirce, refiere a una trama (abierta), que no está sometida a principios simples de coherencia interna, ni a una ley única, conformando lógicas complejas que son históricas y sociales, sin origen unificado y con un horizonte de posibilidades infinitas. La Semiosis puede ser representada como una textura móvil y cambiante que otorga sentido al conjunto de los hechos que conforman el acontecer social, involucrando desde los hechos y procesos más relevantes a los más minúsculos⁶. Por ello, insistimos,

⁶ PEIRCE, C., *El hombre, un signo. El pragmatismo de Peirce*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988; VERÓN, E., *La semiosis social*. Barcelona, Editorial Gedisa, 1996.

ni el quehacer ni los resultados de la producción científica escapan a esta textura y a sus principales lógicas.

En segundo lugar, es importante mencionar que en un sentido amplio, el acontecer científico no es el único espacio social vinculado a la producción de saber, la Semiosis también está constituida por un conjunto de procedimientos vinculados a la generación de conocimientos de distinto tipo con su relevancia y legitimidad regional propia. Nos referimos al conocimiento artístico, religioso, mítico, también a lo que se conoce como saber o conocimiento popular, entre otros. De uno u otro modo, todas estas formaciones discursivas producen “efectos de verdad”; todas ellas, con sus características particulares, participan de distinto modo en las formas en que se organiza y reproduce la sociedad, se orientan los individuos y se otorgan sentidos a las prácticas, instituciones y dinámicas sociales. Por caso, el conocimiento religioso se sostiene en una multiplicidad de materialidades significantes, tales como edificios, iconografías, rituales, escritos considerados sagrados, calendarios ceremoniales, procedimientos, liturgias, jerarquías, procesos de iniciación, axiologías morales, mecanismos de transmisión, simbologías, cosmovisiones, etc.

Por su parte y en tercer lugar, el conocimiento científico corresponde a lo que podríamos llamar con Eliseo Verón, un “tipo discursivo”, con sus especificidades propias, que lo diferencian de otros “tipos”. Lo que integra el ámbito de lo considerado científico conforma un “paquete” más o menos estable de relaciones sociales en el que participan estructuras institucionales complejas con sus soportes y dinámicas organizacionales (universidades, centros de investigación, academias, institutos, etc.), eventos y protocolos, así como otros signos de la relación con el saber y con su producción. Está conformado por agentes cuyas prácticas específicas los identifican como integrantes del campo, posee sistemas de acciones y normas, y se manifiesta de forma práctica a partir de sus resultados e intervenciones tecnológicas o bajo forma teórica a partir de documentos o publicaciones, integrando relaciones cristalizadas de ofertas y expectativas correlativas a su organización, y sistemas de representación que son la base de un imaginario pertinente.⁷

En cuarto lugar, este “tipo discursivo” tiene como rasgo diferenciador y como parte de su economía de funcionamiento, el ser un pliegue en la Semiosis; es decir, el hecho de partir de la Semiosis y volver sobre la misma para reflexionar sobre alguna de sus dimensiones. Como sostiene Verón, “lo reconozcan o no, las ciencias sociales se ocupan de objetos que son ya

⁷ VERÓN, E., *La semiosis social*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996; *Efectos de agenda*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999; *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2005.

significantes, que son ya lenguajes, discursos, signos, ‘sistemas semióticos’, como se los quiera llamar”⁸. El científico es un discurso de segundo orden.

Por último, y contrariamente a lo que aún sigue sosteniendo una mirada positivista sobre la ciencia -que no problematiza sus principios de verdad, objetividad y condiciones de posibilidad- remarcamos que el discurso científico y la Doxa comparten un rasgo común de todo proceso de producción de sentido: una dimensión ideológica constitutiva que diluye la oposición conocimiento verdadero por un lado, y error, falsedad o equivocación por el otro. En el discurso científico, como formación moderna, su ideología suele expresarse en su intencionalidad de cierre social, su pretendida objetividad y su supuesto estatuto de verdad. Es un discurso que procura que su contenido particular se presente como más de lo que es en sí mismo, como totalización⁹, con un carácter representacional fidedigno y una auto adjudicación de transparencia.

A nuestro entender, esta mirada ingenua o mal intencionada tiene fuertes implicancias debido a la desatención, por naturalización, de los juegos de poder que el conocimiento científico esgrime y de los efectos que produce. Ya Foucault¹⁰ ha mostrado con mucha claridad la estrecha imbricación que el saber tiene con el poder, al punto de generar una formulación conceptual (saber-poder) donde cada término es indisociable del otro. Esta pretensión objetivista de la ciencia se apoya en la jerarquía, en recursos institucionales, en la autoridad y en la indiferencia ante los poderes puestos en juego, usando, entre otras estrategias, un dispositivo enunciativo que borra las marcas del autor, de las pasiones, del deseo, de la contingencia y de la historia¹¹. Al respecto, Verón sostiene:

Es que lo ideológico es una dimensión constitutiva de todo sistema social de producción de sentido (...). Lo ideológico no es el nombre de un tipo de discurso (ni aun a un nivel descriptivo), sino el nombre de una dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social, en la medida en que el hecho de ser producidos en esta formación social ha dejado sus “huellas” en el discurso (...)¹².

⁸ VERÓN, E., *Efectos de agenda*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999; Pág. 28.

⁹ LACLAU, E., *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014; Pág. 29.

¹⁰ FOUCAULT, M., *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Argentina, Ed. Siglo XXI, 1989; *Microfísica del poder*, Madrid, Ed. La Piqueta, 1992.

¹¹ BARTHES, R., “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, España, Paidós, 1987.

¹² VERÓN, E., *La semiosis social*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996; Págs. 16-17.

No existe un discurso absoluto, único, como fiel reproducción de la realidad, por ello no existe posibilidad de un discurso no ideológico, que pueda producirse por fuera de ciertos condicionamientos sociales, culturales y políticos. Todo discurso es histórico porque está situado espacial y temporalmente y la pretensión “absolutista” es solo un “efecto discursivo”,¹³ resultado del recurso a una autoridad (la tradición, dios, o en nuestro caso la ciencia, entre otras opciones); de una jerarquía que impone rangos legitimados o simplemente establecidos, subordinando otros saberes; o del ocultamiento de las condiciones de procedencia del discurso, haciendo que el mismo se muestre como reproducción incontaminada, fiel y transparente de una realidad sobre la que da cuenta y que parecería mostrarse de forma directa y sin mediación. Desarrollaremos este aspecto con más detalle en el próximo apartado.

EL LUGAR DE ENUNCIACIÓN

Continuando con lo planteado más arriba, lo ideológico no es el nombre de un tipo discursivo, “es una dimensión susceptible de indicarse en *todo discurso* marcado por sus condiciones sociales de producción, cualquiera sea el ‘tipo’”.¹⁴ Eliseo Verón distingue con mucha claridad entre “ideología” empleada como sustantivo y como adjetivo. Como sustantivo alude a un objeto “pre-teórico” y descriptivo que designa configuraciones históricas complejas pero intuitivas, como cuando se habla de comunismo, liberalismo, fascismo, etc., como concepciones del mundo. En cambio, la noción de “ideología” empleada como adjetivo alude a una dimensión de lo social, alude a lo ideológico desde el punto de vista analítico y con utilidad teórica, como un rasgo constitutivo inherente a todo discurso¹⁵. No existe discurso capaz de desmarcarse de sus condiciones sociales e históricas de emergencia, en el sentido más material y literal del término, Marx ya lo ha mostrado con suficiente claridad, las condiciones de producción siempre dejarán marcas en el producto, y la ciencia no es la excepción, no puede escapar a esta regla.

No obstante, como sostiene Eliseo Verón, una de las diferencias del discurso científico se establece a nivel de los efectos que produce, el “efecto de científicidad”, en oposición al “efecto ideológico” que generan otros

¹³ VERÓN, E., *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Ed. Hispamérica, 1986; *Efectos de agenda*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999. *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2005.

¹⁴ VERÓN, E., *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, Buenos Aires, Of. de publicaciones UBA, 1995; Pág. 27.

¹⁵ VERÓN, E., *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Ed. Hispamérica, 1986; Págs. 18-21.

discursos, principalmente aquellos que corresponden al género político (militante, partidario, gubernamental, revolucionario, etc.). Ahora bien, ¿cómo se genera ese efecto de cientificidad? El supuesto borramiento de lo ideológico y sus implicancias se facilita principalmente por las características que adopta el aparato enunciativo del discurso científico que, como dijimos, tiende a diluir las marcas del autor, del deseo, de la contingencia y de la historia. En el dispositivo enunciativo pareciera que el enunciador habla con voz “neutra”, suprimiendo lo personal del narrador, usando el estilo constataivo, censurando la subjetividad de su persona. El “efecto de objetividad” se acentúa por la aparente no intervención del enunciador, anulándose como “persona pasional”, sustituyéndola por otra, por la “persona ‘objetiva’”¹⁶. Con este mecanismo, el enunciado se presenta como si fuera la copia pura y simple de otra existencia situada en un campo extradiscursivo, el de la realidad. El discurso se muestra fidedigno, con pretensión realista, resistente al sentido, generando lo que Verón ha llamado “efecto de transparencia”.

Esta forma de entender el conocimiento científico, si bien ha sido fuertemente cuestionada principalmente desde lo que se ha conocido como Giro Lingüístico, sigue funcionando de modo dominante. En ella, la objetividad aparece como una forma particular del imaginario, como producto de lo que Barthes llama el “efecto de realidad”, donde el enunciador pretende hacer creer que el referente investigado habla por sí mismo. Este efecto facilita que el relato sobre los hechos se instituya como el único posible, neutralizando otros enfoques, otras miradas, otras voces, otros discursos. Este dispositivo privilegia una aparente relación sin mediación entre discurso y hechos, construyendo desde el punto de vista del lector, lo que podríamos designar como “ilusión de inmediatez” o con-naturalidad entre discurso científico y realidad.

Contrariamente a esta pretensión absolutista de la cientificidad hegemónica, y como afirmamos más arriba, todo discurso para ser científico requiere, por más marginal y periférico que sea, un posicionamiento en el contexto de la “episteme”. Es decir, requiere ubicarse en algún sitio, en línea con una teoría, paradigma, perspectiva u horizonte de intelección en el cual se sustenta y a partir del cual se organiza el trabajo. Siempre se habla de manera situada, desde cierto lugar y momento y por lo tanto desde cierta “ideología”.

Llegados a este punto, queremos hacer una salvedad: a nuestro criterio un rasgo que marca diferencias con los discursos con pretensiones de verdad -producidos y circulando en la Semiosis- es que el discurso de la ciencia requiere poner en evidencia y mostrar con claridad desde donde se expresa, el

¹⁶ BARTHES, R., “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, España, Ed. Paidós, 1987; pág. 168.

lugar siempre histórico y perspectivo en que está emplazado. Necesita explicitar sus condiciones de enunciación.

En oposición a las pretensiones positivistas del conocimiento, consideramos que es justamente la manifestación de ese perspectivismo la que brinda legitimidad a cierta forma de ejercer la actividad científica. Ésta dejó de estar sostenida sobre una falsa pretensión de conocimiento único e incuestionable –desde el cual fundamentó durante largo tiempo su valor y legitimidad– para transparentar sus condicionamientos y sujeciones. Como sostiene Josefina Granja:¹⁷ “1) no se puede observar el todo a un mismo tiempo, siempre se comienza con un lado (inclusión) y se deja fuera todo lo demás (exclusión)”.¹⁸ Es desde ese lugar desde donde se dialoga con otros desarrollos conceptuales referidos a los mismos objetos que se están investigando, a los que se recurre, se retoman, en los cuales se apoya, a los cuales se responde, con los cuales se confronta o se polemiza. Estas cuestiones están siempre gravitando en los procesos de investigación.

Si bien este giro pone a la ciencia en una situación relativa y aparentemente más vulnerable, este reconocimiento potencia su capacidad al precisar con mayor sinceridad, claridad y justeza lo que puede brindar y cuales son sus alcances efectivos, alertando al lector, usuario o receptor de la ciencia, de sus repercusiones e implicancias. Hacer explícitos los límites y posibilidades del conocimiento científico es un requerimiento ético y político, en el sentido de aclarar sus posibilidades, pero también sus restricciones y la historicidad de la que este conocimiento es objeto, por lo tanto su caducidad y el carácter acotado de su propia producción y su propia verdad. Creemos que este aspecto cobra mayor relevancia cuando la investigación tiene una adscripción institucional y un sostén presupuestario procedente del ámbito público por la mayor responsabilidad social que esto implica.

No hay metadiscurso de referencia, no hay discurso totalizador que sirva de baremo, no existe posibilidad de fungir de “ojo de dios” ni de salirse de la Semiosis para dar cuenta de ella. Acordamos con Eliseo Verón cuando postula:

¹⁷ GRANJA, J., “Análisis conceptual de discurso: lineamientos para una perspectiva emergente”, en Granja, J. (comp.), *Miradas a lo educativo. Exploraciones en los límites*, México, Editado por Plaza y Valdés y SADE, 2003, pág. 241.

¹⁸ Josefina Granja continúa: “2) los aspectos que se ponen en foco (lo incluido) se observan con una diferencia guía (individuo/sociedad, sociedad/estado, sentido/acción, lo político/lo social, etc.), 3) lo que se observa está posibilitado desde esa guía: el tipo de descripciones susceptibles de ser producidas anidan en la diferencia guía que se utiliza, 4) lo excluido puede reingresar en enlaces de observaciones posteriores pero acomodándose a la retícula configurada a partir de la diferencia guía” (2003, Pág. 241).

El efecto de sentido llamado “cientificidad” puede producirse cuando un discurso que describe un dominio de lo real, discurso sometido a condiciones de producción determinadas, se tematiza a sí mismo, precisamente, como estando sometido a condiciones de producción determinadas (...) esta propiedad que define la “cientificidad” de un discurso (y por lo tanto el “conocimiento científico”) consiste en instaurar un desdoblamiento en las relaciones del discurso.¹⁹

La producción científica requiere explicar sus propias condiciones de posibilidad y por lo tanto estamos convencidos que construye su legitimidad a partir del carácter circunscripto del conocimiento que ofrece, a sabiendas que toda relación de exterioridad es insostenible. “En otras palabras –afirma Verón– en un discurso, es la exhibición de su ideología lo que produce la cientificidad”.²⁰ Solo es honesto, responsable y fecundo desde el punto de vista de la productividad social, el trabajo que piensa su objeto y también su propio lenguaje y lo manifiesta, lo hace público, lo pone en evidencia y al alcance del lector. Como dijimos, esta explicitación del lugar de la palabra, como intervención siempre relativa e inevitablemente tendenciosa, es una declaración imprescindible desde el punto de vista ético y político ya que así, como dice Ernesto Laclau, “estoy dando al lector la única libertad que está en mi poder otorgar: la de ubicarse fuera de mi discurso y rechazar su validez en términos que sean enteramente inconmensurables con él”.²¹

TEORÍAS Y MAESTROS, POSIBILIDADES Y RIESGOS

Investigar es sinónimo de producir conocimiento nuevo, pero a diferencia del conocimiento generado en otros campos (artístico, popular, religioso, etc.), en el ámbito de las ciencias sociales, como dijimos, se requiere el soporte de la “episteme”. En el ejercicio de ingresar a ese territorio desconocido y apasionante, juego de la iniciación a la investigación social, los estudiantes cuentan con el acervo bibliográfico y el bagaje teórico reunido por los distintos campos de saber; pero además, con otra referencia de alto valor: el tutor, asesor o director de tesis. Con el tutor se pueden construir los vínculos más diversos, desde los burocráticos o formales, los distantes o directamente ausentes, a los más sumisos, obedientes y absorbentes; no obstante, siempre es posible y deseable el relacionamiento asociativo, cooperativo y de acompañamiento.

¹⁹ VERÓN, E., *La semiosis social*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996, pág. 23.

²⁰ *Ibidem*, pág. 25.

²¹ LACLAU, E., *Emancipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996, pág. 46.

Nos animaríamos a decir que sin afinidad a un posicionamiento y sin un tutor, el estudiante se encuentra demasiado solo, lo que dificulta realizar la travesía; por ello, el ajuste y “alineación” entre perspectiva y tutor, en sintonía con el deseo y conocimiento del tesista, es de fundamental importancia. Se requiere una disposición a relacionarse, ya que es muy difícil, sino imposible, formarse solo; es necesario otro u otros, en los cuales proyectarse facilitando una relación transferencial.²² La disyunción, contradicción o incoherencia entre el posicionamiento del tesista a nivel de la “episteme” –o sea su línea teórica de trabajo, si la tuviera previamente a relacionarse con su tutor– y la perspectiva de adscripción del tutor habitualmente genera inconvenientes, desgastes y conflictos. Esto sucede porque generalmente el tutor funge de mediador con la teoría, es el que posee las llaves del “templo” y está en posibilidades de habilitar, mostrar los modos y brindar las claves de bóveda. El tutor tiene la posibilidad de mostrar no solo los recursos, sino los modos de hacer, las formas de apropiación de esos recursos, de puesta en trabajo y producción de la teoría. En un punto el quehacer del tutor es para el tesista la expresión de la “teoría viva”.

Ambos elementos, *background* teórico y acompañamiento tutorial, si se articulan de manera armónica pueden apuntalarse mutuamente, converger, reforzarse y potenciarse con intensidad. Este acople coordinado nos permite pensar en una formulación teoría/tutor o tutor/teoría que nos parece pertinente para lo que queremos mostrar, ayudando a generar condiciones para impulsar el trabajo, ya que la teoría sostiene al tutor en su práctica, y el tutor se apoya en aquella, le da vida, la recrea y enriquece. Si opera de este modo, el tutor es la teoría en uso, en movimiento, es la figura diestra en ese arte que se quiere aprehender, es la teoría en estado vivo. Pensado así, el tutor –asesor o director de tesis– es la interfaz entre los materiales conceptuales y el tesista, introduciéndolo, generalmente, en el reconocimiento de esos recursos teóricos, sus usos y apropiaciones, sus limitaciones y posibilidades. Aquí confluyen el deseo, la razón, la inteligencia y los resultados del trabajo puesto en práctica, pero también el juego de proyección del tesista y la identificación con su tutor/teoría.

En el trípode que se establece entre tesista, teoría (o perspectiva) y tutor, es necesario que se produzca una interpelación. El tesista suele sentirse aludido y convocado por una perspectiva y/o por un tutor que hace las cosas de cierta forma, que generalmente allana y facilita el acceso a esa perspectiva. Esa invitación subjetiva se expresa como una “interpelación” (teoría/tutor) que moviliza al tesista a voltear y asumir como propios ciertos aspectos de una mirada, que generalmente es la mirada de ese tutor/teoría. La

²² LAPLANCHE, J., y PONTALIS, J., *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

identificación es “un proceso mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste”.²³

Más allá de las posibilidades, de censura, de taponamiento o libertarias, que promueva el vínculo con la teoría/tutor, podemos afirmar que hay una ambivalencia constitutiva en todo proceso de identificación, al igual que en Edipo –Edipo ama pero a la vez rivaliza y compite–. La identificación resultante de la interpelación promueve en el tesista imitación, empatía y proyección, ganas de ser y hacer al igual que se hace con una teoría, al igual que hace su tutor o director. Sin embargo, este vínculo relacional no es necesariamente coherente, y casi nunca lo es, este vínculo puede ser conflictivo, paradójico, absorbente, oclusivo, entre varias otras opciones y varias de ellas a la vez. De hecho, proyectarse es casi siempre perderse en el otro, la fascinación que genera el tutor/teoría conlleva el riesgo de ser “devorado” por la teoría y/o por el tutor, dejar de ser uno para pasar a ser una extensión, una parte o un vocero de una teoría o de un tutor que sabe más, que es más poderoso, que se impone como modelo, muchas veces venerado, o como instrumento mecánico de aplicación.²⁴

Si bien el respaldo teórico y el acompañamiento son aspectos de suma importancia, también es necesario tener algunos cuidados. La fascinación exagerada por el tutor/teoría produce ciertos empleos de la perspectiva cuyas consecuencias pueden llevar a que el tesista sea engullido por el mismo. Esta situación produce habitualmente un uso ingenuo de la perspectiva, cuando se cree que con ella podremos solucionar todos los problemas o encontrar todas las respuestas; o un uso ritual o normativo de la teoría, como implementación formalista o academicista; o un uso teorícista, donde la realidad debe ajustarse a la teoría; entre otros²⁵. Emular al tutor atenúa la originalidad de la propia mirada y el afán por “copiar” neutraliza la creatividad. Si la “transferencia” con el tutor no se resuelve en alguna medida, el tesista puede ser “devorado” y perder su autonomía.

Existen otros riesgos que muchas veces dejan al tesista en situación de inmovilidad, desarmado, a partir de dictámenes paradójicos que generan un “doble vínculo”, con alto costo personal y afectivo, lo que se manifiesta también en los resultados de su trabajo: “tomá iniciativas, pero está prohibido apartarse del camino que te trazo”; “sé independiente, dependiendo de mí”;

²³ Ibídem, Pág.184.

²⁴ SAUR, D., “¿Aplicar la teoría? Reflexiones en torno a la noción de aplicación en el Análisis de Discurso”, en BUENFIL BURGOS, R. N. (Coord.), *Giros Teóricos. Diálogos y debates*, México, Editado por la UNAM, la Universidad Iberoamericana y el CINVESTAV de México, 2012b.

²⁵ BUENFIL BURGOS, R. N., “Los usos de la teoría en la investigación educativa”, en JIMÉNEZ GARCÍA, M. (Coord.), *Usos de la teoría en la investigación*, México, Plaza y Valdés y SADE, 2006.

“sé libre y creativo, haciendo lo mismo que yo hago”, son algunas de las formas que adopta la relación imposible con el tutor/teoría, en la que el tesista puede quedar atrapado.

Si bien existen los riesgos mencionados, la formación en investigación es un trans-formarse, y ese movimiento siempre viene de la mano de otro/s individuo/s, esos riesgos están siempre presentes en la identificación con el tutor/teoría, pero sin un componente transferencial es muy difícil que haya resolución del pasaje. Afortunadamente nunca estamos solos, ni para entrar ni para salir de la relación. El vínculo tutor-tesista siempre se da de modo artesanal, es una relación específica, singular, no existen dos vínculos pedagógicos iguales, como no hay dos tutores o estudiantes iguales; y siempre existe la posibilidad de generar un dispositivo relacional dialógico,²⁶ colaborativo, respetuoso de la singularidad propia y del otro, de crecimiento mutuo. Aquí reside la importancia del respeto de la individualidad, la atención y la sagacidad que ayuda a evitar la convivencia con el tutor/teoría, atenuando una formación que se exprese como domesticación. En este sentido, se manifiesta muy ilustrativa la recuperación que realiza Eliseo Verón²⁷ de Roland Barthes, quien sostenía que el maestro les dice a sus estudiantes “obtener el diploma es aprender a hacer lo que yo hago”, pero si es un verdadero maestro, “y Barthes lo era” –dice Verón– el reverso de ese saber le hace decir “ustedes producirán conocimientos a condición de *no hacer* lo que yo hago”, de ser sí mismos, de recuperar de manera cabal la propia voz, y si se quiere, de asumir el desafío del hacer propio, incluso mayor y mejor que el mismo maestro. Como dice Richard Sennett: “Es claro que se aprende imitando a un maestro al que se admira, pero la verdadera confianza en sí mismo se alcanza cuando ya no se necesita ese modelo y se es capaz de realizar un buen trabajo por sí mismo; entonces el homenaje importa menos”.²⁸

CONSIDERACIONES FINALES

De este modo concluimos, en forma provisoria como no puede ser de otra manera con toda conclusión, este ejercicio que ha tenido la intención de acercar algunas consideraciones a los fines de promover la reflexión sobre algunos aspectos presentes en una tarea compleja: la iniciación en la investigación en ciencias sociales. Hemos tratado básicamente y de manera

²⁶ ARÁN, O.; BAREI, S. (et al.), *Diccionario Léxico de la Teoría de Mijail M. Bajtin*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones Universidad Nacional de Córdoba, 1996.

²⁷ VERÓN, E., *Efectos de agenda*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999, Pág. 33.

²⁸ ALLIAUD, A., “La maestra modelo y el modelo de maestra”, en ALLIAUD, A. y ANTELO, E., *Los gajes del oficio. Enseñanza, pedagogía y formación*, Buenos Aires, Aique, 2009, Pág. 73.

introdutoria tres cuestiones con el propósito de facilitar materiales para la discusión y con fines, si se quiere, pedagógicos.

En primer lugar, la necesidad de reconocimiento del territorio donde se desarrolla la tarea investigativa, donde se libra la contienda por la producción de conocimiento y donde el estudiante necesita moverse con cierta pericia. Cabría aclarar que siempre es plausible salirse de la “episteme”, la que tiene límites bastante demarcados; no obstante, desplazarse fuera de esta formación discursiva pondría al tesista en otro territorio y lo que estaría haciendo, por más interesante y sugerente que se presente, sería ya otra cosa, de otro orden, no sería ciencia social. Las transformaciones más significativas en el campo de la investigación social de los últimos cuarenta o cincuenta años han surgido justamente de los trabajos que se sitúan en los márgenes de la “episteme”, pero del lado interno, tensionando desde allí los límites y produciendo efectos de frontera y de hibridación con otros campos de saber (literarios, artísticos, populares, etc.) muy inspiradores y productivos.

En segundo lugar, hemos aludido a las características del discurso científico como “tipo discursivo”, planteando su perspectivismo y limitaciones, y por lo tanto, la necesidad de explicitar el lugar teórico-conceptual desde donde se habla, residiendo en este gesto una dimensión fundamental que lo diferencia de otros tipos de conocimientos y de discursos. En este sentido, es un requisito ético-político expresar con claridad y transparencia el lugar de toma de la palabra y los elementos que condicionan la voz del investigador y su producción. Éste es un requisito mínimo, expresión de honestidad, que se muestra como ejercicio de respeto por el lector de nuestro trabajo y de nuestra producción.

Por último, nos detuvimos muy brevemente en una cuestión que sin duda, al igual que las dos anteriores, amerita mucho más trabajo y atención: la relación del tesista con su tutor (o director de tesis) y con la teoría que éste representa. Aquí se juegan varios de los elementos complejos que están presentes en toda relación pedagógica convencional que vincula a maestros y estudiantes, pero con aditamentos específicos que es importante ir develando para facilitar y promover un vínculo más sano, provechoso y humano, dada la singularidad del proceso y la complejidad de una relación prácticamente indispensable que puede facilitar el ingreso al campo de la investigación, o que lo puede obturar y desalentar con mucha fuerza.

REFERENCIAS

- ALLIAUD, A., “La maestra modelo y el modelo de maestra”, en ALLIAUD, A. y ANTELO, E. *Los gajes del oficio. Enseñanza, pedagogía y formación*, Buenos Aires, Aique, 2009.
- ARÁN, O., BAREI, S. (et al.), *Diccionario Léxico de la Teoría de Mijail M. Bajtin*. Córdoba, Dirección General de Publicaciones Universidad Nacional de Córdoba, 1996.
- BARTHES, R., “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, España, Ed. Paidós, 1987.
- BUENFIL BURGOS, R., “Los usos de la teoría en la investigación educativa”, en JIMÉNEZ GARCÍA, M. (Coord.), *Usos de la teoría en la investigación*, México, Plaza y Valdés y SADE, 2006.
- DERRIDA, J., *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones, 1997.
- FOUCAULT, M., *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Argentina, Ed. Siglo XXI, 1989.
- , *La arqueología del saber*, México, Ed. Siglo XXI, 1991.
- , *Microfísica del poder*, Madrid, Ed. La Piqueta, 1992.
- GRANJA, J., “Análisis conceptual de discurso: lineamientos para una perspectiva emergente”, en GRANJA, J. (Comp.), *Miradas a lo educativo. Exploraciones en los límites*, México, Editado por Plaza y Valdés y SADE, 2003.
- LACLAU, E., *Emancipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ed. Ariel, 1996.
- , *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J., *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- PEIRCE, C., *El hombre, un signo (El pragmatismo de Peirce)*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988.

- SAUR, D., “Reflexiones metodológicas: tres dimensiones recomendables para la investigación sobre discursos sociales” en JIMÉNEZ GARCÍA, M. (Coord.) *Usos de la teoría en la investigación*, México, Plaza y Valdés y SADE, 2006.
- , “Categorías intermedias y producción de conocimiento” en DA PORTA, E. y SAUR, D. (Coords.), *Giros Teóricos en las ciencias sociales y humanidades*, Córdoba, Editorial COMUNICarte, 2008.
- , “De la doxa al saber académico. El complejo pasaje del problema social al problema de investigación”, en JIMÉNEZ M. A. (Coord.), *Investigación Educativa. Huellas Metodológicas*, México, Casa Juan Pablos y SADE, 2012a.
- , “¿Aplicar la teoría? Reflexiones en torno a la noción de aplicación en el Análisis de Discurso” en BUENFIL BURGOS, R. N. (Coord.), *Giros Teóricos. Diálogos y debates*, México, Editado por la UNAM, la Universidad Iberoamericana y el CINVESTAV de México, 2012b.
- VERÓN, E., *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Ed. Hispamérica, 1986.
- , *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, Buenos Aires, Of. de publicaciones UBA, 1995.
- , *La semiosis social*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996.
- , *Efectos de agenda*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999.
- , *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2005.

OBJETO DE ESTUDIO, OBJETO EMPÍRICO: DILEMAS Y DIMENSIONES A PROPÓSITO DE UNA INVESTIGACIÓN

*Eva Da Porta*¹

El título de un trabajo académico es siempre una promesa que nos posiciona enunciativa, teórica y epistemológicamente frente a posibles lectores imaginados y reales que operan como destinatarios, pero fundamentalmente como interlocutores. El título de este trabajo propone hacer referencia al problema del objeto de estudio y para ello hace entrar en escena al objeto empírico, abriendo así un horizonte de reflexión que consideramos necesario, aunque muchas discusiones al respecto parecen ya saldadas. Hay algo en el vínculo con el referente que nos sigue interpelando y que requiere retomar ciertos debates que muchas veces se eliden.

La elección de un título que da nombre y por tanto identidad a un texto que se pretende académico inaugura un diálogo con la comunidad de investigadores, pero también retoma otros debates anteriores, discusiones previas en una trama discursiva que se dirige al futuro, a las posibles respuestas. Ese espacio interdiscursivo entre un texto y las otras voces que lo habitan es el más productivo, el enunciado aislado carece de interés por sí mismo. Como tempranamente destacó Peirce² el verdadero espacio de producción conocimiento se da en el marco de la comunidad de investigadores, pues la ciencia no es una tarea individual, el conocimiento es una tarea colectiva que requiere de debates, intercambios, retomas, diálogos. Las ciencias y en particular las ciencias sociales y las humanidades son tarea colaborativa, interdiscursiva, dialogal, intertextual. Lo que no implica libre de conflictos, debates y posicionamientos. En ese sentido, este texto está expresamente trabajado en esa línea, como un enunciado que pretende entrar en diálogo con los otros textos que conforman este corpus, que lo acompañan, lo discuten y lo vuelven más significativo.

¹ *Doctora en Comunicación por la Universidad Nacional de la Plata. Investigadora en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, en las líneas de investigación: Estudios culturales, Análisis del discurso, Educación y Tecnología.*

² PEIRCE, C. S., *El hombre un signo*, España, Editorial Crítica, 1988.

Peirce³ (1905) nos dice:

No llamo ciencia a los estudios solitarios de un hombre aislado. Sólo cuando un grupo de hombres, más o menos en intercomunicación, se ayudan y estimulan unos a otros al comprender un conjunto particular de estudios como ningún extraño podría comprenderlos, [sólo entonces] llamo a su vida ciencia. No es necesario que todos trabajen sobre el mismo problema, o que todos estén completamente familiarizados con todo lo que otro de ellos tiene necesidad de saber; pero sus estudios deben estar tan estrechamente ligados que cualquiera de ellos pudiera hacerse cargo del problema de cualquier otro después de algunos meses de preparación especial, y que cada uno entendiera bastante minuciosamente en qué consiste cada uno de los trabajos de los otros; de modo que al juntarse dos de ellos, estarían completamente informados uno de las ideas del otro y del lenguaje que éste hablara y se sentirían como hermanos. En particular, una cosa que frecuentemente les une es su habilidad común, que no poseen los extraños, para el uso de ciertos instrumentos, y su habilidad común para desarrollar ciertas clases de trabajo.

En esta cita se destacan algunos puntos que aún nos interpelan en nuestra tarea diaria y nos permiten reflexionar, quizás en términos éticos. Más allá de la buena o mala voluntad de los investigadores individuales y de su capacidad personal para la investigación, la producción de conocimiento es una tarea mancomunada, intersubjetiva, colectiva. La mayor significatividad se da en el juego entre los textos, en el interdiscurso que se abre entre una investigación y otra, entre los hallazgos de una y las conclusiones o nuevas preguntas de otra. Se va conformando así una comunidad compleja pues no sólo se plantea en términos cognitivos sino también como dice Peirce en términos afectivos. Hay un parecido de familia, un horizonte de sentido compartido, trayectorias semióticas similares que hacen posible la construcción de esa trama de sentido que llamamos ciencia. Una trama de sentido expuesta a los malos entendidos, a los desacoples y rupturas, como todo proceso atravesado por el lenguaje. Justamente porque hay lenguaje compartido es que hay trabajo colaborativo (no exento de conflictos), aunque algunos hoy todavía sostengan y cuantifiquen para evaluar la calidad de la ciencia el valor de la obra acabada, la centralidad del autor individual y la productividad monológica. La cita de Peirce nos pone de lleno en la dimensión ética de nuestro trabajo. No tanto como el “deber ser” del buen investigador sino como descripción de la complejidad de dimensiones que entran en juego en la generación de conocimiento, entre las que el compromiso con los otros investigadores,

³ PEIRCE, C. S., “The Nature of Science”, MS 1334, *Adirondack Summer School Lectures*, 1905.

con la comunidad, es condición de posibilidad. Este trabajo tuvo la clara intencionalidad de entrar en diálogo con los y las colegas participantes en el encuentro y en ese sentido está ya habitado por esa escena presencial, por las voces y pensamientos de otras y otros investigadores que me permitieron reflexionar nuevamente sobre el objeto originalmente planteado para la discusión.

Escribir un texto académico, titularlo, es entonces un compromiso con el propio lenguaje, con el lenguaje académico, con los términos seleccionados de ese mundo común de la comunidad de investigadores que nos permiten y a la vez nos constriñen a nombrar de determinada manera aquello que intentamos desentrañar. Es un compromiso también con el horizonte que abre el lenguaje, con las palabras elegidas que son portadoras de una fuerza simbólica, ciertamente podríamos decir de una violencia simbólica, cuyos presupuestos, designaciones, y polisemia nos condicionan, nos comprometen y nos constriñen, pero también son las herramientas que nos habilitan a la creación de *mundos posibles*.⁴

El imperativo del lenguaje escrito no se hace esperar, se impone a quien asume la escritura académica. Lo compromete frente a la palabra escrita, a los juegos de lenguaje que la atraviesan, a sus procedimientos discursivos, a los subgéneros, estilos y reglas, a las “traducciones intralingüísticas”, diría Derrida⁵ pero también a las escuelas, tendencias y paradigmas sedimentados en las palabras. La escritura nos expone a sus propias condiciones, al universo virtual que la constituye y a lo que la hace posible. Son las propias condiciones de la escritura académica las que están presentes y se imponen al momento de escribir.

Derrida nos señala algo respecto del uso del lenguaje en la filosofía, una advertencia que también creemos, puede aplicarse a la escritura de las ciencias sociales y las humanidades cuando se proponen investigar: “Es preciso estar entrenado para reconocer las connotaciones, los llamados efectos de estilo o de retórica, las potencialidades semánticas, los pliegues y repliegues virtuales (...)”.⁶ Más aun cuando lo que intentamos comunicar son hallazgos de investigación, trazas de la empiria analizada, fragmentos de sentido recordados de la vida social, testimonios, prácticas, discursos, documentos.

⁴ VERÓN, E., *Efectos de agenda II. Espacios Mentales*, Buenos Aires, Gedisa, 2002.

⁵ FERNÁNDEZ AGIS, D., “Filosofía y compromiso en Derrida y Levinas”, en *La lámpara de Diógenes, Revista de Filosofía*, Nro. 18 y 19, 1999.

⁶ *Ibidem*.

EL COMPROMISO DE UN TÍTULO

En ese juego, es imperativo inscribir e inscribirse en un tema, nominar de alguna manera aquello de lo que se pretende escribir y es entonces cuando la potencia del título, su capacidad de condensación y de síntesis nos obligan a nominar y a referenciar el objeto y por tanto nos posiciona frente a él y al propio campo de investigación. Derrida⁷ señala:

Un título siempre tiene la estructura de un nombre, induce efectos de nombre propio y a título de ello, permanece de manera muy singular ajeno tanto a la lengua como al discurso en donde introduce un funcionamiento referencial anormal y una violencia, una ilegalidad que funda el derecho y la ley.

Cierta extrañeza frente a las “propias” palabras, una vez inscriptas en la superficie del texto, en el espacio en blanco, no hace otra cosa que poner en evidencia la exterioridad del lenguaje, el peso de las voces ajenas, de las tradiciones teóricas y epistemológicas que resuenan en las palabras elegidas, palabras que de algún modo nos eligen al elegir las.

En fin, ¿qué implica la promesa del título que anuncia poner en juego la relación entre objeto empírico y objeto analítico en ciencias sociales y humanidades? ¿Acaso es posible hablar de tal cuestión, es posible hablar de “objeto empírico” sin hacer antes una caución constructivista y semiótica de la realidad? ¿No bastan las innumerables páginas de crítica demoledora al positivismo, con la que además acuerdo, para dar por tierra con la preocupación por el objeto empírico? ¿Por qué razón hoy sigue siendo significativa esta discusión para las ciencias sociales? ¿Cuánto tiene que ver el lenguaje con este problema?

En primer lugar creo necesario reintroducir la preocupación por lo empírico, por el sustento empírico de nuestro conocimiento sobre lo real social, diría, en tanto refleja una inquietud ciertamente genuina pues el fantasma de la realidad no deja de acosarnos a la hora de pensar y llevar adelante nuestras investigaciones. Quizás ya no nos acosa el espectro de la adecuación de la teoría a los hechos, sino aquel que nos interpela acerca del lugar que ocupa nuestra investigación en la definición y comprensión de los hechos, en su existencia misma en tanto “problemática social significativa”. Y en este punto es cuando la problemática del lenguaje deviene central. Las ciencias sociales y las humanidades contribuimos a definir algunas cuestiones de índole social como problemática, como situaciones conflictivas que ponen en evidencia desajustes estructurales, desacoples, defasajes, injusticias, emergencias, transformaciones.

⁷ DE PERETTI, C., *Jacques Derrida, texto y deconstrucción*, Madrid, Anthropos, 1989, pág. 165.

Creo yo que las ciencias sociales tienen un particular compromiso con las realidades estudiadas y ese compromiso está íntimamente vinculado al uso del lenguaje, a los lenguajes que usamos para designar esas situaciones, para analizarlas y también transformarlas. Para ahorrarnos recorrido, diremos que el lenguaje, el problema del lenguaje tiene absoluta implicancia en la posibilidad misma de pensar el objeto empírico en ciencias sociales y humanidades. Nótese que no hablamos de dato empírico, sino de objeto en tanto construcción en torno a lo que se considera empírico. Desde nuestra perspectiva el objeto empírico no es el resultado de ninguna aprehensión directa de la realidad, nuestro vínculo con lo real está constitutivamente mediado por la red semiótica, no hay hecho o segundidad, en términos de Peirce, que nos llegue sino a través de una terceridad, un pensamiento, un signo. La posibilidad de la experiencia del mundo material, (también de la materialidad del lenguaje) está siempre mediada por la cognición, la terceridad, el signo, la ley. Es decir que el lenguaje mismo es condición de posibilidad de reconocer a alguna realidad, un segmento de la realidad como objeto empírico. Ahora bien, debemos señalar entonces que la dimensión performativa del lenguaje académico/científico no es un tema menor para las ciencias sociales. La designación y la operación de definición del objeto de estudio tienen el poder de crear realidades sociales, de separarlas del continuum de la significación, de segmentarlas del todo de la experiencia cotidiana, material y simbólica, histórica y volverlas una cuestión de estudio. Lo que queremos señalar es que en la propia definición del objeto empírico intervienen operaciones discursivas que lo identifican, lo caracterizan, lo cuestionan, lo vuelven significativo. Estos procedimientos discursivos tienen el poder de intervenir sobre mundos ya existentes, desnaturalizándolos, problematizando sus núcleos básicos, quebrando sus sedimentaciones, deconstruyendo los sustratos de que está hecho, identificando las series que los hacen posibles. Aunque aún la operación teórica no haya entrado en juego abiertamente, el sólo recorte de un segmento de la realidad para ser estudiado, implica el uso de redes conceptuales, perspectivas ontológicas y concepciones sobre la realidad que es necesario problematizar.

De modo que posicionada desde ese lugar que permite la reflexividad sobre la propia práctica es que me propongo volver sobre algunas de estas tensiones que habitan como fantasmas la escritura, los informes, los artículos de investigación y, en particular, mi trabajo desde hace unos años en el difuso campo de cruce que hoy se define entre teorías sociales y humanidades.

INQUIETUDES

Mi inquietud principal se orienta a pensar el conjunto de operaciones que realizamos a la hora de idear y desarrollar una investigación en el campo transdisciplinar de las humanidades y las ciencias sociales, cuando no pretendemos descubrir nada, sino comprender un fenómeno o alguna dimensión, cuando nuestros objetos de estudio nos llevan a interrogarnos por la realidad, cuando nos interesa reconstruir procesos y también emergencias y cuando pensamos que la teoría nos permite desentrañar algunas problemáticas sociales que nos preocupan. Es decir cuando nos interesa conocer cómo funcionan los distintos mundos sociales, cómo los sujetos van dando sentido a sus prácticas, cómo se van institucionalizando determinadas ideas, valores, prácticas. En ese marco las preguntas son: ¿Cómo decidir sobre lo real?, ¿qué recorte hacer?, ¿qué discursos analizar?, ¿qué sujetos entrevistar?, ¿qué contextos observar? Creo, como ya lo planteé en la primer parte de este trabajo, que el interrogante respecto del mundo empírico no es del orden metodológico en primera instancia, pues la pregunta por cómo investigar esos objetos puede ser respondida desde distintas perspectivas más o menos consistentes. La pregunta que me inquieta es aquella que señala la invisible trayectoria entre el objeto de estudio, el objeto analítico y el objeto empírico. ¿Qué razones me amparan como investigador/a para reconocer en determinado documento una política cultural o en un testimonio una narrativa autobiográfica? ¿Cómo nos acercamos a la realidad material, a la realidad simbólica, a los archivos y documentos, a los sujetos, a los micro o macro espacios que queremos investigar?

Creo que hay un punto ciego en muchas de nuestras investigaciones, cuando hacemos el salto de la pregunta de investigación al objeto empírico o al revés quizás, cuando partimos del objeto empírico y proyectamos a partir del mismo, por ejemplo de un corpus (una ley, discursos mediáticos, políticos, etc.) una pregunta de investigación. ¿Qué ocurre en ese espacio? ¿Qué operaciones realizamos? ¿Qué concepciones en torno de lo real es posible reconocer en nuestras elecciones o recortes empíricos?

Hay una pregunta que no solemos hacernos, algo queda elidido cuando elegimos una institución para realizar una observación, cuando recortamos una muestra comparativa, cuando interrogamos a algunas personas sobre el objeto de nuestro interés, cuando definimos un *corpus*. Opera ahí cierta naturalización de lo real social, cierta cosificación o sustancialización que nos lleva a “crear” realmente en ese objeto/ese sujeto a estudiar como un objeto/sujeto de la realidad. Y decimos “crear” porque la operación más importante es del orden de la creencia. Creemos que ese sujeto entrevistado es un docente, por lo que su respuesta a nuestras preguntas corresponde a su rol/

perfil/subjetividad “docente”. A la hora de ir al trabajo empírico rápidamente categorizamos la realidad con categorías escasamente reflexivas. No nos preguntamos si ese sujeto entrevistado responde así porque “es” docente, y en ese sentido deberíamos reconocer ¿cuáles son los rasgos que lo caracterizan como tal o por qué nosotros lo entrevistamos como docente, en una escuela, en la universidad? ¿Qué nos habilita a objetivar, en nuestra investigación, su discurso como muestra de “discurso docente”?

Creo que muchas veces desarrollamos dispositivos teóricos muy sofisticados, antiescencialistas, críticos, no metafísicos, e inclusive marcos metodológicos flexibles y reflexivos pero a la hora de trabajarlos en “lo real social” operamos una suerte de amnesia, nos manejamos con criterios naturalistas, irreflexivos, sustancialistas, muchas veces de sentido común. Y no me estoy refiriendo a aquellas perspectivas que toman como objeto de estudio la vida cotidiana, pues allí hay un esfuerzo por problematizar. Me refiero a las disciplinas que tomamos objetos de estudio sociales y operamos una suerte de reduccionismo necesario sobre la realidad, sin ninguna precaución analítica o reflexiva.

En muchas ocasiones dejamos que reaparezcan esquemas positivistas, escencialistas, no constructivistas en el marco de investigaciones que se posicionan en la vereda contraria. Esta cuestión es preocupante porque habla de cierta debilidad en las investigaciones que pretenden salirse de la “lógica de los hechos”, pero es aún más alarmante en aquellas investigaciones cuyos objetos de estudio son sujetos (individuales o colectivos), porque terminan enclasándolos en categorías previas no puestas a crítica o naturalizadas sin ninguna operación analítica en clasificaciones identitarias o subjetivas. Este es el caso recurrente de los estudios de juventud, que terminan ejemplificando los rasgos de lo juvenil, definido previamente, con los sujetos investigados, adscribiéndolos a tribus y agrupaciones preconstruidas y estáticas. De igual modo se opera en cuestiones de género. En numerosas investigaciones sociales se siguen tomando como sinónimos género y sexo, definiéndolos como una categoría biológica y por tanto como una variable dicotómica que permite distinguir y clasificar a los sujetos.

Si se parte en términos teóricos de una noción relacional de la identidad, no puedo luego en el trabajo de campo, reescencializar a los sujetos, clasificándolos en roles identitarios estáticos, o no problematizando sus adscripciones genéricas. La contingencia, la relacionalidad, el antagonismo como rasgos constitutivos de lo social tienen también que poder analizarse en los objetos empíricos. Si no, sostenemos una doble moral, constructivista o deconstructivista en lo teórico y sustancialista o escencialista a la hora de abordar los procesos sociales. Quizás sea un problema metodológico, pero no en términos procedimentales sino en términos epistemológicos, de reflexividad sistemática y de reflexión ontológica acerca de nuestras operaciones

sobre lo empírico. Una práctica reflexiva que nos permita explicitar y reconocer, si no queremos caer en un empirismo ingenuo, cuáles son, en el marco de la investigación, “las condiciones de existencia” de los fenómenos estudiados, que son siempre, como dice Bisset⁸ “condiciones de posibilidad e imposibilidad al mismo tiempo”. Por ello, pensar en las condiciones de existencia de los acontecimientos nos obliga a construir un andamiaje más complejo a la hora de definir el objeto empírico, pues debemos evaluar sus condiciones de posibilidad que son también las de su imposibilidad. La trama de sentido se complejiza y podemos desescencializar los objetos. Lo que no nos exime de preguntarnos por la índole de esos acontecimientos, por su régimen de existencia, por el proceso de su constitución, por su dimensión ontológica.

Quizás sea como dice Latour:⁹ “El error que cometimos, en todo caso el que yo cometí fue creer que no había forma más eficiente para criticar los asuntos de hecho que alejarse de ellos y dirigir la atención hacia las condiciones que los hicieron posible. Pero esto significó aceptar acriticamente lo que éstos eran.”

Esto nos exige entonces, en otro nivel de reflexión, quizás una metareflexión que implique la contextualización de los objetos empíricos, su historización y el análisis deconstructivo de los supuestos que los constituyen, de igual modo el reconocimiento de las series discursivas y no discursivas que los hacen posibles. Es como decía Bachelard¹⁰ (1987): se hace necesario conocer *en contra del sentido común*, pero en este caso en contra del propio sentido común académico, que se impone como un conjunto de tópicos indiscutidos a la hora de nuestras elecciones empíricas.

Debe haber creído un cuestionamiento más profundo, que vaya más allá de la justificación de la muestra o de la explicitación de los criterios de selección. Una metareflexión menos permisiva y más rigurosa que nos exija dar cuenta de esas elecciones, de nuestras creencias, valores y prejuicios, no respecto del objeto de estudio, pues se supone que la discusión teórica nos cubre de eso, sino de los objetos empíricos. Creo que operamos una suerte de abandono de la teoría o del posicionamiento epistemológico a la hora de encontrarnos con los “hechos”, con los sujetos, con los documentos. Una suerte de cosificación del objeto empírico, que creo empobrece los resultados de investigación.

Si bien asumimos que nuestros objetos de estudio son construidos y afirmamos que el punto de vista define el objeto, ¿cuánto hacemos extensivo este

⁸ BISSET, E., “Ontología de la diferencia”, en *Ontologías Políticas*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011.

⁹ LATOUR, B., *Reensamblar lo social*, Buenos Aires, Manantial, 2008.

¹⁰ BACHELARD, G., *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI, 1987.

supuesto a las elecciones y operaciones sobre los objetos empíricos?, ¿sólo el objeto analítico es construido?, ¿qué nos aporta a las investigaciones sociales un trabajo sobre *corpus* específicos, el análisis de documentos o un trabajo de campo localizado?, ¿por qué realizamos investigaciones con/en la realidad? ¿Qué saltos damos entre objeto teórico y objeto empírico? ¿Las operacionalizaciones son suficientes para garantizar este diálogo o hacen reingresar por la ventana el fantasma del positivismo que echamos por la puerta?

La pregunta que queda en suspenso es ¿qué creemos nosotros acerca de esos objetos empíricos, cómo los valoramos, cómo los catalogamos y los clasificamos, qué teorías tenemos acerca de su existencia?

Creo que hay un momento de nuestras investigaciones empíricas donde nos manejamos con teorías tácitas, como esquemas preconstruidos, y donde esencializamos a los objetos empíricos deshistorizándolos y descontextualizándolos a tal punto que justamente pierden su condición de “social”, en tanto lazo, conexión, conflicto o vínculo con otros, con “lo otro”. A veces el viejo positivismo, como un fantasma, se filtra en nuestras investigaciones, pero vestido con otros ropajes.

A PROPÓSITO DE UNA INVESTIGACIÓN

Estas inquietudes son el resultado de una investigación colectiva que realizamos en torno a los sentidos que asumía la incorporación de tecnología de la información y la comunicación en el sistema escolar argentino en los últimos años. En dicha investigación partimos del análisis de los documentos ministeriales, pero a poco de andar el objeto se nos disparó con lógica de un rizoma en varios sentidos y capas analíticas. Los documentos ministeriales dialogaban con otros textos, con documentos de organismos internacionales, con discursos de mercado y con matrices teóricas diversas, pero también con la lógica de funcionamiento del propio sistema educativo, de sus micropolíticas y modalidades de apropiación docente y trabajo en el aula. De modo que decidimos seguir las líneas interpretativas, las conexiones contextuales que los propios documentos nos señalaban, lo que derivó en una investigación compleja que se debió organizar en varios niveles de funcionamiento: la macropolítica, el nivel intermedio de implementación y la lógica del aula.

A poco de acercarnos a nuestros primeros objetos, los documentos ministeriales, tuvimos que contextualizarlos, historizarlos y reconocer un conjunto de matrices teóricas e ideológicas que no estaban presentes en las hipótesis iniciales. Poder reconocer las sedimentaciones de sentido, las intertextualidades, nos permitió abrir el objeto de estudio a nuevas dimensiones.

La complejidad de niveles de funcionamiento del sentido, es decir, las distintas capas de semiosis que analizamos y la diversidad de objetos empíricos que fuimos incorporando nos plantearon una serie de interrogantes en torno a las decisiones empíricas y a los modos de articular esos análisis con las hipótesis teóricas que fuimos construyendo y revisando a lo largo de la investigación. Creemos que sin ese diálogo a veces conflictivo con los objetos empíricos nuestro objeto de investigación no hubiera prosperado, pues las hipótesis iniciales no alcanzaban siquiera a dar cuenta de la complejidad del fenómeno estudiado. La propia dinámica de la investigación nos permitió esas aperturas y esa heterogeneidad de prácticas, hechos y objetos empíricos analizados que quizás no guarden demasiada homogeneidad entre sí pero que a nosotros nos permitieron reconstruir las trazas y trayectorias de sentido, los saltos y emergencias en distintos niveles que de otro modo no hubiéramos podido identificar.

Ahora bien y para finalizar, ¿qué hizo posible construir un *corpus* heterogéneo compuesto por documentos, entrevistas y observaciones? La adopción de una perspectiva discursiva en torno del sentido y del funcionamiento rizomático de lo social que quizás no se hizo evidente sino hasta el final cuando debimos reconstruir los caminos seguidos por algunos significantes.

A la distancia, y luego de haber tomado algunas decisiones un tanto a ciegas y por mera intuición, ahora podemos reconocer que en nuestra concepción acerca de lo real sostuvimos una perspectiva discursiva en tanto modo de constitución y también de acceso a lo real. Asimismo, sostuvimos una idea rizomática de los acontecimientos estudiados, en tanto pueden emerger en cualquier nivel de funcionamiento, inclusive como dice Latour,¹¹ desde una perspectiva conexionista donde: “lo macro no se encuentra ‘encima’ ni ‘debajo’ de las interacciones, sino agregado a ellas como otra de sus conexiones, alimentándolas y alimentándose de ellas”.

Estas “prenociones” nos permitieron poner en pie de igualdad “relativa” el texto de una ley nacional, el documento de un organismo internacional, un material de capacitación, los contenidos del portal Educ.ar y las entrevistas realizadas a estudiantes y docentes, en tanto manifestaciones discursivas con cierta regularidad temática. Decimos en un pie de igualdad discursiva y no analítica pues la perspectiva de análisis del discurso implica la contextualización de esas emergencias y la identificación de las condiciones que las hicieron posibles. Eso complejizó el análisis y creo que hubiera requerido de un trabajo en mayor profundidad que apuntara a comprender no solo esos funcionamientos desfasados entre niveles sino también cuáles fueron las conexiones que los hicieron

¹¹ LATOUR, B., *Reensamblar lo social*, Buenos Aires, Manantial, 2008, Pág. 255.

posibles. Si hubiéramos explicitado estas perspectivas creo nuestra investigación hubiera alcanzado un nivel de comprensión más complejo.

Las elecciones empíricas no solo orientan la investigación sino que la producen, no son el resultado de la aplicación práctica de supuestos teóricos sino que son el resultado de concepciones (teóricas) previas que si no se explicitan, se revisan, y se ponen en crisis, debilitan la fuerza interpretativa de una investigación. Latour¹² plantea al respecto la necesidad de pasar del estudio de lo que llama “cuestiones de hecho” a lo que denomina “cuestiones problemáticas”, asuntos de preocupación. Señala: “la cuestión es que los *asuntos de hecho* son una muy pobre aproximación de experiencia y de experimentación que no puede de ninguna manera dar cuenta de lo que es requerido por una actitud realista frente a la investigación.” Una actitud realista no implica una mirada empiricista, sino una búsqueda de aquellas cuestiones problemáticas, asuntos de preocupación, diría Latour¹³ (2004) en torno de los cuales se anudan tanto las cuestiones sociales como las teóricas.

Preguntarnos por el objeto empírico nos obliga a pensar que la operación que realizamos no es el mero reconocimiento de un objeto preexistente, es un encuentro con el objeto a través de la trama del sentido que le imponemos. El acontecimiento, como dice Deleuze¹⁴ (2005), no existe al margen de ese encuentro con la trama que le da sentido y desde ese lugar el encuentro nos fuerza a plantear un problema, un campo problemático un asunto de preocupación diría Latour. En ese sentido sostenemos que el encuentro con lo empírico no puede corroborar alguna idea previa sino que debe poder ayudarnos a pensarla, a cuestionarla. La *empírica*, entendida como construcción de sentido mediada por el lenguaje y no como acceso directo a la realidad, debe servir más para problematizar los hallazgos teóricos que para reforzarlos, para ponernos frente a la contingencia de lo incierto, de lo posible, de lo virtual, en tanto no hay un real afuera al que el conocimiento representa, sino una construcción a la que el conocimiento le da sentido. El acontecimiento no es otra cosa que las proposiciones que lo nombran y el sentido es lo que se encuentra entre las palabras y las cosas diría Deleuze.

Para finalizar quisiera traer dos preguntas que Deleuze¹⁵ se hace, que no dejan de inquietarme a la hora de pensar estas cuestiones: ¿cómo pensar sin falsear los hechos? ¿Como pensar de otro modo?

¹² LATOUR, B., “¿Por qué se ha quedado la crítica sin energía? De los Asuntos de Hecho a las Cuestiones de Preocupación”, *Revista Convergencia*, Nro. 3, Brasil, Mayo-agosto, 2004.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ DELEUZE, G., *Lógica del sentido*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

¹⁵ DELEUZE, G., *Nietzsche y la Filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1989.

REFERENCIAS

- BACHELARD, G., *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI, 1987.
- BISSET, E., “Ontología de la diferencia” en *Ontologías Políticas*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011, Pág. 34.
- DELEUZE, G., *Nietzsche y la Filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1989.
- , *Lógica del sentido*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- DE PERETTI, C., *Jacques Derrida, texto y deconstrucción*, Madrid, Anthropos, 1989.
- FERNÁNDEZ AGIS, D., “Filosofía y compromiso en Derrida y Levinas”, en *La lámpara de Diógenes. Revista de filosofía*, Nro. 18 y 19, 1999, Pág. 201-212.
- LATOUR, B., “¿Por qué se ha quedado la crítica sin energía? De los Asuntos de Hecho a las Cuestiones de Preocupación”, *Revista Convergencia*, Nro. 35, Brasil, Universidad de Campinas, mayo-agosto de 2004.
- , *Reensamblar lo social*, Buenos Aires, Manantial, 2008.
- Nubiola, Jaime, “La clasificación de las ciencias y la interdisciplinariedad según Charles S. Peirce”, *Revista Indicios*, Nro. 6, octubre 2010-marzo 2011, México, UACM, Pág. 16.
- PEIRCE, C., *El hombre un signo*, España, Ed. Crítica, 1988.
- VERÓN, E., *Efectos de agenda II. Espacios Mentales*, Buenos Aires, Gedisa, 2002.

ENTRE LA OBEDIENCIA Y EL CUESTIONAMIENTO

LOS DESAFÍOS DE LA INVESTIGACIÓN CRÍTICA EN LAS ARENAS EPISTEMOLÓGICAS

*Mariana Ortecho*¹

La presente propuesta articula un conjunto de reflexiones en torno a los desafíos de formular y desarrollar trabajos de investigación en el campo de las Epistemologías Críticas. El planteo central revisa cuáles son las posibilidades de integrar, en un mismo proceso, la obediencia y el cuestionamiento a los múltiples procedimientos investigativos (que incluyen desde la toma de posición onto-epistemológica, la elección de determinadas corrientes de teoría –general y sustantiva– así como las estrategias metodológicas de recolección y análisis que, en suma, constituyen el discurrir general del proceso investigativo).

Asimismo, interesa discutir aquí cuáles son los posicionamientos axiológicos que subyacen en estas diferentes instancias de indagación desde una dimensión socio-afectiva, orientando los cauces de la propia labor y tensionando las exigencias de los aportes finales (sociales y generales) de estos procesos.

EPISTEMOLOGÍAS CRÍTICAS O UN MODO DE FORMULAR VIEJAS PREGUNTAS EN NUEVOS CONTEXTOS

Es necesario, como punto de partida, comenzar este texto a partir de una aclaración. Se trata de explicitar la manera en la que se entiende la noción de *epistemología*, precisamente desde el punto de vista de la perspectiva “epistemológica crítica”.

Si bien este término ha designado en el campo de la Filosofía y de las ciencias –tanto sociales como naturales y exactas–, al área de estudios dedicada a indagar los procedimientos mediante los cuales se produce el conocimiento en el ámbito académico, es otra la significación que se le otorga a este término desde una mirada crítica y situada. Es decir, esta primera acepción se

1 Doctora en Estudios Sociales de América Latina. Mención en Comunicación. Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Investigadora asistente en el Centro de Investigaciones y Estudios de Cultura y Sociedad (CONCET y UNC).

desplaza intencionadamente hacia un espacio de consideración que excede los muros de la academia, intentando comprender, recuperar y luego reivindicar otros conocimientos y saberes que provienen de diferentes sectores, actores y recorridos gnoseológicos. Asimismo, desde esta perspectiva, la *epistemología* no se entiende como un campo autónomo, capaz de observar distanciadamente procesos de producción de conocimiento, sino como un nivel de conceptualización que siempre, y de modo más o menos explícito, opera y desenvuelve cualquier proceso de investigación.

Ahora bien, esta perspectiva –caracterizada por la búsqueda de la ampliación de la mirada– parte de un conjunto de críticas al rol de las ciencias, en el marco de un específico conjunto de procesos sociales y culturales contemporáneos.

Expresado de manera simple, esta corriente de indagación se pregunta por el modo en que ciertas dinámicas de producción de conocimiento contribuyen a reproducir relaciones de dominación o subalternización social y cultural. De esta manera, sus reflexiones se articulan, fundamentalmente, sobre las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las consideraciones y supuestos fundantes que subyacen en las tradiciones investigativas contemporáneas constituyéndose en reglas o cánones que dejan en la sombra, o descalifican abiertamente, otras formas de producir sentido, susceptibles de considerarse conocimiento? ¿A qué grupos (culturales) se niega mediante estos juegos de producción de sentido? ¿Para qué o para quiénes se orienta el conocimiento ajustado a los cánones científicos actuales?

Por lo dicho, puede entenderse el modo en el que “viejas” preguntas, respecto de los procesos de producción de conocimiento, se resignifican mediante una localización gnoseológica específica. A la luz de los problemas, desafíos y deudas (sociales y culturales) actuales, se reformulan las clásicas preguntas sobre el por qué y el para qué del conocimiento.

Para el caso de América Latina por ejemplo, el campo de las Epistemologías Críticas está fuertemente atravesado por una corriente de pensamiento y acción, de tradición crítica, autodenominada Proyecto o Giro Decolonial².

Desde esta vertiente particular se problematizan fundamentalmente las características epistemológicas del conocimiento moderno, reproducido hoy desde las instituciones académicas, intentando asimismo –y por cierto, con muchas más dificultades– generar el espacio de emergencia (o de

² MIGNOLO, W., “El pensamiento decolonial: Desprendimiento y apertura. Un manifiesto”. En CASTRO-GÓMEZ, S. y GROSGOUEL, R., (Eds.) *El giro decolonial*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2007, CASTRO-GÓMEZ, S. y GROSGOUEL, R., (Eds.), *El giro decolonial*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2007.

visibilidad) de formas otras de producir sentido gnoseológico, vinculadas a grupos culturales, fundamentalmente indígenas y populares.

En términos teóricos, las conceptualizaciones desarrolladas desde esta corriente plantean la necesidad de hacer, de los procesos de investigación, instancias de diálogo y encuentro entre diferentes tipos de saberes; lo cual, por supuesto, resulta siempre un gran desafío en términos empíricos, dadas las opciones metodológicas de las que se dispone hoy en el espacio de las Ciencias Sociales y Humanas.

Como se sabe, el modelo de cientificidad³ moderno ha sido criticado desde diferentes perspectivas. Las nociones de objetividad y generalidad orientadas a producir un conocimiento universal, han sido destinatarias de suficientes críticas desde diferentes posiciones teóricas; sin embargo, más allá de que estos postulados hayan sido superados en un plano teórico (argumental) es posible que tengan hoy total vigencia en términos de procedimientos metodológicos, ya que estos han sido generados –precisamente– bajo aquellos preceptos.

Ahora bien, sobre este punto, es necesario aclarar qué se entiende en este trabajo por *metodología*. A diferencia de lo que suele entenderse por este término, considerándolo vinculado y restringido al conjunto de instrumentos de recolección de información y posterior análisis, se entiende aquí por *metodología* a toda operación de representación que comienza en la instancia de formulación de un determinado tema, seguida, por supuesto, del momento de esbozo de un plan trazado sobre la búsqueda de determinados objetivos. Esta forma de entender a la metodología, que intenta poner atención en los *procedimientos* desde una perspectiva amplia, se propone problematizar la cuestión de los lenguajes que traman los procesos de producción de sentido en cualquier instancia de generación de conocimiento.

La posición que aquí se sostiene es que resulta necesario, y probablemente urgente, reconsiderar las formas de representación que se emplean en el campo de las ciencias sociales y humanas, atendiendo (críticamente) a la tendencia verbocéntrica, totalmente naturalizada en este ámbito de producción.

Si a ciertas líneas teóricas o epistemológicas este asunto les resulta un problema menor o un asunto de ningún interés, para un área como la que proponen abrir las Epistemologías Críticas, la cuestión se vuelve capital al pretender la transformación de los procesos de investigación actuales hacia instancias de diálogo y encuentro entre diferentes tipos de saberes.

En otras palabras, y aunque la pregunta resulte quizás demasiado osada, es necesario revisar en profundidad en qué medida o de qué manera existe la

³ PARÍS, A., “Algunas reflexiones epistemológicas acerca de las Ciencias Sociales y la Investigación Cualitativa”, en MERLINO, A., *Investigación Cualitativa en Ciencias Sociales. Temas, problemas y aplicaciones*, (Coord.), Buenos Aires, Cengage Learning, 2009.

posibilidad de encontrar (tan siquiera, “referir a”) otras formas de producir conocimiento mediante un tipo de recurso representacional tan restringido como el lingüístico.

En otros trabajos⁴ se avanzó en la caracterización de esta forma de representación y su vinculación con un paradigma epistemológico presuntamente perimido con el objeto de comprender con mayor profundidad cuáles son las dinámicas de subalternización gnoseológica; es decir, cuáles son los modos o mecanismos representacionales mediante los cuales ciertos conocimientos (y fundamentalmente, ciertas formas de producirlos) quedan en la sombra o logran aparecer a la luz pero para ser descalificados por completo.

A su vez, esta dinámica de jerarquización semiótica se entiende como modular en las complejas problemáticas que atraviesan las relaciones de subalternización étnica, genérica, socio-económica, etc. Por ello, considerar a cualquier fenómeno social o cultural en términos gnoseológicos, es decir en términos de procesos de producción de conocimiento, se entiende como una cuestión que excede por mucho el alcance de la “vieja” epistemología para intentar alcanzar un nivel de reflexión en torno a diferentes sentidos vinculados a una forma de estar en el mundo, y habitar allí las posibilidades de ser *en relación*.

CONCEPCIONES ONTO-EPISTEMOLÓGICAS PERIMIDAS Y EL DESEO POR ENCONTRAR NUEVAS ALTERNATIVAS

La denuncia al modo en que la especie humana se ha entendido a sí misma como escindida del resto del dominio de *lo natural* ha sido recurrente en diferentes líneas teóricas de perspectiva crítica. De esta manera, la perspectiva decolonial no ha hecho sino adscribir a esta posición para intentar abrir, luego, un camino alternativo de apertura y fundamentalmente de afirmación diferencial. Es decir, al considerar erróneo, y, mucho más aún, extremadamente peligroso por las conductas depredadoras que acarrea, sentir y entendernos como especie disociados del mundo natural, el Proyecto Decolonial ha intentado dar un paso más allá, generando el espacio de escucha y comprensión de las cosmovisiones ancestrales americanas respecto de la posición relacional que ocupamos en el planeta.

⁴ ORTECHO, M., “Por un intento de subversión interpretativa: Una crítica decolonial a la forma de producir conocimiento social”, *Inter-american Journal of Philosophy*. Volume 5, United States, Texas University, 2014; BIANCOTTI, M. C. y ORTECHO, M., “La noción de Performance y su potencialidad epistemológica en el hacer científico social contemporáneo”, *Tábula Rasa*, N° 19, Bogotá, Colombia, 2013.

Desde luego que la ambición por comprender la perspectiva o las consideraciones que subyacen a la sabiduría indígena es claramente osada, dado que no puede pensarse de forma disociada el “conocimiento” de los “camino” que llevan a él. Dicho de otra forma, y específicamente desde una perspectiva semiótica, no puede considerarse posible alcanzar conocimientos efectivamente alternos mediante los mismos recursos representacionales, si no se quiere caer en una caricaturización del encuentro con saberes o conocimientos “otros”.

Las culturas indígenas no se expresaron mediante sistemas gráficos alfabéticos de representación; de forma diferente y no fortuita, los recursos dominantes fueron iconográficos, diagramáticos o concretamente rituales. Tal como lo ha señalado Walter Mignolo, la memoria –entendida como el conjunto de conocimientos que traman la historia de un pueblo en un tiempo y un espacio determinados– no era expresada en la América precolombina mediante la letra. Eran los lenguajes, entendidos desde la perspectiva cultural occidental, pertenecientes al arte, aquellos recursos representacionales que servían de soporte y expresión a los conocimientos ancestrales.

Ante los ojos eurocentrados (es decir, ante la percepción de quienes –más allá de su lugar de nacimiento– habían crecido bajo una educación fundamentalmente moderno/colonial) las piezas cerámicas, por ejemplo, se entendían como objetos utilitarios o como piezas de ornamentación, a las que sólo se les alcanzó a otorgar valor estético y artístico. En cualquier caso, lo que resultaba (y en muchos casos, aún resulta) irrisorio era su consideración en tanto textos portadores de importante tenor gnoseológico.

Las esculturas, los bajorelieves que aparecen en petroglifos –por ejemplo– así como cualquier representación plástica de las situaciones de ritual (y por supuesto, los propios rituales) se han entendido bajo la mirada eurocentrada como formas de expresión que carecen de contenido significativo por fuera de lo meramente expresivo de un orden subjetivo.

Pero es precisamente este último punto el que ha merecido particular comprensión desde una perspectiva semio-epistemológica; pues –como se dijo– al nivel de las concepciones ontológicas, la subjetividad es un punto de asunción que ha quedado hoy por fuera de toda discusión posible. Sin embargo, lo que no ha quedado por fuera de discusión, y de hecho, ni siquiera parece haberse comenzado a tratar analíticamente, es la cuestión de cuáles podrían ser los recursos representacionales más pertinentes para dar cauce expresivo a estos sentidos subjetivos o *intersubjetivos*, como suele decirse hoy respecto de los procesos de producción de conocimiento, específicamente.

A partir de lo señalado, se vuelve ineludible la sospecha respecto de los caminos metodológicos que hoy disponemos para producir conocimiento, partiendo de la cuestión de los lenguajes –mediante los cuales se formula un

proyecto, como instancia procedimental inicial– para llegar a la cuestión de los recursos sígnicos mediante los cuales se produce el diálogo (con los grupos abordados, por ejemplo). ¿Por qué deberíamos confiar tan rápidamente en la palabra, ya sea en forma escrita u oral, para producir sentido en procesos investigativos que procuran constituirse como instancias de encuentro con otro tipo de saberes?

Es decir, captar lingüísticamente mediante el registro escrito los elementos que se recomienda observar desde los trabajos etnográficos (el escenario, la acción, quiénes participan en ella, cómo se organiza el tiempo, cuáles son los conflictos y tensiones que emergen, etc.) puede no ser el mejor camino para comprender sobre el conocimiento ancestral indígena o el conocimiento popular. Es importante poner al menos en duda la eficacia de esta estrategia, particularmente en investigaciones que pretenden comprender los procesos de producción de conocimiento en el marco de espacios de cultura considerada “alterna”.

Se trataría entonces de desnaturalizar los instrumentos representacionales y por supuesto también las técnicas de las que disponemos para desarrollar este tipo de investigación. Así por ejemplo, la entrevista, como recurso de generación de información, se percibe también como un instrumento restringido que propone traducir a expresión oral (también lingüística y por lo tanto, fuertemente argumental) una serie de asuntos que sabemos a priori, no se expresan de esa manera, y no de modo casual.

Es importante aclarar que la necesidad de cuestionar e intentar un gesto de alejamiento de la palabra (ya sea en versión escrita u oral) está en relación con lo que se propone desde ciertas corrientes metodológicas de vanguardia que apelan a otras formas de expresión (como la fotografía, el dibujo, el etnodrama, etc.) aunque con una diferencia fundamental. Supongamos que una investigación que trabaja desde una perspectiva de género se propone comprender sobre el modo en que un grupo de mujeres de un barrio popular vive la experiencia de la segregación urbana. Un buen abordaje metodológico, que pudiera considerar críticamente sus instrumentos, consideraría que una situación de entrevista (aun cuando esta fuera resultado de un largo proceso de relación y construcción de confianzas) no permitiría la emergencia de algunos sentidos, que son esquivos a la palabra. Por ello, podría ser una buena estrategia –supletoria o complementaria– el trabajo con fotografías, dibujos o teatralizaciones en las que pudieran aparecer algunos elementos más sensibles que no pueden jamás ser *dichos* ni mucho menos *explicados* en una entrevista.

Esta apertura metodológica, entonces, se entiende necesaria pero no es exactamente la misma que aparece en el caso de investigaciones que están

sobre el área de la indagación epistemológica; pues si aquello que se quiere observar y comprender en un determinado espacio de cultura es precisamente cómo se entiende el conocimiento y mediante qué recursos se alcanza, la situación es diferente. Sucede que la naturaleza del propio tema investigado debería subvertir los rasgos del conocimiento (propio) desde el cual aquello pretende comprenderse.

En suma, puede decirse que las cuestiones onto-epistemológicas en esta línea de indagación están estrechamente tramadas con los asuntos metodológicos, aunque –tal como se explicó en el apartado anterior– la noción misma de “metodología” requiera una reconsideración que la amplíe, al tiempo que la profundice para cuestionar procedimientos de base, en términos de tarea investigativa.

LOS FUNDAMENTOS RELACIONALES Y AFECTIVOS QUE SUBYACEN DESDE UNA AXIOLOGÍA DEL SENTIR

Así como la voluntad de las Epistemologías Críticas consiste en recuperar a la *epistemología* como un espacio de reflexión, que por presente en todo trabajo de investigación, debe aparecer explícito para exponerse a una discusión abierta, la *axiología* aparece como un nivel de sentido más sutil, que también merece una revisión profunda, vinculada a las creencias o motivos que impulsan una determinada empresa investigativa circunscribiéndola a un determinado ámbito que la requiere o justifica.

Es decir, si bien tampoco resulta frecuente que las investigaciones pongan de manifiesto cuáles son sus pareceres fundantes respecto de *lo social* porque no suele parecer algo pertinente o relevante, a la mirada de esta línea de investigación la cuestión resulta fundamental. Se trata de dar valor contextual a un determinado tema, a un enfoque y principalmente a los propósitos que orientan el desarrollo de un programa de indagación.

Sin embargo, la especificidad de la mirada respecto de la cuestión axiológica reside en que la noción de “valor/es” no se entiende vinculada al orden del deber (a la moral, por ejemplo) sino que se comprende vinculada a una forma de situarse relacionamente respecto de un entorno, en términos de “sentir” precisamente la experiencia de *lo social*, a partir de asumir esa dimensión del *ser en relación*.

Así, el interés por desarrollar una línea de indagación que pueda considerar y comprender en profundidad (para luego desandar) los mecanismos de subalternización gnoseológica que subyacen a las relaciones de jerarquización social, parte de la asunción, aunque tácita, del dolor social que estas asimetrías provocan. Pero ese dolor no se contenta con la descripción de

la degradación socio-cultural a la que se ha llegado y que provoca el sufrimiento; ese dolor –se entiende– constituye en el caso de América Latina la posibilidad de movilizar una esperanza de futuro.⁵

Ahora bien, resulta curiosa la manera en la que ese futuro se delinea en esta región, a partir de lo aun no considerado y valorado: precisamente lo indígena y lo popular.

Aunque en los últimos años estos dos heterogéneos espacios de cultura han sido objeto de estudio recurrente en el campo de las Ciencias Sociales y Humanas, resulta innegable la ausencia de elementos (quizás, las claves de lectura) mediante los cuales sea posible acceder a ellos sin desvirtuarlos en la traducción al lenguaje de la ciencia; es decir, sin desvanecerlos a través de las articulaciones lógicas y argumentales de la lengua escrita que desde la academia intenta expresarlos.

Es curioso notar cómo, desde una perspectiva ciertamente convencional, el interés por indagar en el mundo de lo subalterno indígena o popular se ha apoyado, en términos axiológicos, en la idea de *justicia social*, por supuesto muy próxima a la perspectiva y noción de *derechos humanos*.

Boaventura de Sousa Santos⁶ ha planteado y cuestionado la conveniencia de la utilización de este término, cuando el propósito de cualquier iniciativa (podríamos pensar aquí, de indagación científica, por ejemplo) se orienta a reivindicar, recuperar o poner precisamente en *valor* elementos culturales que han sido subalternizados en el marco de una cultura dominante homogeneizadora, como es el caso de la cultura moderno/colonial. Pues al emplear este concepto, la operación parecería consistir en la reproducción de una matriz normativa de pretensión institucionalizadora globalizante que, en los niveles más profundos de sentido de una determinada investigación, orientan fuertemente la disposición teórica y metodológica.

Pero ¿qué pasaría si no fueran estas nociones, como se dijo, universalizantes, las que sostuvieran desde el nivel axiológico una investigación orientada al estudio de lo indígena o popular? ¿Sería posible que la pretensión desde el primer momento no se orientara a contribuir a procesos de transformación y *justicia social* sino que se orientara, por ejemplo, a sensibilizar la propia capacidad de escucha, estallando esas prenociones globalizantes y homogeneizadoras? De ser así en algún aspecto, ¿no sería necesario imaginar otros recursos de diálogo y encuentro que renuncien a la capacidad explicativa de las palabras?

⁵ QUIJANO, A., “El regreso del futuro y las cuestiones del conocimiento”, *Hueso Húmero*, Nro. 38, Chile, Centro de Estudios Miguel Enríquez, 2001.

⁶ SANTOS, B., *De la mano de Alicia: Lo social y lo político en la postmodernidad*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 1998.

Sucede que aquello que aparece en un proceso de investigación en las profundidades, frecuentemente tácitas del orden axiológico, también emerge (porque se corresponde siempre de algún modo) con los recursos metodológicos y procedimentales. Si el propósito primero parte de la asunción del orden del sentir y se orienta, de la misma forma, a transformar esta dimensión en el desarrollo de un proceso de investigación, pues resultará imprescindible sensibilizar al extremo los lenguajes y los instrumentos mediante los cuales esa iniciativa se intenta llevar adelante.

Como podrá verse, de esta manera la propia noción de *axiología* también se resignifica intencionadamente en esta línea de indagación; tal como se lo hizo con las nociones de *epistemología* y *metodología*, referidas en páginas anteriores.

La operación es la misma en todos los casos. Se trata de tomar un significativo y una porción de su significado convencional para atribuir y transformar alguna de las nociones más fuertes que lo rodean. Es, efectivamente, un recurso sencillo para poder sostener una perspectiva crítica y cuestionadora en el marco de un andamiaje conceptual al que, por supuesto, no se puede desobedecer de forma completa.

Por ello, precisamente, el nombre de este texto comienza por dar cuenta de este lugar de tensión que se sitúa en un “entre”. Pero este lugar no sólo se refiere a lo queda “entre” los protocolos instituidos del verbocentrismo y la posibilidad de arribar hacia nuevos lenguajes, por ejemplo; también se sitúa “entre” lo que la academia requiere y aquello que ciertos grupos demandan.

Quienes hayan trabajado desde instancias de investigación en contextos de cultura popular, o hayan tenido oportunidad de algún tipo de aproximación con agrupaciones indígenas, habrán advertido la dificultad (o peor aún, la imposibilidad) de compartir fluidamente en estos escenarios lo producido desde el mundo de la academia, debido a las distancias infranqueables en los hábitos de representación que existen entre unos y otros sectores.

Esta cuestión no resulta en absoluto secundaria en una línea de indagación que se propone, como uno de sus principales objetivos, efectivizar instancias de diálogo o encuentro entre diferentes tipos de saberes: he aquí el desafío, y fundamentalmente la *necesidad* de cuestionar y desobedecer, que plantean las Epistemologías Críticas.

El camino que se presenta hacia adelante entonces, y que habrá de construirse entre todos quienes decidan explorar en esta dirección, debería atravesar estos puntos de tensión entre cuestionamiento y obediencia; así como entre producción conceptual –nivel epistémico, meramente teórico– y experiencia –nivel epistémico empírico, central en esta línea de indagación–.

REFERENCIAS

- BIANCIOTTI, M. y ORTECHO, M., “La noción de Performance y su potencialidad epistemológica en el hacer científico social contemporáneo”, en *Tábula Rasa*, N° 19, Bogotá, Colombia, 2013.
- CASTRO-GÓMEZ, S. y GROSFUGUEL, R. (Eds.), *El giro decolonial*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2007.
- MIGNOLO, W., “El pensamiento decolonial: Desprendimiento y apertura. Un manifiesto”, en CASTRO-GÓMEZ, S. y GROSFUGUEL, R. (Eds.), *El giro decolonial*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2007, Pág. 25-46.
- ORTECHO, M., “Por un intento de subversión interpretativa: Una crítica decolonial a la forma de producir conocimiento social”, en *Inter-american Journal of Philosophy Volume 5, Issue 2*, United States, Texas University, 2014.
- PARISÍ, A., “Algunas reflexiones epistemológicas acerca de las Ciencias Sociales y la Investigación Cualitativa”, en *Investigación Cualitativa en Ciencias Sociales. Temas, problemas y aplicaciones*, Aldo Merlino (Coord.), Buenos Aires, Cengage Learning, 2009, Pág. 15-38.
- DE SOUSA SANTOS, B., *De la mano de Alicia: Lo social y lo político en la postmodernidad*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 1998.
- QUIJANO, A., “El regreso del futuro y las cuestiones del conocimiento”, en *Hueso Húmero*, N° 38, Chile, Centro de Estudios Miguel Enríquez, 2001.

ENTRE LA IMPOTENCIA Y LO IMPOSIBLE: REFLEXIONES EN TORNO AL PROCESO DE PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO

Jorge Foa Torres¹

Desde la experiencia singular, este trabajo tiene por objeto presentar una serie de reflexiones que, haciendo hincapié en el lugar de enunciación del investigador, se abocan a la diferenciación entre impotencia e imposibilidad a la hora de la producción de conocimiento en ciencias sociales. Frente al mandato académico-científico, cada vez más voraz, de generación de antecedentes y publicaciones para la supervivencia en la carrera rentada de investigador, cabe interrogarnos ¿de qué modos, siempre singulares, es posible construir una relación tal con ese mandato que nos permita evitar caer en la mera impotencia?

Situándome en un abordaje lacaniano de la Teoría Política del Discurso expondré, en primer término, a la noción lacaniana de *Lo Real* y a la heideggeriana de *lo inabarcable inaccesible*, como herramientas claves para descompletar tanto al proceso de producción de conocimiento como al lugar de enunciación del sujeto-investigador. A partir de allí, el campo científico-académico será comprendido como un terreno marcado constitutivamente por la presencia de *lo imposible*.

En segundo término, abordaré ciertos aspectos de un modo de hacer con eso imposible: el proceso retroductivo de producción de conocimiento. Por último, me ocuparé de ciertas articulaciones entre investigación, *transferencia* y transmisión de un legado político-epistémico.

LA PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO Y EL IMPERATIVO TÉCNICO

En primer lugar resulta relevante, a los fines de este trabajo, significar a la labor heurística como un espacio más entre los procesos y relaciones de producción social, específicamente orientado a la producción de conocimiento. Lo cual sitúa a la investigación en ciencias sociales como un proceso

¹ Doctor en Ciencia Política (CEA-UNC). Investigador Asistente CONICET. Docente de la Universidad Nacional de Villa María. Líneas de investigación: populismos y política ambiental, crítica posmarxista del derecho.

productivo orientado al Otro social. En tal sentido, cualquier clase de solipsismo heurístico puede ser pensado no sólo como algo no deseado, sino como un terreno en última instancia inaccesible.

Por lo tanto, preguntarnos acerca de los procesos de producción de conocimiento implica interrogarnos sobre los modos dominantes de significar a la producción humana en un determinado tiempo histórico. Siguiendo a Martin Heidegger,² podemos afirmar que la *técnica moderna* es un modo del producir. El único entre ellos apoyado en la ciencia moderna que, al mismo tiempo, pone a ésta a su servicio. Para el autor, “el producir produce desde el velamiento al desvelamiento” y en el *desocultar* se apoya todo producir³. Pero no toda técnica implica un mismo e idéntico modo de desocultar. La forma que adquiere en la técnica moderna implica a un *desocultar provocante* determinado a, no sólo poner a la naturaleza en la exigencia de liberar energías para ser acumuladas y explotadas, sino en *disponer* “al hombre a tomar lo real como constante”.⁴ Lo que se pone en juego aquí es un modo de “interpelación provocante, que reúne al hombre en ella a establecer lo desocultado como *constante*”.⁵

De tal modo, la técnica moderna se presenta como un modo de interpelación a una forma específica de producción. En palabras de Jorge Alemán, la técnica moderna se constituye en un dispositivo que “emplaza a todo ‘lo que es’ a que se disponga, o que esté en vías de volverse disponible como imagen de lo ilimitado”.⁶

Una manifestación de esta interpelación puede ser hallada en el mandato a la acumulación de antecedentes, principalmente publicaciones, omnipresentes en el campo académico. La evaluación cuantitativa de los antecedentes de los investigadores por parte de las instituciones educativas y de investigación, tiende a promover a la acumulación de publicaciones como principal estándar en la valoración del conocimiento producido. Y tal imperativo tiende a constituirse en un mandato técnico que interpela al investigador a emplazarse en un circuito productivo en donde la acumulación ilimitada da sentido al producir.⁷

² HEIDEGGER, M., “La pregunta por la técnica”, en *Filosofía, ciencia y técnica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2007a.

³ *Ibidem*, Pág. 125.

⁴ *Ibidem*, Pág. 133.

⁵ *Ibidem*, Pág. 134.

⁶ ALEMÁN, J., *Para una izquierda lacaniana...*, Buenos Aires, Grama, 2010, Pág. 51.

⁷ En muchos casos, además, para ser evaluada positivamente se exige que esa producción se viabilice a través de específicas revistas usualmente de alcance internacional y que, principalmente en el ámbito de las ciencias básicas, carecen de acceso abierto. Podemos identificar aquí conjeturalmente, a una producción técnica que posee los rasgos de una producción de elite dirigida a una elite.

Otra manifestación del imperativo técnico se advierte en la persistencia explícita o implícita, en diversas perspectivas, de la pretensión de producir conocimiento desde metalenguajes totalizantes que mandan a aplicar la teoría.⁸

En tal contexto ¿qué lugar queda para la enunciación del sujeto-investigador-productor? Llegamos aquí a un rasgo clave de la técnica moderna que la distingue de cualquier otro modo del producir. Mientras la ciencia moderna presentaba un límite a su producción de conocimiento, un espacio de no-saber: el rechazo del sujeto del inconsciente;⁹ la técnica moderna se presenta como una superficie ilimitada, a partir de la cual: “el mundo se vuelve el lugar donde los saberes y prácticas se convierten en campos de maniobra de la técnica”.¹⁰ Si, como señala Jorge Alemán, “la técnica (...) no tiene sujeto”,¹¹ el lugar destinado al sujeto-investigador no es más que el de la *impotencia* frente al cruel imperativo técnico. Impotencia que se verifica aún frente a la incesante acumulación de artículos científicos publicados.

Frente a lo cual cabe interrogarnos acerca de las condiciones y formas capaces de posibilitar la emergencia de modos de producir no-técnicos. En primer lugar, podemos arriesgar que tal invención solo puede emerger en relación con el imperativo técnico y de ningún modo, como ya se señaló, como un último gesto solipsista heroico. En segundo lugar, esa relación tendrá que constituirse no solo de manera novedosa sino, además y por sobre todo, en una posición políticamente antagónica a la técnica moderna.

A tal fin, un camino deseable podrá ser puesto en juego con la reintroducción radical del lugar de enunciación del sujeto-investigador-productor en la escena académica. En tal sentido, esa reintroducción no es pensada como un acto inocuo sino, por el contrario, como el acceso a la *producción* de rupturas inscriptas en experiencias colectivas orientadas, de un modo u otro, a descompletar a la técnica moderna. Tal descompletar puede ser pensado como un acto político del investigador que, en busca de interpelar al Otro, se asuma implicado en los procesos políticos de identificación y des-identificación.

En contra de la exclusión técnica del sujeto del inconsciente, una producción de conocimiento alternativa lo instaura en el centro de ese proceso productivo. En definitiva, apartarse del “bla, bla, bla” tecno-científico involucra a un decir políticamente situado como camino factible y deseable para la producción de antagonismos socio-académicos.

⁸ Al respecto de la crítica a la “aplicación de la teoría”, ver SAUR, 2008.

⁹ En tal sentido, en *La ciencia y la verdad* Jacques Lacan afirmaba que “... el sujeto en cuestión sigue siendo el correlato de la ciencia, pero un correlato antinómico puesto que la ciencia se muestra definida por el no-éxito del esfuerzo para suturarlo (...) El sujeto está, si puede decirse, en exclusión interna de su objeto” (1985, Pág. 840).

¹⁰ ALEMÁN, J. *Ibidem*, Pág. 51.

¹¹ ALEMÁN, J. *Ibidem*, Pág. 50.

PRODUCIENDO UN HACER CON LO IMPOSIBLE: EL PROCESO RETRODUCTIVO

En este punto, caracterizaremos a la técnica moderna como un modo específico de posicionamiento frente a lo imposible. Uno entre otros, que escenifica sistemáticamente la disolución de lo imposible. Martin Heidegger caracteriza al desvelamiento técnico del siguiente modo:

(...) el desvelamiento según el cual la naturaleza se concibe como una conexión de efectos de fuerzas calculables, puede permitir, ciertamente, constataciones exactas; pero, precisamente, a través de estos resultados persiste el peligro de que en todo lo exacto se retraiga lo verdadero.¹²

“El Peligro Supremo” se cierne sobre el sujeto-productor que, alienado al devenir técnico, “pasa por alto a sí mismo como lo interpelado”¹³. La interpe-lación al “todo es posible” es la condición por excelencia para la fijación en la impotencia del sujeto-productor.

Un posicionamiento otro involucra a un reconocimiento de eso imposible en la producción de conocimiento. La ciencia moderna, al decir de Heidegger,¹⁴ “no sabe pensar –es decir, pensar según la manera del pensador”, lo cual le asegura la posibilidad de acceder y dar cuenta de determinada región de objetos, de calcularlos según ciertos métodos. La ciencia, por lo tanto, sería incapaz de decidir acerca de su modo de hacer frente a *lo inabarcable inaccesible*. Es decir, de lo que está privada o frente a lo que se muestra impotente es a la producción científica de otros posicionamientos frente a lo inabarcable inaccesible.

Esta noción heideggeriana puede ser puesta en vinculación con Lo Real lacaniano, en tanto aquello imposible de ser capturado por la tecno-ciencia que, al mismo tiempo, es continuamente pasado por alto en sus procesos productivos. La orientación por Lo Real señala al abismo irreconciliable existente entre la tecno-ciencia y la práctica y enseñanzas psicoanalíticas. Pero que, por nuestra parte, consideramos no necesariamente llamados a extinguirse en el campo de la clínica.¹⁵

¹² HEIDEGGER, M., “La pregunta por la técnica”, en *Filosofía, ciencia y técnica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2007a, Pág. 142.

¹³ HEIDEGGER, M. *Ibidem*, Pág. 143.

¹⁴ HEIDEGGER, M., “¿A qué se llama pensar?”, en *Filosofía, ciencia y técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2007c.

¹⁵ Respecto de la relación entre psicoanálisis y ciencia, Jacques Lacan afirmaba lo siguiente: “El objeto del psicoanálisis (anuncio mi color y ustedes lo ven venir con él), no es otro sino lo que he adelantado ya de la función que desempeña en él el objeto *a*. ¿El saber sobre el objeto *a* sería entonces la ciencia del psicoanálisis? Es muy precisamente la fórmula que se trata

El *materialismo lacaniano* emerge de tal modo, como condición de posibilidad para nuevos modos de producción de conocimiento susceptible de tomar distancia y antagonizar políticamente con la alienación técnica. Pero al hablar de materialismo no se afirma la presencia de tal o cual referencia capaz de significar a lo social en última instancia. Sino a una materialidad *negativa* que señala la presencia del registro de Lo Real como aquello que orada a la realidad e impide su constitución plena.

Sin embargo, una vez reconocido Lo Real o lo inabarcable inaccesible ¿de qué manera construir un modo de producir a partir de ello? Es decir ¿cómo hacer con lo imposible? En orden a ello esbozaremos a continuación algunos elementos epistémico-metodológicos, los cuales se enmarcan en aquello que Jason Glynos y David Howarth han reunido bajo el nombre de *método retroductivo*.¹⁶

El proceso retroductivo de producción de conocimiento se funda, entre otros aspectos, en entender a la explicación y comprensión de los procesos sociales como una práctica conjetural en la que “los resultados de la investigación nunca constituyen una lógica certeramente precisada, sino un edificio conceptual que carece de una relación necesaria con el referente empírico en cuestión”.¹⁷

1. *El sujeto-productor de conocimiento* adquiere centralidad en el proceso retroductivo a diferencia del borramiento del sujeto promovido por la técnica moderna. Al reconocerse como imposible el acceso a un metalenguaje tecno-científico pleno, el sujeto que produce un saber, *con* su fantasma y su goce, *puede* asumir la responsabilidad de un decir marcado por los procesos subjetivos y colectivos de identificación y des-identificación política en los que está involucrado. Desde tal punto de vista, la explicitación del lugar de enunciación implica el sinceramiento respecto del devenir de tales identificaciones.

de evitar, puesto que ese objeto *a* debe insertarse, ya lo sabemos, en la división del sujeto por donde se estructura muy especialmente, de eso es de donde hemos partido hoy, el campo psicoanalítico. Por eso era importante promover primero, y como un hecho que debe distinguirse de la cuestión de saber si el psicoanálisis es una ciencia (si su campo es científico), ese hecho precisamente de que su praxis no implica otro sujeto sino el de la ciencia” (1985, Pág. 842). Lo que nos lleva a interrogarnos acerca de las condiciones de posibilidad de la praxis psicoanalítica en el marco del triunfo de la técnica moderna que, como señalamos, no tiene sujeto. Y más aún teniendo en cuenta la sugestiva frase de Lacan en *El triunfo de la religión*: “El psicoanálisis no triunfará, sobrevivirá o no” (2007b, Pág. 78).

¹⁶ GLYNOS, J. y HOWARTH D., *Logics of Critical Explanation in Social and Political Theory*, U.K, Routledge, 2007.

¹⁷ FOA TORRES, J., *Lógica del riesgo y patrón de desarrollo sustentable en América Latina: políticas de gestión ambientalmente adecuada de residuos peligrosos en la ciudad de Córdoba*, Tesis Doctoral en Ciencia Política, CEA-UNC, Córdoba, 2014 (obra inédita).

Con lo cual, este tipo de producción es siempre singular y, al mismo tiempo, sobredeterminada por un particularismo o posicionamiento político ineludible. Es decir, lo singular de ningún modo refiere a un solipsismo heurístico sino a un modo de hacer decididamente subjetivo, en tanto conscientemente conducido por el sujeto-productor. En tal sentido, desde esta perspectiva, no hay un saber universalizable sino tan sólo producciones enmarcadas y afectadas por las condiciones ideológico-políticas de cierto momento histórico y territorio desde el cual se enuncian.

2. Por su parte, el *estudio de antecedentes* no implica, por lo tanto, a una simple descripción del estado de la cuestión del tema de investigación de que se trate, sino a la producción de aquellas diferenciaciones de sentido que permitirán delinear una específica identidad político-académica desde la cual se procurará producir conocimiento.

Es que a partir del reconocimiento de lo inabarcable inaccesible, debemos desplazarnos de la interpelación a contribuir a la potencial completitud del discurso tecno-científico, hacia la producción de conocimiento político e ideológicamente movilizado.

3. La producción de hipótesis explicativas se concibe como una instancia inferencial no sometida ni a la pura deducción ni a la sola inducción. De tal modo, las hipótesis no emergen sino cuando “su contenido (...) está ya presente en la explicación misma del problema que se aborda”. Es decir, emergen como efecto de sentido de las diversas invariantes discursivas identificadas, las relaciones establecidas y las categorías intermedias producidas.¹⁸

4. La *explicación crítica mediante lógicas*¹⁹ pretende hacerse eco del fundamento ontológico que señala la imposibilidad de La Sociedad en términos de plenitud. Es decir, se parte de afirmar que no hay totalidad social en tanto la realidad es concebida como una construcción político-ideológica marcada por la presencia irreductible de Lo Real.

La ciencia moderna ha establecido a sus teorizaciones como instrumentos para la captura total de la realidad. Veamos de qué manera Martin Heidegger precisa esta característica:

La teoría asegura en cada caso una región de lo real como su campo de objetos. El carácter de campo de la objetividad se muestra en que él acota de antemano las posibilidades de poner preguntas. Cada nuevo fenómeno que surge dentro de un ámbito científico es reelaborado hasta que se adecua en la conexión normativa y objetiva de la teoría.

¹⁸ Acerca de la noción de “categorías intermedias” ver “entre otros” Saur, 2008.

¹⁹ GLYNOS, J. y HOWARTH, D., *Logics of Critical Explanation in Social and Political Theory*, U.K, Routledge, 2007, GLYNOS, J. y HOWARTH, D., “Critical explanation in Social Science: a Logics Approach”, *Swiss Journal of Sociology*, Nº 34 (1), 2008.

Con ello esta misma es, a veces, modificada. Sin embargo, la objetividad en cuanto tal sigue invariable en sus rasgos fundamentales.²⁰

En contraposición con tal pretensión, la explicación mediante lógicas no busca dar cuenta de una totalidad social y de sus reglas necesarias y evolutivas de desenvolvimiento. Sino identificar, es decir condensar en Nombres, a ciertos regímenes de prácticas discursivas que en determinado tiempo y lugar puedan adquirir el carácter de dominantes en razón de su repetición sistemática. Y ello configura en sí mismo un acto político crítico en tanto, al delimitar a tal o cual lógica, se abre paso a la identificación de otra/s lógica/s alternativas que disputan con aquella el poder de imponer, de manera siempre contingente, ciertos sentidos.

Las lógicas no explican a La Sociedad sino que llevan adelante un análisis políticamente orientado hacia aquello que impide la totalización de tal o cual lógica, su carácter radicalmente político y sus agarres ideológicos que sujetan a los individuos en la repetición. Es decir, se constituyen en una *práctica de des-completamiento* de lo social que recuerda el carácter contingente de la realidad socialmente construida. Lo cual no implica situar al sujeto-productor de conocimiento en un afuera de lo social sino que, por el contrario y a partir de lo ya señalado, su explicación o comprensión crítica sólo puede ser pensada en relación a los procesos de identificación y des-identificación, involucrados en su enunciación.

TRANSFERENCIA Y TRANSMISIÓN (DE UN LEGADO)

Ahora bien, una vez producido el conocimiento, ¿de qué modo es posible transferirlo? Y ¿de qué manera se acumula a otros conocimientos previamente producidos?

Para responder a la primera pregunta debemos distinguir entre la idea de transferencia científico-tecnológica y la transferencia como instancia que habilita a la producción de un saber.

La primera de ellas tiende a ver en la transferencia a un procedimiento instrumental por el cual el/los objeto/s desarrollados por la técnica son transferidos a otros procesos productivos sociales. Se direcciona, por lo tanto, desde la certeza tecnocientífica hacia lo social, siendo sus vectores los múltiples objetos técnicos a través de los cuales se escenifica a la innovación y al desarrollo como potencias providenciales, y a la tecnificación de capital como un proceso irrefrenable.

²⁰ HEIDEGGER, M., "Ciencia y meditación", en *Filosofía, ciencia y técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2007b, Pág.171.

Pero la segunda, refiere a la presencia no ya de la certeza tecnocientífica sino a la asunción de la responsabilidad por parte del sujeto productor de conocimiento. Que a partir de ello inscribe su división como sujeto *supuesto* saber. La producción de un saber singular, es decir de la *invención*, no es posible en el marco de la compulsión técnica por fijar al individuo en tanto objeto-instrumento circunscripto a aplicar la teoría. Pero sí es posible a través del reconocimiento de la división del sujeto-productor de conocimiento, es decir de su imposible disolución en el discurso técnico.

Los efectos de una tal transferencia no necesariamente están limitados al campo de la clínica psicoanalítica. Tal como afirmaba Jacques Lacan:

Esto no significa en lo más mínimo que cuando no hay ningún analista a la vista no pueda haber efectos de transferencia, en sentido propio, estructurables exactamente como el juego de la transferencia en el análisis. Simplemente, el análisis al descubrirlos permite dar de ellos un modelo experimental, de ningún modo diferente del modelo, llamémoslo así, natural. De tal modo que hacer aflorar la transferencia en el análisis, donde encuentra sus fundamentos estructurales, es quizás la única manera de introducir la universalidad de aplicación de este concepto. Bastará luego cortar las ataduras que lo sujetan a la esfera del análisis y, más aún, a la *doxa* que le es atinente.²¹

Por lo tanto, si el sujeto-productor de conocimiento puede situarse en el lugar de supuesto saber, evitando posicionamientos normativos jerárquicos, el saber que allí emerja no será nunca sin ese/esos otro/s. Hay aquí una posible ruptura con la clásica distinción entre legos y técnicos. Ruptura que se convierte en factible sólo a través del des-completamiento del sujeto-productor de conocimiento, es decir de la introducción de la barradura en el seno del discurso del científico.

Por otro lado, en relación al segundo interrogante arriba planteado, nuestra perspectiva se contrapone a aquellos modos de concebir a la historia de la ciencia como un proceso de acumulación progresiva y acumulativa de conocimiento. Como señalaba Jacques Lacan:

(...) en el psicoanálisis la historia es una dimensión distinta de la del desarrollo, y (...) es aberración tratar de reducirla a ella. La historia no se prosigue sino a contratiempo del desarrollo. Punto del que la historia como ciencia puede tal vez sacar provecho, si quiere escapar a la amenaza siempre presente de una concepción providencial de su curso.²²

²¹ LACAN, J., *El Seminario Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2007a, Pág. 131.

²² LACAN, J., "La ciencia y la verdad" en *Escritos*, 2, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985, Pág 854.

De tal modo cae el ideal de la acumulación científica progresiva e ilimitada. Frente a lo cual se hace necesario re-significarlo según nuestros fundamentos. En primer lugar, tal acumulación ya no se efectúa sobre cierto marco teórico y de manera lineal, sino sobre un *legado epistémico-político*. En otras palabras, la contribución singular no tiene por objeto aportar a la construcción de un metalenguaje científico suturado. Por el contrario, asumir la decisión de inscribirse en un discurso político es condición de posibilidad para la enunciación del sujeto-productor de conocimiento. En segundo lugar, es necesario que ese legado se ofrezca para poder ser transmitido. Y ello sólo será posible si esa matriz epistémica se reconoce a sí misma como antagónica del discurso técnico. La *transmisión*, por lo tanto, implica a un acto político experimentado por el investigador. Lejos de cualquier pretendida fijación identitaria de éste, la transmisión e inscripción del sujeto en un legado epistémico-político habilita a la experiencia de la angustia frente a los procesos de identificación y des-identificación propios de un proceso singular de producción de conocimiento.

REFERENCIAS

- ALEMÁN, J., *Para una izquierda lacaniana...*, Buenos Aires, Grama, 2010.
- FOA TORRES, J., *Lógica del riesgo y patrón de desarrollo sustentable en América Latina: políticas de gestión ambientalmente adecuada de residuos peligrosos en la ciudad de Córdoba*, Tesis Doctoral en Ciencia Política, CEA-UNC, inédita, 2014.
- GLYNOS, J. y HOWARTH, D., *Logics of Critical Explanation in Social and Political Theory*, U.K, Routledge, 2007.
- , “Critical explanation in Social Science: a Logics Approach”, en *Swiss Journal of Sociology*, N° 34 (1), 2008, Pág. 5-35.
- HEIDEGGER, M., “La pregunta por la técnica”, en *Filosofía, ciencia y técnica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2007a, Pág. 117-159.
- , “Ciencia y meditación”, en *Filosofía, ciencia y técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2007b, Pág. 157-186.
- , “¿A qué se llama pensar?”, en *Filosofía, ciencia y técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2007c, Pág. 265-283.
- LACAN, J., “La ciencia y la verdad” en *Escritos*, 2, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985.
- , *El Seminario Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2007a.
- , *El triunfo de la religión*, Buenos Aires, Paidós, 2007b.
- SAUR, D., “Categorías intermedias y producción de conocimiento”, en DA PORTA, E. y SAUR, D. (Coord.), *Giros teóricos en las Ciencias Sociales y Humanidades*, Córdoba, Comunicarte, 2008, Pág. 63-71.

ENTRE SEMIÓTICA Y LITERATURA. LECTURAS SINTOMÁTICAS

Gabriela Simón¹

1. INTRODUCCIÓN

Nos proponemos compartir algunos aspectos de la investigación que llevamos a cabo actualmente. Se trata del Proyecto de investigación *Entre Semiótica y Literatura: mapas para pensar el presente*,² dirigido por Gabriela Simón, codirigido por Marcela Coll e integrado por Darío Flores, Daniela Ortiz, Laura Raso y Virginia Zuleta.

Nuestra investigación se sitúa en el entrecruzamiento de dos campos: Semiótica y Literatura. La “y” que conecta estos dos espacios textuales en este proyecto (toda articulación es singular) intenta dar cuenta de aquello que a nuestro entender comparten: la práctica de una lectura sintomática. Práctica que constituye un dispositivo de visibilidad y enunciabilidad, un dispositivo analítico y crítico, y en este caso político y estético. No postulamos que todos los discursos (filosófico, estéticos, científicos) son “lo mismo” o equivalentes o indiferenciados. Lo que entendemos es que es posible encontrar resonancias de unos en otros.

Si asumimos que una de las tareas fundamentales de las ciencias humanas es “pensar el presente” (Foucault) o “diagnosticar el presente” (como quería Nietzsche), elegimos un espacio textual de interrogación: la literatura; y un espacio textual desde donde preguntar: la semiótica.

Decimos *pensar el presente*, en tanto “esta actividad implica, como constata Foucault, decir qué somos hoy, qué significa actualmente decir aquello que decimos”.³ Práctica que se torna urgente, imperativa y necesaria, toda vez que

¹ Doctora en Semiótica por el Centro de Estudios Avanzados y la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Docente e investigadora de la Universidad Nacional de San Juan. Directora del Programa de Estudios Semióticos. Líneas de investigación: Semiótica y sus cruces con la literatura, la filosofía y la comunicación.

² Proyecto SeCyT, UNSJ, 2014-2015.

³ PAPONI, M., *Pensar el presente. Travesía y ensayo sobre filosofía y cultura*, Buenos Aires, Biblos, 2006, Pág. 12.

la cuestión es “saber si se puede pensar de un modo distinto del que se ve, tarea que es indispensable para continuar mirando y reflexionando”.⁴

Entendemos que toda lectura sintomática pone en práctica un ejercicio desnaturalizador. En este horizonte situamos la semiótica como un saber indicial (lee indicios, huellas, síntomas) que se ocupa especialmente de la desnaturalización de los discursos. Dicho de otra manera, de lo que se trata es de *desnaturalizar* los estereotipos de distintas esferas culturales y sociales.⁵ El mismo Barthes nos recuerda que la palabra *semiología* proviene fundamentalmente del lenguaje médico (ciencia de reconocer los signos, los síntomas).⁶

Siguiendo esta mirada barthesiana, es pertinente recordar que para este autor semiología y literatura son dos modos, distintos por cierto, de desnaturalizar los signos de la cultura⁷. La lengua misma es un sistema complejo, convencional, nada “natural” de signos y de reglas. Entonces, no puede haber libertad sino fuera del lenguaje, pero, como tal cosa es imposible, la literatura es el lugar en el cual se le puede “hacer trampas a la lengua”, es el lugar privilegiado para “desbaratar todo discurso consolidado”, es decir, naturalizado.⁸ A lo que podemos agregar que la literatura violenta el sentido común produciendo “nuevas” formas de percepción.

Recuperamos, además, la metáfora bajtiniana de la literatura como “laboratorio social”. La literatura “es capaz de penetrar en el mismo laboratorio social de sus formaciones y construcciones. El artista posee a menudo un oído sensible para los problemas ideológicos germinados que se encuentran en proceso de generación”.⁹ La metáfora del “laboratorio social” nos permite pensar diversos alcances de la práctica literaria: ésta puede ser entendida como una mediación que refracta y lee síntomas sociales, tanto aquellos que hablan (o silencian) malestares de una época como aquellos que están en germen. Para decirlo con Rancière, la literatura¹⁰ también “lee síntomas de nuevos tiempos”.

⁴ FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*, México, Siglo XXI, 1996, Pág. 12.

⁵ BARTHES, R., *Mitologías*, México, Siglo XXI, 1997; *Lección inaugural de la Cátedra de Semiología literaria del Collège de France*, México, Siglo XXI, 1998; *El grano de la voz*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

⁶ BARTHES, R., *Variaciones sobre la escritura*, Buenos Aires, Paidós Comunicación, 2003, Pág. 44.

⁷ En Barthes la literatura no se reduce a una operación desnaturalizadora, es decir, la literatura puede entenderse también como operación desnaturalizadora.

⁸ BARTHES, R., *Lección inaugural de la Cátedra de Semiología literaria del Collège de France*, México, Siglo XXI, 1998.

⁹ BAJTÍN, M., *Problemas de la poética de Dostoiévski*, Buenos Aires, FCE, 1993.

¹⁰ Rancière hace referencia a la literatura tal como se constituye a partir de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX.

Y es en este último alcance que introducimos las reflexiones de Rancière para poder pensar a la literatura como sintomatología, que es pensar en términos de literatura/política, o dicho con la expresión de este filósofo: “políticas de la literatura”.

Leer los síntomas de un tiempo, de una sociedad o de una civilización en detalles ínfimos, reconstruir mundos a partir de vestigios, es para Rancière un programa literario antes de ser científico. En ese sentido: “Es la literatura misma la que se constituye como una cierta sintomatología de la sociedad y opone esta sintomatología a los gritos y a las ficciones de la escena pública”.¹¹

En este punto y por su pertinencia, vale la pena aclarar que, para el filósofo, la literatura, como toda práctica estética, es un juego de saber que se ejerce en un espacio-tiempo determinado.¹² Y es este uno de los sentidos por los que propone la expresión “política de la literatura”, lo cual implica que la literatura hace política en tanto literatura: “interviene en la relación entre prácticas, entre formas de visibilidad y modos de decir que recortan uno o varios mundos comunes”.¹³

Si consideramos la literatura como un “laboratorio social” (Bajtín), si la entendemos como un “modo de inteligibilidad” (Rancière), una de las importancias de su estudio, desde este punto de vista, radica en el aporte que la literatura hace a la problematización al interior de las ciencias humanas y sociales. A su vez, la literatura constituye un lugar privilegiado para pensar el presente, los malestares sociales, los síntomas políticos y poéticos, académicos e intelectuales de ésta, nuestra época. Recuperamos acá el señalamiento de Rancière respecto a la literatura: “se trata del modelo poético y

¹¹ RANCIERE, J., *El reparto de lo sensible. Estética y política*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2009, Pág. 41.

¹² RANCIERE, J., *Ibidem*.

¹³ RANCIERE, J., *Política de la literatura*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2011. Según Viviescas: “Con respecto a la relación entre literatura y política, Rancière es explícito al señalar que la literatura es política internamente, en tanto, justamente, literatura. Asimismo plantea que la política no significa la disputa por el poder, sino la participación en la división de lo sensible, es decir, tomar parte y ser parte de la constitución de lo común que funda la comunidad. El planteamiento de la política de la literatura no hace referencia a las posiciones políticas —diríamos, ideológicas de los autores— sino a la manera como la literatura identifica, elige y redistribuye aquello que hará visible en su constitución como escritura y creará el campo para un proceso de subjetivación en el campo de lo sensible: ‘La política de la literatura, o la política del arte no está orientada a la constitución de sujetos políticos. Está mucho más orientada a la reformulación del campo de subjetividad como un campo impersonal’ (Rancière, 2006, Pág. 16). Al proponer que la escritura opera como una cierta distribución de lo sensible, Rancière establece una correlación entre las operaciones del lenguaje —lenguaje de signos— de las distintas artes y las operaciones o efectos de distribución de lo sensible, por ende, de su condición política en la comunidad” (Viviescas, 2011, Pág. 18).

metapolítico instalado por la literatura en cuanto tal, al que nuestras ciencias humanas y sociales deben en gran medida sus modos de interpretación”.¹⁴

Decíamos anteriormente que para Rancière la literatura lee también “síntomas de nuevos tiempos”. Es por este vínculo literatura/política que la literatura posibilita la emergencia de lo “nuevo”. Creemos necesario en este punto agregar que entendemos y extendemos el sintagma “síntomas de nuevos tiempos” en el sentido de que la literatura escribe el acontecimiento por-venir. Es por esto mismo que la literatura, como señalamos, posibilita la emergencia de lo “nuevo”, pues la escritura es una práctica creadora que estando en su época, la desborda.¹⁵

A propósito de la relación que Barthes encontraba entre la literatura y la semiología, como dos espacios en los que se ponen en entredicho la lengua, los lenguajes, los regímenes de verdad, los estereotipos, el monologismo, recordaba el semiólogo en sus últimos seminarios: “la literatura, maestra de los matices; la semiología, escucha o visión de los matices”¹⁶. Y agrega: “Necesidad cívica de enseñar los matices”.

En el marco de lo planteado, nuestro trabajo se ocupa de:

1. Establecer relaciones entre Semiótica y Literatura en tanto prácticas de lectura sintomática. Estudiar los alcances teóricos, analíticos y críticos y las potencialidades que este entrecruzamiento abre como horizonte. Partimos inicialmente de los aportes de Roland Barthes y Jacques Rancière, pensamientos que a nuestro criterio pueden entrar en diálogo más allá de sus diferencias y de sus diversos contextos de producción. La investigación incluye la búsqueda de aportes y/o debates de nuestro tema de estudio en otros pensadores contemporáneos (principalmente semiólogos, críticos literarios y filósofos).
2. Estudiar los alcances de una “política de la literatura” en cuanto problema teórico. Y a partir de los textos de nuestro corpus literario –que marcan un contexto determinado– analizar sus modos de funcionamiento y reconfiguración.
3. Configurar un corpus de análisis integrado por textos literarios como espacio privilegiado para “pensar el presente”. Procuramos relevar en estos textos síntomas del malestar de una época, planteos de interrogantes políticos y estéticos, así como también, la emergencia de tópicos y retóricas a partir de una escritura que a través de la ficción

¹⁴ RANCIERE, J., *Ibidem*, Pág. 43.

¹⁵ DELEUZE, G., *Crítica y clínica*, Barcelona, Anagrama, 2009; DELEUZE, G. y PARNET, C., *Diálogos Gilles Deleuze-Claire Parnet*, Valencia, Pre-Textos, 2004.

¹⁶ BARTHES, R., *Lo Neutro. Notas de Cursos y Seminarios en el Collège de France, 1977-1978*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

configura mapas¹⁷ políticos y poéticos. Se trata de mapas que se configuran en el trabajo de análisis y no de una emergencia a priori.

2. EJES TEÓRICOS

A continuación conceptualizamos los dos ejes claves de nuestro marco teórico.

2.1. SEMIÓTICA

Para pensar la semiótica recurrimos a Roland Barthes. Señala el semiólogo francés: “si hay un discurso que incluye al discurso de la ideología, es el discurso de la semiología”,¹⁸ pues, como ciencia de los signos, sólo puede avanzar haciendo la crítica de los signos, y por lo tanto, de su propio lenguaje. En este horizonte Barthes sitúa la tarea del semiólogo o el investigador, esto es analizar, llevar adelante un desmontaje del proceso por el cual una “realidad” que siempre es histórica, se pretende presentar como natural y universal.

Recuperamos la propuesta semiológica de Roland Barthes. Entendemos que su legado no es uniforme –más allá de las “lecturas” o de las “discusiones de escuela”– y lo planteamos como una recuperación de un espacio de pensamiento fecundo que, en algunos casos, ha sido obturado, en otros, reducido al encasillamiento del “estructuralismo”. Como destaca Milner, el estructuralismo es un episodio de la larga y fecunda producción barthesiana.¹⁹ Al recorrer sus textos encontramos una idea fundante, un presupuesto de base en los distintos momentos de la indagación: consideramos que una de las propuestas semiológicas de Barthes –ésta es, dicha resumidamente, la semiología como crítica ideológica– implica especialmente la desnaturalización de los discursos. Desde sus comienzos hasta el final, Barthes construye su teoría desde una mirada semiológica, siempre reflexionando sobre –o mejor, desnaturalizando– los estereotipos de las distintas esferas culturales y sociales.

¹⁷ A lo largo de este proyecto hacemos alusión a la noción de mapa. Entendemos el mapa en el sentido que le dan Deleuze y Guattari, quienes piensan el mapa a partir de su relación con el “rizoma”. El rizoma tiene como características el principio de conexión y de heterogeneidad, el de multiplicidad, el de ruptura signifiante y el de cartografía. La relación mapa-rizoma es una construcción y no una copia de la realidad (como el calco), es conectable en todas sus dimensiones, desmontable, alterable, susceptible de recibir constantemente modificaciones (ser roto, ser alterado, ser dibujado en una pared, concebirse como una obra de arte, construirse como una acción política o como una meditación, etc.). Como el rizoma, un mapa tiene múltiples entradas y está orientado hacia una experimentación que actúa sobre lo real. (Deleuze y Guattari, 2002).

¹⁸ BARTHES, R., *El grano de la voz*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

¹⁹ MILNER, J., *El paso filosófico de Roland Barthes*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004, Pág. 104.

Decimos “mirada semiológica” en tanto espacio teórico que, especialmente en Barthes, concierne a un campo de problemas que no podemos reducir a uno: el lenguaje, los lenguajes, los signos, la cultura, la significación, el discurso, el texto, la escritura, la letra, la imagen. Pero también concierne a las estrategias discursivas y los regímenes de verdad que ellas producen, los juegos de poder al interior del discurso, las marcas ideológicas que en él se cristalizan.

Es así como entendemos la semiología, y en este sentido, la consideramos un aporte fundamental para el análisis, la reflexión y la crítica²⁰ del funcionamiento de los discursos sociales, en tanto la “mirada semiológica” es una mirada no ingenua sino crítica, no “natural” sino construida teóricamente; no es complaciente con ninguna doxa, más bien la impugna, sospechando siempre de ella.

2.2. LITERATURA

Recuperamos dos fuertes ideas de Rancière para pensar la literatura: el lazo entre literatura y política, sintetizado en la expresión “política de la literatura” y en relación con este lazo, la “literatura como sintomatología”.

2.2.a. Política de la literatura. Para Rancière hay una “unión necesaria entre prácticas estéticas y prácticas políticas”.²¹ Política y literatura constituyen formas de reconfigurar la experiencia común de lo sensible.

Para Rancière, la literatura (o el modo histórico de visibilidad de las obras del arte de escribir) tal como se constituye hacia fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX hace política porque une lo decible y lo visible de un nuevo modo. Piensa la literatura, entonces, como “un nuevo régimen de identificación del arte de escribir”. Un régimen de identificación de un arte es para el filósofo “un sistema de relaciones entre prácticas, de formas de visibilidad de esas prácticas, y de modos de inteligibilidad. Por lo tanto es una cierta forma de intervenir en el reparto de lo sensible²² que define al

²⁰ Señala Barthes a la hora de pensar la dimensión “crítica” de una investigación semiológica: “la primera es la exigencia de la responsabilidad: el trabajo tiene el deber de aumentar la lucidez, de conseguir desenmascarar las implicaciones de un procedimiento, las coartadas de un lenguaje, de constituir en suma una crítica (recordemos de nuevo que criticar quiere decir poner en crisis)” (Barthes, 2000).

²¹ RANCIERE, J., *El reparto de lo sensible. Estética y política*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2009, Pág. 9.

²² Dicho sintéticamente, Rancière entiende por “reparto de lo sensible” a cierta distribución y redistribución de los espacios y los tiempos, de los lugares y las identidades, de la palabra y el ruido, de lo visible y lo invisible. Señala: “La actividad política reconfigura el reparto de lo sensible, pone en escena lo común de los objetos y de los sujetos nuevos. Hace visible lo que era invisible, hace audibles cual seres parlantes aquellos que no eran oídos sino como animales ruidosos” (Rancière, 2009 y 2011).

mundo que habitamos: la manera en que éste se nos hace visible y en que eso visible se deja decir, y las capacidades e incapacidades que así se manifiestan”. Justamente es a partir de este planteo que piensa la política de la literatura, su modo de intervención en el recorte de los objetos que forman un mundo común, de los sujetos que lo pueblan, y de los poderes que estos tienen de verlo, de nombrarlo y de actuar sobre él. Así, la expresión “política de la literatura” implica que la literatura hace política en tanto literatura.²³ Pues la literatura, como toda práctica estética, es un juego de saber que se ejerce en un espacio-tiempo determinado: “construye mapas de lo visible, trayectorias entre lo visible y lo decible, relaciones entre modos de ser, modos del hacer y modos del decir”.²⁴

2.2.b. Literatura como sintomatología. Ya señalamos que para Rancière la literatura se constituye como una cierta sintomatología de la sociedad: lee síntomas de un tiempo, de una sociedad o de una civilización en detalles ínfimos, reconstruye mundos a partir de vestigios.²⁵ En directa relación con la idea de “política de la literatura”, o dicho de otra manera por esa precisa relación que él establece entre literatura y política, Rancière plantea que “la literatura es indisolublemente una ciencia de la sociedad y la creación de una mitología nueva. A partir de eso se define la identidad de una poética y de una política”.²⁶

Los géneros, los estilos, las retóricas, los modos del decir, lo que se visibiliza o invisibiliza en el campo literario, en una época dada, todo esto permite pensar que la literatura no sólo lee síntomas sino que *hace* síntoma.

La literatura lee síntomas y también pre-anuncia. Insistimos en que la literatura escribe el acontecimiento por-venir. Es por esto mismo que la literatura, como ya señalamos, posibilita la emergencia de lo “nuevo”, pues la escritura es una práctica creadora que estando en su época, la desborda.

3. WORK IN PROGRESS

Dejamos planteado entonces el horizonte de nuestra investigación, algunos interrogantes, algunas posibles relaciones y diálogos interdisciplinarios, potencialidades y fecundidades.

Al momento de concluir este artículo, estamos trabajando en la configuración del corpus, sus ejes temáticos y genéricos para su posterior análisis.

²³ RANCIERE, J., *Política de la literatura*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2011.

²⁴ RANCIERE, J., *El reparto de lo sensible. Estética y política*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2009, Pág. 49.

²⁵ RANCIERE, J. *Ibidem*.

²⁶ RANCIERE, J., *Política de la literatura*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2011, Pág. 39.

Agradezco a los organizadores de “La cocina de la investigación”, doctora Fabiana Martínez y doctor Daniel Saur por la generosidad de convocarnos y por la posibilidad de gestar unas jornadas de trabajo plenas de diálogos, discusiones e intercambios enriquecedores entre colegas de diversas universidades, diálogos cuyos rastros seguramente se encuentran diseminados a lo largo de esta publicación.

REFERENCIAS

- ARÁN, P. (Dir. y Coord.), *Nuevo Diccionario de la Teoría de Mijaíl Bajtín*, Córdoba, Ferreyra, 2006.
- BAJTÍN, M., *Problemas de la poética de Dostoievski*, Buenos Aires, FCE, 1993.
- BARTHES, R., *Mitologías*, México, Siglo XXI, 1997.
- , *Lección inaugural de la Cátedra de Semiología literaria del Collège de France*, México, Siglo XXI, 1998.
- , *Lo obvio y lo obtuso*, Barcelona, Paidós Comunicación, 2000.
- , *Variaciones sobre la escritura*, Buenos Aires, Paidós Comunicación, 2003.
- , *Lo Neutro*. Notas de Cursos y Seminarios en el Collège de France, 1977-1978; Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- , *El grano de la voz*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- DELEUZE, G., *Crítica y clínica*, Barcelona, Anagrama, 2009.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F., “Rizoma”, en *Mil Mesetas*, Valencia: Pre-textos, 2002, Pág. 9- 32.
- DELEUZE, G. y PARNET, C., *Diálogos Gilles Deleuze-Claire Parnet*, Valencia, Pre-Textos, 2004.
- FOUCAULT, M., *¿Qué es la ilustración?*, Madrid, La Piqueta, 1991.
- , *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*, México, Siglo XXI, 1996.
- MILNER, J., *El paso filosófico de Roland Barthes*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004.
- PAPONI, M., *Pensar el presente. Travesía y ensayo sobre filosofía y cultura*, Buenos Aires, Biblos, 2006.

RANCIÈRE, J., *El reparto de lo sensible. Estética y política*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2009.

—————, *Política de la literatura*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2011.

VIVIESCAS, V., “La literatura y el cambio de paradigma en el régimen estético según Jacques Rancière”, en *Literatura: teoría, historia, crítica*, Vol. 13, Nro. 2, julio-diciembre 2011, Pág.13-46.

SUBJETIVACIÓN Y *DISCURSO/S*: EL DEVENIR EN LAS JERGAS

*Fabiana Martínez*¹

INTRODUCCIÓN

Si asumo (¿y los asumo?) los mismos tópicos de la “doxa” que marcan la actual jerga académica, no puedo pensar el hacer que nos compete como investigadores de un cierto campo (el que aquí reconocemos como las “ciencias sociales”) sin reflexionar antes acerca de este “sujeto” que planteamos en el quehacer científico, y al que tradicionalmente se lo ha considerado como continente de un saber, autor de un cierto tipo de textos que gozan de una particular relación con el “régimen de verdad” en un cierto momento de la historia, sujeto considerado como el gestor de un proceso más general en cuyas etapas va interviniendo para orientarlo, teleológicamente, hacia la producción del objeto más deseado, y quizás un poco evasivo: el “conocimiento científico”.

Pondré en paréntesis la noción del investigador, él mismo situado como centro de una mirada desde la cual se ponderan teorías, se definen problemas o se eligen determinados autores como fundamentos de un proyecto. Del sujeto que elige la mejor opción teórica o metodológica, permaneciendo él mismo exterior al campo en el que luego operará, me interesará una cierta inversión de la relación subjetividad/campo que pone en cuestión la posibilidad de un “yo exterior”, pues él mismo es un efecto de sentido de los discursos (académicos) disponibles en un momento dado, de la interpelación eficaz que es resultado de la organización institucional de las ciencias y las disciplinas, del campo de inteligibilidad e institución de verdad que unos determinados lenguajes le han ofrecido respecto a unos objetos.

Diré entonces que “yo” no soy “yo” en el sentido de ser capaz de tomar decisiones frente a ..., sino más bien un conjunto de lecturas, de gramáticas de reconocimiento, de operaciones disciplinantes, de prácticas frente a los otros, que han permitido la constitución de mi subjetividad como parte

¹ Doctora en Letras por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Docente e Investigadora de la Universidad Nacional de Villa María y de la Universidad Nacional de Córdoba, en las áreas de Socio-Semiótica y Análisis del Discurso.

admitida en una institución académica. Institución desde la cual no sólo se nos ofrece un conjunto de “jergas” (o paradigmas, diría Kuhn) que constituyen un orden del discurso y establecen ciertos objetos como deseables, sino también respecto a la cual vivimos experiencias y acontecimientos que provocan rupturas, tensiones y desplazamientos. Sostendré que nuestro quehacer y trayecto como sujetos de decir/hacer en el campo de los “estudios científicos” están entrañablemente imbricados con la historia misma de ese campo (lo que hace entonces imposible lo primero: hablar acerca del propio archivo que nos constituye), y esto imprime cualquier reflexión que podamos hacer.

Invitados a pensar acerca del vínculo entre nuestra/mi subjetividad y los procesos de producción de conocimiento vemos que es indiscernible de los lenguajes y las disciplinas que se han constituido –en un momento dado– como condiciones de posibilidad de la propia “habla académica” y de los objetos que éstos, como decía Pêcheux respecto a la ideología, nos da *ya hablados*. Y lo hacemos, como decía también el mismo autor, desde la “ilusión del efecto-sujeto” que, por otro lado, no es un contenido, sino una forma.

Así, entiendo que la legibilidad del hacer científico se define en función de las prescripciones del paradigma en el que se inscribe, más que en un conjunto de opciones subjetivas (aunque estas existan, de lo contrario se trataría de una eterna reproducción) y en un conjunto de supuesto sobre los que –como haremos a continuación– podemos reflexionar.

El paradigma, por otro lado, no es una abstracción conceptual: encarna en instituciones académicas o de producción científica, las que a su vez presentan las modalidades de una organización disciplinaria, en el sentido de Foucault. Así, la aparente autonomía de las decisiones de este sujeto pronto se nos presenta como dudosa: su experiencia estará marcada por las vigilancias epistemológicas, los tiempos y lugares establecidos por algún reglamento, las microfísicas del poder que aseguran nuestros cuerpos y nuestras prácticas, la multiplicación de la sanción normalizadora en su forma burocrático-administrativa, axiomáticas acerca de las formas de producción y circulación de nuestros enunciados. Consideraré que este “sujeto que investiga” es tanto el efecto de sentido de los discursos (académicos y otros) disponibles en un momento dado, como de las azarosas identificaciones con ciertos paradigmas y posiciones institucionales a lo largo de su historia personal. Y que mi propia narración (auto)biográfica posterior será una referencia a esa trama de lecturas e identificaciones que fueron sucediendo a lo largo del tiempo.

Diré entonces que veo en un trayecto –antes que una serie de decisiones fundamentadas y acumulativas– un conjunto de gramáticas de reconocimiento; un conjunto complejo que ha hecho posible la constitución de “una”

subjetividad como parte admitida en una institución académica. Sostendré que nuestras prácticas y trayectos en el campo de los “estudios científicos” están entrañablemente imbricadas con la historia misma de ese campo, y a las sucesivas formulaciones que han ratificado o puesto en tensión sus límites. Entonces, la tarea es compleja pero a la vez desafiante: hablar en referencia al propio archivo que nos constituye, cuando en general la mayoría de nuestros géneros discursivos ponen en suspenso, justamente, esta relación y nos sitúan en la cómoda posición de enunciación objetivada de la no-persona. Esto hace difícil entonces una reflexión que resulte centrada, generalizable, capaz de conducirnos a algún tipo de deontología del quehacer científico. Se perciben más bien unas condiciones de producción y a la vez, en los distintos trayectos que observo en la comunidad, una diáspora de las singularidades, una proliferación de lenguas.

Es posible afirmar que la forma(sujeto) adviene como un proceso que presenta a la vez una doble dimensión de desconocimiento-reconocimiento. El desconocimiento se vincula con el olvido de aquello que nos constituye y nos coloca en la primera persona: la presunción de autonomía, conciencia, elección; naturaliza con la evidencia de verdad universal nuestras afirmaciones. Pero también reconocimiento que nos instituye como seres parlantes desde una cierta posición de sujeto: existen las aventuras disciplinarias y transdisciplinarias, los giros teóricos, las tensiones entre paradigmas y las disputas en torno a los objetos, etc. Es posible reconocer que nos identificamos con una disciplina y un lenguaje, que hemos de asumir las reglas de este juego, que de esta forma habitamos un cierto campo; y también afirmar que las formas de todos estos elementos nos interpelan, generan el placer de las lecturas y las interpretaciones, los desplazamientos, las novedades, la vivencia de una comunidad que va construyendo ciertos consensos en una semiosis dinámica e infinita. Se conforma así el largo y aventurado trabajo afectivo de instituir la Cosa, el Objeto. En nuestro caso, una cierta pasión por todas las formas teóricas de aparición del “objeto discurso”, aún en marcos que mantienen importantes contrariedades entre sí. Ad-ventura: término que tiene el matiz del tiempo por venir, y que alude a la imposibilidad de los trayectos lineales, a las experiencias que dan cuenta tanto de los marcos de posibilidad como de la decisión que se ha ofrecido como posible en un tal contexto. Como ha dicho Barthes: sin interrogarnos acerca del lugar desde el que hablamos, toda ciencia y toda crítica ideológica son ridículas. En efecto, la ciencia no conoce ningún lugar de seguridad, y el *yo* es siempre imaginario: “si no lo fuera, si la sinceridad no fuera un desconocerse, no valdría la pena escribir, bastaría hablar”.²

² BARTHES, R., *La aventura semiológica*, Buenos Aires, Paidós, 2003, Pág. 14.

Así, casi imposible sinceridad sobre el propio desconocimiento, reconocimiento de un cierto trayecto –narrativa y retrospectivamente reconstruido–, presencia de una cierta aventura, pero no de la aventura de un sujeto: “lo escenificado en ella es precisamente el desplazamiento del sujeto y no su expresión”.³ Una ad-ventura que puede ser personal, pero no subjetiva, advierte el autor, con precisión.

SOBRE EL OBJETO

Entonces, nuestro trayecto aparece como el conjunto de los vínculos que hemos construido con ciertos conjuntos de saberes, y con los avatares de ciertos objetos en particular. Quizás estos objetos están también, como dijera Barthes acerca del propio sujeto-semiólogo, en una doble posición de disponibilidad y de huída. Disponibilidad del lenguaje disciplinado, que provee en un momento dado los marcos, los conceptos, los métodos, los modos de fundamentar; huída en los desplazamientos, si consideramos que eso que solemos llamar “objeto” es también –y sobre todo– un significante, del que distintas teorías y perspectivas van apropiándose.

Cuando referimos a una categoría, como por ejemplo en este caso “discurso”, ésta se define en el contexto de una cierta disciplina, entendida como una trama compleja en la cual un conjunto de proposiciones “hacen sentido”. En esta red, en esta jerga, se constituye en definitiva la posibilidad del “funcionamiento” (analítico, teórico, etc.) de cada categoría. Como hemos dicho ya, este lenguaje más amplio tiene –al decir de Foucault– la forma de una “disciplina”, formación en la que inscribimos nuestra palabra, y que produce múltiples efectos, teóricos y metodológicos, en nuestras operaciones:

(...) se define por un ámbito de objetos, un corpus de proposiciones consideradas verdaderas, un juego de reglas y definiciones, de técnicas y de instrumentos: una especie de sistema anónimo a disposición de quien quiera o de quien pueda servirse de él.⁴

Pero es también la que produce efectos de subjetivación, en la medida que regulariza nuestros criterios de comprensión y las operaciones recurrentes que permiten discernir estos objetos, sobre los que construimos conocimiento académico. Funcionan como topografías en las que sedimentan nuestros lenguajes y a la vez estos lenguajes definen pertenencias o adscripciones en un sentido amplio, pero también en posiciones particulares, mejor dicho, en pre-posiciones dispuestas para que alguien las ocupe.

³ BARTHES, R., *Ibidem*, Pág. 10.

⁴ FOUCAULT, M., *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, Pág. 33.

Así, puede ser interrelativo el desplazamiento de una categoría por diversas jergas, su reformulación en lenguajes más críticos o vinculados a otras tradiciones disciplinarias, que van reformulando el alcance de sus sentidos y por lo tanto, el lugar que ocupa en una cierta “caja de herramientas”. Esto es lo que en cierta forma ha sucedido en torno a un concepto como “discurso”, presente en diferentes perspectivas. Estos términos han formado parte de nuestros lenguajes y nuestro “ser-sujetos” en la academia, y los tránsitos, de una u otra manera, provocan preguntas acerca de las continuidades y rupturas. ¿Es el mismo objeto, o es otro?, ¿se trata de una discontinuidad que puede resolverse si nos situamos en otro nivel de profundidad aludiendo quizás a un mismo “paradigma de época”? Y en cualquier caso, ¿cómo argumentar una u otra opción? Optaré por la discontinuidad, que no es más que la ratificación de los límites que hacen visible el desplazamiento, intentando recorrer qué nos fue dado pensar (a quienes nos vinculamos con los estudios semióticos) respecto al discurso como objeto teórico en distintos paradigmas, digamos, el marxista-althusseriano, el ternario, el post-estructuralismo actual. Es decir, en cada caso, autobiográfica y a la vez accidentalmente, ¿qué preguntas fue posible plantear, qué categorías sobresalieron; qué asuntos fueron abordados –y cómo– sobre la compleja relación entre lengua/discurso e historia/política? Y hacemos este ejercicio desde la creencia de que la pluralidad de las jergas es constitutiva de las ciencias sociales, lo que nos propone una irremediable persecución del objeto; el decir intelectual es quizás la forma de una semiosis sin clausura y el hablar desde una jerga momentánea. En nuestro caso, diríamos que tres momentos marcan un trayecto en el que van apareciendo distintas nociones de *discurso* disponibles: el momento marxista-estructuralista de principios de los 90; luego, el modelo ternario que ocupó casi toda esa década con la preeminencia de la obra de Eliseo Verón; en la actualidad, el momento pos-fundamento, ampliamente difundido desde principios de este siglo a partir del reconocimiento académico de la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Esta fue una sucesión posible para quienes, inscriptos en principio en el campo de los estudios del lenguaje, nos planteábamos, a la vez, preguntas por el poder y la política.

En relación al primer paradigma, los problemas de acceso a la producción teórica de Michel Pêcheux⁵ provocaron un reconocimiento fragmentario y poco sistemático de una obra que por otro lado vivió en torsión y revisión

⁵ En su obra primera, en la cual intenta la sistematización de un análisis no subjetivo de las “formaciones discursivas”, Pêcheux, M., *Hacia un análisis automático del discurso*, Barcelona, Gredos, 1969; y en su obra central, más althusseriana, *Les Verités de La Palice*, París, Maspero, 1975. Una importante revisión y publicación de artículos se presentó en 1990, a cargo de Denise Maldidier, *L'inquietud du discours. Textes de Michel Pêcheux*, París, Ed. Les Cendres.

permanente. La década del 70 estuvo marcada por sus formulaciones acerca de la relación lenguaje y poder; paradójicamente, publicaciones marxistas y posmarxistas fundacionales se publicaban casi en los mismos años. En Argentina no disponíamos de traducciones de su obra ni de los integrantes de la llamada “Escuela Francesa de Análisis del Discurso”, quienes postulaban importantes discusiones teóricas y amplios análisis referidos a la discursividad política contemporánea (europea, y fundamentalmente francesa) y a los problemas metodológicos que se suscitaban al ir “más allá de la oración”, y al pensar de nuevas maneras teóricas la producción social del sentido. Algunos libros originales y números de la revista *Langages* comenzaron a conseguirse mucho más tarde, a principios de los 90; la Oficina del Libro Francés de la calle Talcahuano, en Buenos Aires, podía también acercar algunos textos. Como fuera, se planteaban entonces novedades significativas que ponían en primer plano nuevas cuestiones a discutir, rupturas en relación a un campo marcado hasta ese momento por la perspectiva inmanentista (ya fuera en relación a la lingüística estructuralista o a la semiótica greimasiana): el objeto “discurso” aparecía vinculado a la Historia, a la clase y sus formaciones ideológicas, cuestionando a la vez toda noción de sujeto expresivo autónomo y toda función representacional o comunicacional del lenguaje. En su surgimiento, estas nuevas nociones se vinculaban con un conjunto de condiciones de producción muy específicas, como lo ha señalado Denise Maldidier: el auge del marxismo en Francia y las nuevas categorías que proponía a un conjunto de ciencias sociales, la crisis de la izquierda europea, la presencia de Louis Althusser y un clima intelectual marcado por la novedosa relación entre marxismo y psicoanálisis, la tensión con la crítica a toda perspectiva inmanentista, la discusión entre ciencia e ideología que marca la sistematización de los metalenguajes y de los aparatos metodológicos entendidos como dispositivos de lectura de los textos exteriores a la “subjetividad” y la “ideología”. La fuerte imposición del objeto *discurso* propuesto desde nociones típicamente althusserianas marca algo así como la emergencia de una nueva disciplina, aledaña a la semiótica, separada de la dicotomía lengua/habla que venía marcando a los estudios del lenguaje, y nominada como Análisis del Discurso: objeto que no es empírico, sino que es el lugar teórico en el que aparecen intrincadas las grandes preguntas sobre la lengua, la historia y el sujeto.⁶

La propuesta de Michel Pêcheux, al inscribir los problemas del lenguaje en un marco marxista y althusseriano, proporcionó una nueva jerga y herramientas conceptuales que permitieron cambiar radicalmente nuestras maneras de trabajar con la discursividad política. Comenzamos a pensar un

⁶ MALDIDIER, D., *Ibídem*, Pág. 8.

vínculo constitutivo con el exterior desde la noción de condiciones de producción, a colocar el énfasis en la dimensión ideológica, a poner en cuestión la evidencia primera de la existencia del sujeto. A reconocer la “inestabilidad semántica” de las palabras y a vincular cualquier fijación de sentido como una operación política-ideológica, en la que incluso se constituye el sujeto mismo.

En efecto, esta teoría nos acercó a nociones y a discusiones que aún hoy nos interpelan, al poner en cuestión todo proyecto de tipo lingüístico. En primer lugar, la categoría de discurso como una “formación social”, entendida como un conjunto vasto de enunciados sedimentados en el tiempo, resultado de un conjunto de restricciones y condiciones de producción estabilizadas (lo que se puede y debe ser dicho) en una coyuntura dada. El sentido de un texto no se vincula ahora con estructuras internas sino con el exterior constitutivo, ya no define su sentido en sí mismo (“en la relación transparente con la literalidad del significante”⁷) sino con las posiciones ideológicas puestas en juego en los procesos histórico-sociales. Las palabras reciben su sentido de la formación discursiva en la cual son producidas, la noción de sistema queda relegada frente a la de *proceso de producción*.

La discusión sobre la relación discurso-ideología fue central en esta escuela. Contrariamente a lo que suele afirmarse respecto a los “estudios marxistas”, la propuesta de Michel Pêcheux no es lineal ni representacional, ni supone una realidad extralingüística que aparecería deformada en la ideología: partiendo de la definición de Althusser, se remarca su carácter contradictorio e imaginario; se vincula con el olvido, el inconciente, lo pre-construido y el interdiscurso; no es la mera realización de la ideología dominante de una época y tampoco toma la forma de una presencia polarizada en la sociedad. Para estos autores, es imposible atribuir a cada clase una ideología como si cada una fuera previa a la lucha de clases en su propio campo, con sus propias condiciones de existencia y sus instituciones específicas, de modo que la lucha de clases ideológica sería el encuentro de dos mundos distintos y pre-existentes, “cada uno con sus prácticas y ‘concepciones de mundo’, encuentro que desembocaría en la victoria de la clase ‘más fuerte’ que impondría entonces su ideología a la otra”⁸. Así, las “máquinas ideológicas” no reproducirían pura y simplemente las relaciones de producción existentes, sino que estarían permanentemente en complejas relaciones de contradicción, desigualdad y subordinación, marcándose una dominancia en un todo complejo y siendo sedes de esta lucha (más que el objeto) las instituciones del Estado y la sociedad. Así, la lucha ideológica no es una evidencia anterior a *la sociedad*

⁷ PÊCHEUX, M., *Les Verités de La Palice*, París, Maspero, 1975, Pág. 225.

⁸ PÊCHEUX, M., *Ibidem*, Pág. 211.

sino justamente el espacio complejo en el cual ella se define como tal, y se disputan cada uno de los términos que la constituyen (Estado, ciudadanía) en una disputa incesante que está en relación con las condiciones materiales en la que se produce. A veces, en un momento, las relaciones de fuerza aparecen como estabilizadas: se dirá, entonces, que estamos frente a una ideología dominante. Pero la ideología aparece como una fuerza eterna (es análoga al concepto de “lo ideológico” según Verón). Pérdida del referente y énfasis en las configuraciones ideológicas: la interpelación proporciona-impone la “realidad” y “su sentido” bajo la forma de lo universal (*el mundo de las cosas*). La ideología no es de ninguna manera una representación que deforma, sino la dimensión donde una “relación imaginaria” se configura. Y esto sucede aún en el enunciado científico, pues la ideología no tiene exterior. Para Pêcheux, frente a este dilema:

La primera solución consiste en imaginar una salida del sujeto fuera de la ideología por un acto (individual o colectivo) que hace que “se atraviese la barrera” para “pasar del otro lado” en la ciencia y en lo real, es decir, para “llegar a las cosas mismas”, más allá de la subjetividad del lenguaje. (...) Esta concepción de la des-subjetivación del sujeto corresponde a una posición heroica y epistemológica teológica, en la cual la discontinuidad ciencia/ideología funciona como un fantasma epistemológico y político de origen político.⁹

Esta dimensión de “la ideología” se inscribe en la materialidad lingüística provocando ciertos efectos de sentido. Los conceptos de “formación ideológica” y “formación discursiva” son centrales, y dieron lugar a categorías metodológicas vinculadas a lo homogéneo. Quizás por esta imbricación, sin poder existir una sin la otra (el discurso sin ideología, la ideología sin una dimensión material discursiva) la teoría mantiene una cierta relación entendida como “correspondencia” entre las categorías, y los estudios empíricos a menudo producen una “problemática de bloques”,¹⁰ terminan proponiéndolas como regiones o tipologías, y tratándolas en una lógica de oposiciones que quizás simplifiquen conflictos. Lo cierto es que, en muchas de las publicaciones de la época, la complejidad teórica que caracteriza a las formulaciones fundacionales se pierde de vista; las “aplicaciones” presentan un perfil más cercano a los estudios lingüísticos que a un análisis de procesos discursivos. Puede verse en un vasto conjunto de análisis (Denise Maldidier, Genevieve Provost, Jean Dubois, etc.) que las condiciones de producción se desdibujan, los efectos ideológicos se pierden de vista, las relaciones de

⁹ MALDIDIER, D. *Ibidem*, Pág. 243.

¹⁰ GOLDMAN, N., *Historia y lenguaje. Los lenguajes de la revolución de Mayo*, Buenos Aires, CEAL, 1992, Pág. 10.

contradicción son sustituidas por la sistematización metodológica extrema, la reducción a matrices parafrásticas o a componentes lingüísticos, los elementos que reafirman la identidad y homogeneidad de una cierta formación discursiva.

Como ha señalado el propio Michel Pêcheux el punto de partida, en esta primera época, es un conjunto cerrado de secuencias discursivas, seleccionados en un espacio discursivo (supuestamente) dominado por las condiciones de producción, estables y homogéneas. Se da por supuesta la neutralidad y la independencia discursivas de la sintaxis y de la enunciación, ignorando la alteridad constitutiva y remarcando la homogeneidad de cada formación. Paulatinamente, en los períodos siguientes, se incorporan conceptos de Michel Foucault, las nociones de heterogeneidad e interdiscurso, la instancia de la alteridad comienza a horadar la homogeneidad ideológica. También hubo en la Escuela trabajos que, como los de Jean-Pierre Faye y Jacqueline Authier, presentan una complejidad rara y fascinante, profundizando en puntos como la retroactividad narrativa, los efectos de sentido, la heterogeneidad discursiva, los desplazamientos y las hibridaciones, etc.

En cierta forma, esta jerga nos propuso pensar el discurso en término de la historia y los contextos, entendido como un proceso material e ideológico, causa y no efecto de la subjetividad según la “inversión althusseriana”, marcado por las huellas de las condiciones de producción. Pero mantuvo el postulado de un exterior autónomo (condiciones de producción y reproducción de las relaciones de producción del capitalismo), previo y plenamente constituido “antes” de la formación discursiva, sede de un conjunto de determinaciones irreversibles. Contuvo una cierta contradicción en este sentido: afirmó a la vez la exterioridad objetiva de las condiciones materiales de producción, mientras sostuvo que no había exterior a la ideología, pues los objetos venían ya dados a la subjetividad, y preconstruidos desde la ideología. Sostuvo además una definición de la política tautológica, al considerar como discursos del poder aquellos vinculados a las instituciones partidarias y del Estado, una definición regional, que perdurará aún en la obra de Eliseo Verón.

Este paradigma puso no sólo en suspenso la autonomía del objeto respecto al discurso que lo nombra, sino también la del sujeto respecto a las formaciones históricas. La noción althusseriana de “interpelación subjetivante” encontró en Michel Pêcheux un giro discursivo que afirmó la imposibilidad de pensar la subjetividad independientemente de su dimensión simbólica-ideológica. Este pensador cuestiona las nociones de autor, voluntad expresiva, autonomía, creatividad, disponibilidad del lenguaje como un tesoro infinito y sin restricciones, y por lo tanto las lecturas desde la enunciación, la pragmática, los modelos basados en la intencionalidad comunicativa. Así,

llevó al campo del discurso la tesis central de Althusser: la ideología interpela a los individuos en sujetos, la “llamada” es siempre discursiva. Lo paradójico es que esta operación puede tener un efecto retroactivo que hace que todo individuo parezca ya siempre un sujeto “apresado” en la red de significantes de manera tal que aparece como la causa de sí. El borramiento de la negatividad que lo constituye se da a partir de un *olvido*, que cancela sin huellas este extrañamiento. Encontramos una identificación fundadora de la unidad (imaginaria) de la forma-sujeto en el interdiscurso, en el preconstituido, en las formas del sentido ya-dicho. Así, una toma de posición no debe ser entendida como un “acto originario” del hablante, sino como el efecto de una exterioridad, que en general adquiere un carácter completo y parece garantizar la unidad y coherencia del sujeto (en tanto efecto). Las críticas posteriores al énfasis en la reproducción que deja de lado toda posibilidad de subversión, en este punto, son justas: no ha sido posible, sin embargo, en el campo de las teorías del discurso, dejar de lado de forma absoluta esta inicial proposición althusseriana (a la que accedimos, algunos, ya mediada por una teoría del discurso) que estará en continua reformulación luego, en varios autores postestructuralistas.

Los paradigmas a menudo se solapan: mientras leíamos estos textos, discutíamos a la vez el modelo ternario de la semiosis social, que proporcionaba un modelo que profundizaba el camino constructivista. A la vez recuperaba de modo productivo el análisis de la enunciación política, vinculado al análisis de la constitución discursiva de los sujetos, de la dimensión adversativa, de la constitución de los colectivos sociales y la definición de sus fronteras simbólicas.

El modelo propuesto por Eliseo Verón, y ampliamente difundido desde fines de los 80 en Argentina, no era ni marxista ni posestructuralista, aunque presentaba huellas de ambas perspectivas. Provocó la oportunidad conceptual de des-reificar los conceptos (ideología, poder, etc.) y de radicalizar los postulados construccionistas, estableciendo la imposibilidad de distinguir entre “hechos” y “discursos”, entre signos y objetos, poniendo el acento en tradiciones y teorías propias de la semiótica (lo que constituyó su carácter distintivo, pero a la vez quizás también algunas de sus debilidades).

Las principales nociones teóricas ya no fueron descriptivas sino analíticas: ideología y poder son relaciones, atraviesan de parte a parte a la sociedad, el sujeto aparece como un punto de pasaje del sentido; la circulación de este sentido se complejiza, ya no es lineal, el campo de los efectos aparece como indeterminado. Este modelo incorpora una lógica del desfasaje, de la diferencia, de los desajustes; sin embargo estas figuras se vinculan débilmente con los efectos de un poder. Varias de sus definiciones se postulan en

polémica explícita con el marxismo: refutaciones a las nociones de infraestructura/superestructura, a la existencia de una única lógica unificadora de lo social, a la reificación de los conceptos de ideología y poder.

Sin embargo, la noción de “proceso de producción de sentido” resulta más vinculada a cierto lenguaje marxista, pero redefinido en el nuevo contexto teórico del modelo ternario de semiosis ilimitada y objetos construidos en la red discursiva que le impide postular relaciones causales, intencionales o deterministas. Un elemento persiste en relación a la Escuela Francesa: la relación con el contexto articula la teoría. La noción de “condiciones de producción” ocupa un lugar significativo en la concepción de la dinámica de la semiosis: alude a las “relaciones de un texto o de un conjunto de textos con su ‘exterioridad’, es decir con su sistema productivo (social). Y este último es necesariamente histórico”.¹¹ La noción de ideología, en cambio, pierde consistencia, en la medida en que se solapa e identifica con estas gramáticas de producción, y no alude ni a contenidos ni a operaciones de sentido sino a un sistema de relaciones: “Una ideología no consiste en un repertorio de contenidos (...) sino en una gramática de producción de sentido, inversión de sentido en materias significantes”.¹² No es posible un punto de vista extra-histórico, o un proceso de producción no marcado por la historia, de allí que carece de sentido plantear un discurso no-ideológico (aunque a veces el efecto sea la creencia, la naturalización de ese sentido, y aún así este es un problema de poder más que de ideología –a diferencia de Barthes) o la noción de “falsa representación”.

El poder es una instancia relevante que, ni en lo analítico ni en lo descriptivo, acepta tampoco ser definido como externo al discurso, en una huella fuertemente foucaultiana. En síntesis, todas las instancias aparecen articuladas a alguna significación:

(...) estas estrategias no existen fuera de los paquetes significantes que las sostienen, no existen fuera de la relación de los innumerables discursos sociales que atraviesan la sociedad con las relaciones sociales; no existen fuera de los empalmes de sentido.¹³

Un punto que nos interesa particularmente es cómo su teoría radicaliza el postulado construccionista: la acción no es comprensible fuera del orden simbólico que la genera; en los discursos encontramos los mecanismos imaginarios y simbólicos que hacen legible la acción social. No hay real por fuera de la dimensión simbólica, es imposible separar el discurso del

¹¹ VERÓN, E., “La semiosis social”, en MONTEFORTE TOLEDO, M., *El discurso político*, México, Nueva Imagen, 1980, Pág. 151.

¹² VERÓN, E., *Ibidem*, Pág. 156.

¹³ VERÓN, E., *Ibidem*, Pág. 154.

acontecimiento: sin semiosis no habría real ni existentes, “la producción de sentido es inseparable de la existencia misma de los hechos”¹⁴. En este punto, los aportes de Ch. S. Peirce serán fundamentales. El límite entre lo discursivo y lo extradiscursivo es en rigor, analítico, puramente metodológico, lo que implica además que las condiciones no pueden ser pensadas como ajenas al sentido: “lo que llamamos ‘condiciones’ son también procesos significantes (estructuras institucionales, comportamientos sociales y también, siempre, otros discursos)”¹⁵. El corte entre los discursos y sus condiciones es una intervención analítica y no sustancial, ya que el sentido lo atraviesa todo. La semiosis, en su materialidad entretrejida como una trama sin fin, estructura la significación de todas las instancias sociales a la vez que va desplazando permanentemente en la circulación (es decir, en la sedimentación en el tiempo...) los sentidos articulados:

De lo que se trata es de comprender la semiosis como necesariamente invertida en todas las formas de organización social (...) el orden de lo económico, lo político, lo cultural lo ritual, etc. Ninguna forma de organización social puede concebirse fuera de esta semiosis.¹⁶

Analizar discursos no es ya estudiar las formas por las cuales para un sujeto se constituye imaginariamente su relación con unas condiciones reales y externas, sino relevar la constitución misma de lo real, los objetos, las entidades y la subjetividad en una trama discursiva que es “ternaria, social, infinita, histórica” y transubjetiva.¹⁷ El discurso aparece entonces como una materialidad que es resultado de una inversión social de sentido, pero también como una dimensión constitutiva de todo fenómeno social. A la vez que se postula la materialidad del sentido, hay aquí una huella de la arqueología, pues también “lo discursivo” aparece como una grilla de inteligibilidad, una filiación conceptual que el mismo autor remarca: “lo ideológico y el poder se encuentran en todas partes en tanto que ‘esquemas de inteligibilidad del campo social’, para retomar la expresión de Foucault”¹⁸.

Este punto da lugar a un importante desfasaje teórico, que aproxima a esta propuesta a una perspectiva posfundamento: el discurso se define como condición de inteligibilidad de la realidad, y a la vez aparece como configuración material. En la primera perspectiva, constituye la indispensable superficie de

¹⁴ VERÓN, E., “Discurso, poder, poder del discurso”, en *Anais do Primeiro Coloquio de Semiótica*, Rio de Janeiro, Edicoes Loyola, 1980, Pág. 89.

¹⁵ VERÓN, E., “La semiosis social”, en: MONTEFORTE TOLEDO, M., *El discurso político*, México, Nueva Imagen, 1980, Pág. 90.

¹⁶ VERÓN, E., *Ibidem*, Pág. 154.

¹⁷ VERÓN, E., *Espacios mentales*, Barcelona, Gedisa, 2004, Pág. 56.

¹⁸ VERÓN, E. “Discurso, poder, poder del discurso”, *Ibidem*, Pág. 161.

emergencia de lo real; en la segunda, una configuración específica, material e históricamente determinada (“atestada”, dirá Verón, lo que lo diferencia nítidamente de la lingüística).

Este pasaje teórico (que nos lleva a nuestro tercer momento, y el punto que acabamos de marcar ofrece entonces una continuidad, un punto de convergencia) está ya contenido en una obra de Michel Foucault, *La arqueología del saber*. Sergio Caggiano¹⁹ ha señalado la problemática relación que esta obra plantea entre las series discursivas y extra-discursivas, y cómo un “constructivismo radical” impide abordar al discurso como subordinado a una instancia ajena (como la realidad o las instituciones).

A lo largo de este libro la referencia a “lo verbal” va siendo abandonada para referir al enunciado y las formaciones discursivas. Es decir, existe la noción en un sentido histórico, referida a las producciones orales y escritas, incluso caracterizadas por un principio de rareza, no son tantos los enunciados efectivamente pronunciados en un determinado momento histórico. Se trata del discurso en un sentido más “estricto”: la sucesión de signos, “tales como pueden oírse, tales como pueden leerse en su forma de textos”.²⁰ Esta noción pronto se desplaza hacia enunciados, prácticas y formaciones: la “formación de los objetos” éstos ya no aparecen como conjuntos de signos sino como prácticas: prácticas que forman (los objetos de los que hablan).²¹ El enunciado es (quizás) una noción intermedia: no se rige por la lengua, ni es una suma de frases, sino por su inscripción en una formación discursiva. El enunciado se distingue de una serie cualquiera de elementos lingüísticos, no tiene frente a él un correlato como una proposición tiene un referente; está ligado más bien a un ‘referencial’ que no está constituido por ‘cosas’, por ‘hechos’, por ‘realidades’, o por ‘seres’, sino por leyes de posibilidad, reglas de existencia para los objetos que en él se encuentran nombrados.²² Y de allí a “prácticas discursivas”, entendidas como:

(...) un conjunto de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y el espacio que han definido en una época dada

¹⁹ CAGGIANO, S., “Del discurso del poder al poder del discurso”, (en línea). Dirección: http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/Caggiano_Discurso_poder.htm (Consulta: 11 marzo 2012).

²⁰ FOUCAULT, M., *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, Pág. 80.

²¹ También aquí Foucault reconoce el uso equívoco del término “discurso”, como sucesión de actuación verbal individual, frases o proposiciones, finalmente enunciados. Una suma de enunciados es “una formación discursiva”, ésta se entiende como el principio de repartición no de frases, etc., sino de *enunciados*. El enunciado no se rige por las leyes de una lengua, sino por su inscripción en una formación discursiva.

²² FOUCAULT, M., *Ibidem*, Pág. 152.

y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada, las condiciones de ejercicio de la función enunciativa.²³

Se trata del orden de la formación de los objetos: las superficies de emergencia, las instancias de delimitación, las rejillas de especificación, en conjunto, lo que resulta: una grilla de inteligibilidad de lo real. Tal como señala Sergio Caggiano, existen en esta obra dos nociones de discurso: en un sentido más escrito, se trata de producciones orales o escritas, lo que Verón llamaría –más ampliamente– la operación de inversión de sentido en cualquier materia significativa. Y por otro lado, existe el discurso como modo de ser de las cosas, al modo de existencia del mundo para el hombre, noción que pone el acento en que toda configuración social es una configuración significativa.

Éste será el punto más interpelativo del tercer momento, y el punto en el cual quizás los senderos se bifurcan; ambas concepciones están presentes en distintos autores, pero una diferencia nos desconcierta: por momentos, nos parece que en Eliseo Verón tiene más peso la concepción histórico-material del enunciado atestado (lo que Caggiano llama “lo/s discurso/s”), en directa relación con el fuerte desarrollo de ciertos niveles de análisis metodológicos. En cambio, en los autores del posfundamento el sentido ampliado (lo que Caggiano llama “lo discursivo”), esta concepción analítica y desreificada, adquiere mayor peso, en directa relación con la omisión del desarrollo de un método de análisis, el que dependerá más de las categorías teóricas que de las propiedades atribuidas a una materia significativa.

El segundo sentido es lo que el enfoque postestructuralista (en particular, Ernesto Laclau en su obra inicial, en la que retoma la concepción de “formación discursiva” de Michel Foucault) designa como una práctica articuladora: totalidad significativa, configuración significativa, superficie de emergencia del ser histórico y contingente, conjunto sistemático de relaciones. Imposibilidad de distinguir entre prácticas discursivas y no discursivas, ya que “toda distinción entre lo que usualmente se denominan aspectos lingüísticos y prácticos (de acción) de una práctica social o bien son distinciones incorrectas, o bien deben tener lugar como diferenciaciones internas a la producción”.²⁴ Así, lo significativo del mundo se inscribe en un paradigma que complejiza sus alcances, y el término vuelve a designar todo un campo de nociones teóricas articuladas: “Lo discursivo no es, por consiguiente, un

²³ FOUCAULT, M., *Ibidem*, Pág. 198.

²⁴ LACLAU, E. y MOUFFE, CH., *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987, Pág. 119. Como dice en su artículo “Discurso” (1993): este es uno de los aspectos de la tradición post-estructuralista que han sido importantes en su obra, la noción de discurso como una totalidad significativa que trasciende la distinción entre lo lingüístico y lo extralingüístico, tal como ha sido presentada en la obra de Michel Foucault.

objeto entre otros objetos (aunque por supuesto los discursos concretos lo son) sino un horizonte teórico”.²⁵ La afirmación de que toda configuración social es una configuración significativa se vincula con la preeminencia de la categoría de “articulación” frente a la “mediación”, y hace posible la articulación con un campo de conceptos donde también esta noción de “lo discursivo” encuentra nuevos alcances y sentidos: sobredeterminación, precariedad, contingencia, indecidibilidad, fijación parcial de sentido, identidad/identificación, etc.

Creo, entonces, que estos dos niveles crean una situación paradójica de continuidad/discontinuidad, según el énfasis que se ponga en los distintos reconocimientos de las teorías. Las líneas del Análisis del Discurso (aún en sus versiones semióticas ternarias) permanecen más vinculadas a la noción de “materia significante” (aunque la concepción más amplia no está ausente: de allí las afinidades). Y aunque se lo instituye como el “mecanismo significativo de la acción política”, o como una trama de interdiscursividades sin fin, o en sus reformulaciones en torno a la subjetividad, o aún definido como “la arena de lucha” de los diferentes grupos sociales, o como capaz de producir un “efecto performativo”, se trata siempre de fragmentos: fragmentos extraídos de una trama respecto a la cual se disciernen (otros discursos, las gramáticas de producción, etc.). Los modos de operar en cada campo son radicalmente diferentes. La primera lee las invariantes estructurales que pueden identificarse en unas materialidades como mecanismos explicativos de la acción social, distinguiendo unos conjuntos discursivos de otros, o de sus “condiciones de producción”. El Análisis Político del Discurso no ignora estas materialidades, pero les da otro lugar: las cita como pruebas del Significante. Por la misma razón, las cuestiones “metodológicas” adquieren notables diferencias en cada perspectiva, presentándose hasta hoy como un campo difuso en la perspectiva postestructuralista.

En definitiva, mi opción es por el momento disciplinaria y se asienta más en una lectura de las discontinuidades. Casi como un mecanismo de coacción, constato los límites de unas ciertas concepciones, no tanto por apego y necesidad de un objeto propio, ya delimitado y sólo cuestionable desde un exterior –disciplinario– (lo que al fin y al cabo no estaría nada mal, la teoría produce en nosotros efectos importantes de poder, en el sentido de la adherencia a sus definiciones); sino por una cierta pasión por las diferencias, por una relación con los discursos teóricos, basada en una imaginaria fidelidad a la totalidad que cada uno constituiría, aún con su devenir y sus transformaciones en el tiempo.

²⁵ LACLAU, E., *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990, Pág. 118.

REFERENCIAS

- BARROS, S., “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas”, en *Las brechas del pueblo*, Buenos Aires, Universidad Nacional General Sarmiento, UNDAV Ediciones, 2013.
- BARTHES, R., *La aventura semiológica*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- CAGGIANO, S., “Del discurso del poder al poder del discurso”, 2002. Dirección URL: http://www.Elseminario.com.ar/biblioteca/Caggiano_Discurso_poder.htm.
- FOUCAULT, M., *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1999.
- , *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- GOLDMAN, N., *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de mayo*, Buenos Aires, CEAL, 1992.
- LACLAU, E., *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1990.
- , “Discurso”, *Tropos&Topos*, Nº 1, Córdoba, 1993.
- LACLAU, E. y MOUFFE, CH., *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
- MALDIDIER, D., *L'inquietud du discours. Textes de Michel Pêcheux*, París, Éditions des Cendres, 1990.
- PÊCHEUX, M., *Les Vérités de la Palice*, París, Maspero, 1975.
- , “Analyse de discours: trois époques”, en *L'inquietude du discours*, Maldidier, Dense (1983), París, Ed. Les Cendres, 1992.
- VERÓN, E., *La semiosis social*, Barcelona, Gedisa, 1980.
- , “Discurso, poder, poder del discurso”, en *Annais do Primeiro Colóquio de Semiótica*, Río de Janeiro, PUC/Edicoes Loyola, 1980a.

- , “La semiosis social”, en *El discurso político*, México, UNAM, Nueva Imagen, 1980 b.
- , *Perón o muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Hachette, 1987.
- , *Espacios mentales*, Barcelona, Gedisa, 2004.

REFLEXIONES PARA REPENSAR UNA TEORÍA DE LA HEGEMONÍA

*Javier Balsa*¹

El concepto de hegemonía resulta imprescindible para comprender la dinámica política de las sociedades capitalistas, sobre todo en los casos en que la dominación logra establecerse en base a sistemas electorales relativamente universales.² La referencia básica para esta temática es, obviamente, la obra de Antonio Gramsci, pero también encuentro sumamente enriquecedores los aportes de Ernesto Laclau. Sin embargo, en caso de no querer limitarse a las contribuciones de solo uno de estos dos autores, la combinación de sus enfoques requiere resolver el problema de la forma de su articulación.³ Además, detecto tres importantes limitaciones en las teorizaciones sobre la hegemonía de ambos, que requieren de un trabajo de reelaboración. En primer lugar, en sus obras no hay una sistematización teórica clara, lo cual se traduce en un déficit a la hora de contar con una herramienta que guíe el análisis de las situaciones concretas.⁴ En segundo lugar, si bien le otorgan una gran centralidad al lenguaje y a lo discursivo (respectivamente), no presentan un diálogo constructivo con las tradiciones lingüísticas o de análisis del discurso, de modo de retomar sus aportes y poder proponer líneas y metodologías de análisis claras. A mi entender, la profundización de las miradas disciplinares y los encapsulamientos en determinadas ortodoxias teóricas se han convertido en serios obstáculos para avanzar en la elaboración de una mejor teoría de la hegemonía. Y en tercer lugar, sus teorizaciones fueron elaboradas

¹ Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata, Investigador Independiente del CONICET y Profesor titular en el área de Sociología y director del Centro IESAC de la Universidad Nacional de Quilmes. Línea actual de investigación: teoría de la hegemonía y su relación con el análisis del discurso.

² En este sentido, no acuerdo con centrar la explicación de la dominación burguesa en ciertas “trampas” de los sistemas electorales, calificados como “bonapartismo soft” (Losurdo, 2004).

³ Adelanto que, desde mi perspectiva, es posible re-insertar algunas de las elaboraciones más interesantes de Laclau dentro del enfoque gramsciano, obviamente dejando de lado las aristas más críticas al marxismo formuladas por el teórico argentino.

⁴ Dentro de la perspectiva de Laclau, sin lugar a dudas, la mejor reflexión epistemológica y metodológica es el libro de Glynos y Howarth (2007). Sin embargo, no es fácilmente compatible con una perspectiva marxista-gramsciana, ni articula sus planteos con los avances, que considero ineludibles, del análisis del discurso.

para procesar situaciones de derrota y esto segó sus conceptualizaciones, por lo que no son apropiadas, tal como fueron formuladas originalmente, para analizar coyunturas y estrategias de avance en la disputa política como, por ejemplo, la realidad latinoamericana de la primera década del siglo XXI. En nuestro continente ha sido posible observar una importante capacidad/habilidad de las fuerzas de centro-izquierda e izquierda para disputar, durante períodos relativamente extensos, la hegemonía en el terreno de la lucha electoral y para emplear el Estado en pos de intentar superar las realidades que había construido el neoliberalismo en todos los países de la región.

En relación a estas tres limitaciones, en el presente trabajo procuro (1) señalar los contextos en los que se elaboraron las teorizaciones sobre la hegemonía, a fin de destacar la necesidad de su reconceptualización para dar cuenta de la realidad latinoamericana contemporánea, (2) justificar la pertinencia de un enfoque interdisciplinario y multiteórico para la elaboración de una teoría de la hegemonía, y (3) reseñar muy brevemente los principales aportes que quiero retomar de las elaboraciones de Marx, Gramsci, Laclau, Voloshinov/Bajtín y algunos analistas del discurso (Fairclough, van Dijk y Angenot).

LOS CONTEXTOS DE ELABORACIÓN DEL CONCEPTO DE HEGEMONÍA

El concepto de hegemonía fue relativamente fácil de aplicar y echó cierta luz sobre la forma en que el neoliberalismo logró implantarse en casi todos los países latinoamericanos a través de los mecanismos democrático-republicanos en los años noventa.⁵ Una década más tarde, la hegemonía neoliberal ha sido puesta en cuestión, pero ahora los triunfos y las consolidaciones de las fuerzas de centro-izquierda e izquierda resultan difíciles de conceptualizar. Sospecho que una teoría de la hegemonía no solo ayudaría a mejorar las caracterizaciones, sino que, además, aportaría al diseño de mejores estrategias políticas. Pero para ello, creo que es necesario repensar la cuestión de la hegemonía de un modo diferente porque los contextos son muy distintos de los que dieron lugar a la emergencia de la teoría.

Es muy probable que esta facilidad para emplear el concepto de hegemonía para dar cuenta de la realidad de los años noventa se deba a que lo que se explicaba era una nueva derrota del campo popular, y la implantación (ahora por la vía electoral, y no por dictaduras) de la dominación neoliberal. Es que, justamente, la teoría gramsciana de la hegemonía surgió para dar cuenta de

⁵ Por ejemplo, para el caso argentino contamos con el excelente libro de Bonnet (2008). Una breve aproximación personal a la conceptualización del menemismo como experiencia hegemónica se encuentra en Balsa (2001).

la derrota de los movimientos revolucionarios que tuvieron lugar en Europa durante la década de 1920. Toda la expectativa que la movilización de masas presente en dicho continente en la primera posguerra, junto con el ejemplo tan presente de la revolución rusa, y la instauración de amplios sistemas políticos basados en el sufragio universal (al menos masculino), fueron clausuradas por diversas formas de reconstrucción de la dominación burguesa. Las reflexiones y elaboraciones de Gramsci buscaron, precisamente, explicar esta recomposición y, por lo tanto, surgieron para dar cuenta de la derrota de la izquierda revolucionaria.

También la otra importante elaboración teórica en torno a una teoría de la hegemonía, la realizada por Ernesto Laclau, surgió como respuesta a una derrota, o más bien, a una serie de derrotas. A mediados de los años ochenta, cuando, junto con Chantal Mouffe, escribió *Hegemonía y estrategia socialista*, era ya claro el fracaso de las experiencias de lo que se denominaba el “socialismo real”, pero también era evidente la completa disolución de expectativas acerca de una vía socialdemócrata al socialismo: los partidos socialistas europeos no solo habían ido abandonando, gradual pero inequívocamente, todo ideal de superación del capitalismo, sino que, además, tenían claras dificultades para, tan siquiera, mantener los Estados de Bienestar que habían construido durante la segunda posguerra. Incluso el eurocomunismo, todavía poderoso a fines de los setenta, entraba en lo que sería su declive final. Al mismo tiempo, la derecha neoliberal avanzaba por todo el mundo occidental, liderada por Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Es en este contexto que Laclau y Mouffe escribieron su libro, y terminaron centrando su estrategia en los movimientos sociales y en una perspectiva, por ese momento al menos, demasiado liberal (aunque ellos proponían radicalizarla). Como vemos, ha sido claramente otra teorización desde la derrota.

Por eso creo que los fenómenos de ascenso de las izquierdas y centro-izquierdas en Latinoamérica desde el cambio de siglo nos proveen de otros tipos de experiencias históricas para repensar la teoría de la hegemonía. Es decir, procesos políticos en los que se supera, al menos parcialmente, la hegemonía neoliberal (que sigue estando muy fuerte en el plano de los modos de vida).⁶ Y que se distinguen porque no se han dado por la vía de revoluciones armadas, sino a través de procesos democrático-representativos.

⁶ Considero que el neoliberalismo se ha mantenido vivo especialmente a través de pautas de consumo (mucho más altas que las históricas en nuestras sociedades) que construyen la hegemonía en un plano vivencial, casi pre-ideológico (sobre estas cuestiones de las diferentes lógicas de la construcción de la hegemonía, puede consultarse Balsa, 2006a).

No comparto la caracterización que efectúa Modonessi⁷ de estos procesos latinoamericanos actuales como “revoluciones pasivas progresistas”. Entre otros motivos, porque toda revolución pasiva presupone la desactivación de una revolución activa que en acto o en potencia estuviera amenazando el orden existente, y, en realidad, en casi todos los países fueron las fuerzas que hoy lideran estos procesos, las principales impulsoras del cambio político-social.⁸

Posiblemente su éxito se deba a la combinación de una gran capacidad para, a partir de una discursividad moderada, acceder a los gobiernos por la vía electoral, y luego consolidar la dinámica democrática como forma de resolver los conflictos (con derrota de intentos destituyentes o golpistas) para, finalmente, tener un importante éxito en una interpelación discursiva en términos de un pueblo-sectores populares frente a un enemigo minoritario-oligárquico, según una particular concepción de la lógica populista.⁹ En fin, no quisiera realizar aquí una caracterización de estos procesos; simplemente buscaba marcar que, por su duración (vinculada al éxito que han tenido en construir bases político-ideológicas y proyectos de integración regional) y por su capacidad de redefinir los contextos políticos e institucionales de la disputa hegemónica, estos procesos constituyen un material ineludible para repensar una teoría de la hegemonía.

⁷ MODONESSI, M., “Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo”, en MODONESSI, M., (comp.), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*, México, UNAM, 2013.

⁸ Tal vez el caso argentino sea el que más pudiera acercarse a esta caracterización, en tanto que en 2001-2002 hubo un clima de fuerte movilización popular que terminó con el gobierno de la Alianza y generó el fenómeno de las asambleas barriales. En este sentido, el gobierno de Duhalde realizó una serie de cambios que sirvieron para desactivar las posibilidades de un cambio político más radical, pero también esto fue generado por la ausencia de una línea política clara que vinculara esta movilización popular y las asambleas barriales con una alternativa política nacional. La gran visibilidad y novedad de las asambleas y las importantes movilizaciones populares, pueden haber llevado a cierta sobrevaloración, por parte de algunos analistas sociales, del espíritu crítico de las mayorías. Así, los resultados de las elecciones de 2003 mostraron el predominio ideológico y político de los candidatos con un perfil neoliberal (si se suman los votos, Menem, López Murphy y Rodríguez Saa, alcanzaron el 60% del electorado). Por otro lado, los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner no tomaron una serie de medidas progresistas al comienzo de su gestión, como sería característico de una revolución pasiva que buscara solo apaciguar la movilización (para girar luego hacia posiciones de derecha). Por el contrario, las medidas progresistas se fueron escalonando a lo largo de sus mandatos, generando un grado de polarización política con la derecha que nunca se descomprimió.

⁹ BALSÀ, J., “Las dos lógicas del populismo, su disruptividad y la estrategia socialista”, *Revista de Ciencias Sociales*, Nro. 17, Universidad Nacional de Quilmes, 2010.

¿POR QUÉ NO DEBEMOS CEÑIRNOS A UNA DISCIPLINA O A UNA SOLA PERSPECTIVA TEÓRICA?

Hoy es necesario un conocimiento crítico que colabore con los procesos y/o las posibilidades de emancipación en nuestra región. Sin embargo, la mayor parte de las ciencias sociales poco aportan en este sentido y, en cambio, se cierran en la autocelebración de sus encuentros exclusivos y en sus revistas especializadas (obviamente, necesarias, pero no como refugio para evitar la pregunta por el sentido de nuestra labor intelectual). Considero que existen dos actitudes bastante difundidas en las ciencias sociales en Argentina que creo son especialmente perjudiciales para estimular el estudio de los procesos contemporáneos de un modo crítico y propositivo: en primer lugar, el retorno del enfoque disciplinar y, en segundo lugar, el celo teorícista con que algunos/as autores/as defienden la pureza de cada perspectiva.

En relación a la primera cuestión, en los últimos años es posible percibir un fuerte retorno al enfoque disciplinar dentro de las ciencias sociales. Podríamos decir que es un intento de re-encasillarnos a los investigadores e investigadoras, de obligarnos a permanecer dentro de los límites de cada disciplina y, de este modo, disciplinarnos. Es posible observar este fenómeno en múltiples espacios: en la dinámica de diversas reuniones científicas, en los criterios que implícita o explícitamente se intenta hacer prevalecer dentro de los espacios de evaluación e, incluso, en los arbitrajes de las revistas académicas. En muchos casos (aunque no necesariamente en todos) este re-disciplinamiento se vincula con el giro neoconservador que diversos espacios de las ciencias sociales han emprendido desde los años ochenta, de la mano de una cientificización despolitizadora que (más allá de reales avances en los procesos de validación de la producción de conocimiento) casi siempre mantuvo diversas tomas de posiciones político-ideológicas que iban del centro (con cierto aire socialdemócrata, pero que no era ni siquiera consecuentemente reformista) hasta una derecha (posmoderna casi neoliberal). Esta fue una tendencia que, en el caso argentino, en los años noventa se disimuló en la fácil crítica al menemismo pero que, con el cambio de siglo, fue derivando casi inequívocamente en posturas de abierta crítica (por derecha) a los procesos de avance de la izquierda y la centro-izquierda que tienen lugar en América Latina. Los recortes disciplinares sirven para consolidar líneas temáticas cada vez más específicas y que poco o nada se vinculan con aportar perspectivas útiles o información relevante que ayuden a profundizar estos procesos de cambio.¹⁰

¹⁰ Por citar solo un síntoma muy claro de este desfasaje: hoy son sumamente escasos los investigadores/as del CONICET que estudian los procesos latinoamericanos, ni los actuales ni los pasados (con honrosas excepciones).

En relación a la segunda cuestión, el purismo teorístico, podemos ver que se suma para dificultar la labor creativa en las ciencias sociales latinoamericanas. Existe gente que dedica su vida a estudiar la obra de un determinado autor/a y luego se vuelve guardián de su pureza teórica procurando castrar cualquier empleo no ortodoxo de las elaboraciones de dicho/a intelectual celebrado/a. Así, al analizar algunos trabajos científicos, muchas veces, no se juzga la capacidad heurística que se ha alcanzado gracias a la combinación de diferentes perspectivas teóricas, sino que se censura la mezcla de enfoques que se consideran “incompatibles”, muchas veces sin siquiera señalar cuáles serían los problemas concretos que dicha “incompatibilidad” genera en los trabajos. Luego esta actitud se traduce en indicaciones a los futuros tesisistas de ajustarse a un marco teórico simple que, muchas veces, solo garantizará “descubrir” lo que era fácilmente previsible.

Ambos grupos de académicos/as –los disciplinadores y los guardianes de la teoría (suelen no ser las mismas personas)–, no parecen haber tomado nota de que los principales avances en el conocimiento de lo social ocurrieron de la mano de autores/as que lograron combinar aportes de las distintas disciplinas sociales y no dudaron en vincular tradiciones teóricas diversas, obviamente agregando su impronta personal en las articulaciones. Si revisamos la obra de la gran mayoría de los autores considerados “clásicos”, pero también de los/as intelectuales de mayor impacto en las últimas décadas, podremos visualizar que realizaron ambas operaciones que hoy serían consideradas como “heréticas” por disciplinadores o guardianes de la teoría.

Es por eso que, frente a estas dos posturas, es necesario fundamentar epistemológicamente la combinación de teorías y perspectivas disciplinares. Al respecto, siempre es útil recordar que sobre una misma temática, cada perspectiva teórica no solo va a colaborar en la definición de un problema de conocimiento diferente, sino que también va a configurar la atención hacia determinadas dimensiones y tipos de vinculaciones entre ellas.¹¹ De este modo, surgirán prescripciones acerca de qué observar y cómo describir lo observable, y así tendremos pautas relativamente claras de cómo diseñar una investigación sobre este objeto. Sin embargo, estas ventajas en términos de facilitar la previsión de las estrategias metodológicas, tendrán como contrapartida una limitación en nuestra capacidad perceptiva. La teoría nos dirá

¹¹ Debemos recordar estas cuestiones básicas ya que, lamentablemente la perspectiva positivista reaparece cada vez con mayor énfasis en las ciencias sociales, en general en su versión ateorística: la que postula que podemos dar cuenta de la realidad sin preocuparnos por los enfoques teóricos. Un empirismo que no siempre se vincula con los métodos cuantitativos, sino que surge cada vez más desde metodologías cualitativas.

qué mirar y, sin explicitarlo, también nos dirá qué no mirar, a qué cosas/dimensiones no prestarle atención.

Esta “anteojera teórica” se refuerza porque tendemos a confundir la función explicativa de las teorías, con su función heurística.¹² Si cuando observamos estamos preocupados porque lo observable encaje en una determinada (pre)explicación, vamos a tender a no prestar atención, a no percibir, todo aquello que contradiga la explicación ya brindada por nuestra teoría (a “barrerlo debajo de la alfombra”). Lo cual reducirá drásticamente y tautológicamente la posibilidad de descubrir algo.

Es por eso que, para elaborar objetos de conocimiento más complejos, que ajusten mejor con la realidad de los fenómenos sociales, tendremos que potenciar las posibilidades heurísticas de las teorías. Lo mejor para ello es, tal como propone Saltalamacchia,¹³ emplear las teorías como fuentes de conceptos ordenadores; para nosotros tal vez sería mejor llamarlos “conceptos sensibilizadores de la percepción”. Nuestra observación estará guiada explícitamente por estos conceptos, pero procurando no anticipar una explicación que encaje exactamente con lo previsto por la teoría. Para ello, los conceptos, empleados en función heurística, tienen que reducir su carga teórica (pre)explicativa.

En segundo lugar, para reducir el peso de las “anteojeras teóricas”, se deberían sumar diversas perspectivas teóricas sobre un mismo fenómeno, complejizando conceptualmente nuestro objeto de estudio, de modo de percibir más dimensiones de la realidad. Comparto la idea de Saltalamacchia que esta combinación teórica tiene la ventaja de que nos predispondrá, incluso, a estar más abiertos a poder percibir lo “no conjeturado” por las teorías, las áreas de la realidad que se encuentran por fuera, en los intersticios entre las mismas.

Por último, y por todo lo expuesto, si consideramos incorrecto ajustar nuestras observaciones y elaboraciones a un enfoque teórico, más equivocado aun sería ceñirnos a los límites de una disciplina, que establecen recortes sobre áreas de la realidad que sabemos no son nunca autónomas. En cambio, sobre todo por el tipo de objeto que nos preocupa, estimo sumamente productivo pensar teórica y metodológicamente nuestro problema sin preocuparnos por los límites disciplinares. Creo que este tipo de actitudes hace que

¹² La función heurística estimula la percepción de las dimensiones que la teoría destaca. Pero la función explicativa va un paso más allá y preestablece los vínculos entre dimensiones en función de elaborar una explicación. Al respecto sigo a Homero Saltalamacchia (1994).

¹³ SALTALAMACCHIA, H., *Los datos y su creación*, Caguas (Puerto Rico), Kryteria, 1997.

las ciencias sociales avancen, en general, en el campo de lo interdisciplinario, que no es una mera sumatoria, sino una potenciación mutua.¹⁴

APORTES Y LIMITACIONES DE LAS DIFERENTES PERSPECTIVAS TEÓRICAS SOBRE LA HEGEMONÍA

Teniendo presentes estas perspectivas epistemológicas y la preocupación por reelaborar una teoría de la hegemonía, a continuación vamos a realizar un breve recorrido atendiendo a algunas de las teorizaciones que aportan a repensar estas cuestiones.

MARX

Ya en los textos “políticos” de Marx está presente la construcción del problema de la hegemonía (en particular en *La lucha de clases en Francia entre 1848 y 1850* y en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, de 1850 y 1852).¹⁵ No se encuentra planteada en estos términos, sino en torno a la cuestión de la forma en que la burguesía consiguió resolver la contradicción que surgía de la vigencia del sufragio universal y la dominación (minoritaria) de la burguesía. Por cierto, lo hizo de una manera indirecta, a través del presidencialismo-imperial de Luis Bonaparte, y no de una república burguesa.

Lo cierto es que Marx logra entonces, en primer lugar, plantear claramente la existencia de esta tensión entre forma política democrático-republicana y dominación minoritaria (problema de conocimiento que está en la base de la teoría de la hegemonía).

En segundo lugar, Marx sitúa el plano de la resolución de esta contradicción en torno a la cuestión de la representación. Es posible discriminar tres niveles diferentes de la representación presentes en estos trabajos de Marx. Niveles que se yuxtaponen, y que permiten captar, de algún modo, la ambigüedad inherente a la representación (en tanto “presentarse en lugar de”, en tanto “defender los intereses de”, pero también teniendo en cuenta el proceso por el cual el representante es “constructor del representado”, tal como lo sistematizará luego Laclau).

¹⁴ Un ejemplo de un intento personal de combinar conceptos teóricos del marxismo más clásico (Marx, Lenin y Kautsky) con elementos de Weber, y la perspectiva fenomenológica de Schutz y Berger y Luckmann, y con las perspectivas de la sociología rural, la historia agraria y la antropología, para dar cuenta de las transformaciones sociales y de las subjetividades de los sujetos agrarios de la pampa argentina durante el siglo xx, puede encontrarse en Balsa (2006b).

¹⁵ MARX, K., *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Anteo, 1973; *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Anteo, 1973.

En tercer lugar, Marx prefigura el análisis en términos de correlaciones de fuerzas (aunque no emplea este término), al conceptualizar la dinámica política como la lucha en un determinado escenario, del que entran y salen los actores, se alían y pujan entre ellos. Este escenario no es neutral, sino que está estructural e institucionalmente preconstruido, pero, al mismo tiempo, no es ajeno a la capacidad de los actores de imponer determinadas significaciones acerca de lo que está ocurriendo y, de este modo, incidir sobre las correlaciones de fuerzas.

En este sentido, en cuarto y último lugar, se destaca como el gran aporte de Marx al análisis de la dominación hegemónica, el papel significativo que le reserva al lenguaje. De hecho, al comienzo de *El 18 Brumario*, la derrota del proceso revolucionario francés de 1848 es adjudicada a la falta de un lenguaje adecuado. Podemos afirmar que en sus trabajos, el lenguaje en particular, y lo simbólico en general, constituyen un plano de mediación entre las posiciones estructurales de las clases y la dinámica política.¹⁶ Si bien en un lugar intermedio, este también sería un plano no siempre consciente. El lenguaje no está en la superficie de la lucha política, sino que, como la lucha de clases, se encuentra en un nivel no visible, por la ilusión de transparencia del lenguaje. Se ubica, entonces, un tanto fuera del control de los actores que tienen que cargar con esa “tradición”; sin embargo sería posible operar sobre él. En este sentido, el lenguaje, y determinadas tradiciones-ilusiones, pueden jugar un papel relativamente independiente en la dinámica política, constituyendo un punto de encuentro entre grupos sociales carentes, transitoria o estructuralmente, de un centro político. La ilustración extrema de esta articulación fue la propia figura de Luis Bonaparte, que se convierte, como ha señalado Martin,¹⁷ en una anticipación del concepto de “significante vacío” de Laclau.¹⁸

La principal limitación que tenemos con los textos de Marx es que prácticamente no presentan sistematizaciones de la teoría presente en su descripción/explicación de los procesos políticos franceses. Por lo cual surge

¹⁶ Retomando a Jameson, podría decirse que Marx repone la centralidad aristotélica del lenguaje, frente al lugar destacado que había tenido el Espíritu dentro del esquema hegeliano (JAMESON, 2013, Pág. 95).

¹⁷ MARTIN, J., “Performing Politics: Class, Ideology and Discourse in Marx’s *Eighteenth Brumaire*”, en COWLING, M. y MARTIN J. (Ed.), *Marx’s Eighteenth Brumaire*, Londres, Pluto Press, 2002.

¹⁸ “(...) vino a resultar (...) que el hombre más simple de Francia adquirió la significación más compleja. Precisamente porque no era nada, podía significarlo todo, menos a sí mismo. Sin embargo, por muy distinto que pudiese ser el sentido que el nombre de Napoleón llevaba aparejado en boca de diversas clases, todos escribían con este nombre en su papeleta electoral (...)” (MARX, 1850, Pág. 90).

la necesidad de un trabajo de conceptualización. Cabe aclarar que en esta tarea de buscar aportes de Marx para repensar una teoría de la hegemonía, deberemos sentirnos libres de despojarnos de los elementos que no sean articulables con la misma.¹⁹

GRAMSCI

Por una cuestión de espacio no es posible transcribir aquí todos los aportes de Gramsci para una teoría de la hegemonía, aunque considero que sus elaboraciones serán la base de nuestra conceptualización de la hegemonía. Simplemente me limitaré a realizar algunas tomas de posición que, espero, ayuden a despejar algunas de las “antinomias” que tienen sus escritos.²⁰

En primer lugar, acuerdo con Frosini²¹ en la necesidad de pensar la hegemonía siempre en clave de correlaciones de fuerza. Esto permite evitar conceptualizar necesariamente toda coyuntura como la imposición de una hegemonía, y, en cambio, habilita a pensarla como la puja entre hegemonías. Una pugna que incluso opera al interior de nuestras contradictorias subjetividades.²²

En segundo lugar, la hegemonía sería un tipo de dominación política centrada en el consenso, más allá de tener bases coercitivas,²³ lo cual no implica negar la importancia del plano militar. De hecho, Gramsci sostiene que este plano sería el inmediatamente decisivo, aunque está siempre mediado por la lucha ideológica. Es que las creencias y la interpretación de los fenómenos determinan los cursos de acción, en este caso de la dinámica militar²⁴. En este

¹⁹ Más específicamente, encontramos al menos dos componentes que no nos resultan apropiados para incorporar en una teoría de la hegemonía y que, por lo tanto, proponemos dejar de lado: el economicismo y la idea de la existencia de un sujeto trascendental o misterioso que conduciría el curso de la historia en un sentido progresivo (“la Revolución” o el “viejo topo”).

²⁰ El término “antinomias” retoma el título y el sentido del libro de Perry Anderson (1978), aunque no compartimos el enfoque general que le da a su trabajo y que lo terminan alejando demasiado de las principales hipótesis de Gramsci.

²¹ FROSINI, F., *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei Quaderni del carcere di Antonio Gramsci*, Roma, Carocci, 2010.

²² “La comprensión crítica de sí mismos se produce pues a través de una lucha de ‘hegemonías’ políticas, de direcciones contrastantes, primero en el campo de la ética, luego de la política, para llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real” (Gramsci, 1986, Pág 253).

²³ COUTINHO, C., “O conceito de política nos *Cadernos do cárcere*”, en COUTINHO y DE PAULA TEIXEIRA (Comp.), *Ler Gramsci, entender a realidade*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2003.

²⁴ FROSINI, F., *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei Quaderni del carcere di Antonio Gramsci*, Roma, Carocci, 2010.

punto es interesante recordar las propias acotaciones de Engels y de Marx sobre la importancia de las representaciones en las luchas insurreccionales.²⁵

En tercer lugar, el sentido común tiene que ser pensado como terreno de disputa ideológico y, en el mismo sentido, la cultura no sería algo a ideológico. El carácter central del sentido común es su falta de coherencia y el peso de la ideología dominante. Sin embargo, la propia práctica construiría un núcleo de “buen sentido” dentro del sentido común, resistente a las interpelaciones demasiado contrarias a los intereses concretos de los sujetos subalternos.²⁶

En cuarto lugar, pienso que es fructífero diferenciar analíticamente los planos y lógicas en las que opera la construcción de la hegemonía. A mi entender habría tres planos con tres lógicas diferenciadas: una basada en la concesión de beneficios a los sectores hegemonizados, otra centrada en la batalla de las ideas y una última que se estructura en torno a la imposición/goce de un estilo de vida.²⁷ En cada caso particular, la construcción de la hegemonía puede hacer uso de las tres lógicas, pero habitualmente podría identificarse alguna como central.

En quinto y último lugar, simplemente quisiera destacar el lugar central que Gramsci reserva al lenguaje en sus elaboraciones. Sintomáticamente, como destaca Lo Piparo²⁸ cuando a fines de 1934 Gramsci es trasladado a una clínica, y en octubre del año siguiente obtiene la libertad condicional, no se dedica a escribir sobre temáticas políticas, sino que se pone a escribir unas notas sobre gramática, lo que sería el último de los Cuadernos de la Cárcel. Es que para él, el lenguaje es la base de las “concepciones del mundo”, de las “filosofías”²⁹. Sin embargo, no hay en Gramsci una teorización sistemática,

²⁵ Marx dejó en claro que la dispersión de la Guardia Nacional, frente al ejército, no había sido una cuestión estrictamente militar, sino simbólico-militar, pues si bien “no opusieron al ejército sus armas, sino sólo sus uniformes”, para Marx “en este uniforme estaba precisamente el talismán”, y con su dispersión “el ejército se convenció de que el tal uniforme era un trapo de lana como otro cualquiera. El encanto quedó roto” (Marx, 1852, Pág. 62).

Engels, en su “Introducción de 1895” a *La lucha de clases en Francia*, otorga un papel muy significativo al cambio en las representaciones que los soldados tenían de los integrantes de las barricadas revolucionarias. Si a mediados del siglo planteaba que “(...) el soldado (...) veía detrás de ella al ‘pueblo’”, para 1895, los uniformados veían a “rebeldes, a agitadores, a saqueadores, a partidarios del reparto, a la vez de la sociedad (...)”, por lo cual “la barricada había perdido su encanto”, y su efectividad político-militar (Engels, 1895, Pág. 29).

²⁶ Sobre este tema resultan ineludibles las elaboraciones de Nun (1989).

²⁷ Balsa, J., “Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía”, *Revista Theomai/Theomai Journal*, 14, segundo semestre de 2006.

²⁸ LO PIPARO, F., “The Linguistic Roots of Gramsci’s Non-Marxism”, en IVES, P. y LACORTE, R., *Language, and Translation*, Lanham, Lexington Books, 2010.

²⁹ Unas breves consideraciones personales sobre el lenguaje en Gramsci se encuentran en Balsa (2011).

ni una propuesta metodológica para estudiar estos fenómenos discursivos (como no la hay sobre la mayoría de las interesantes observaciones que formula).³⁰ Donde sí se ha teorizado acerca del lugar del discurso en la construcción de la hegemonía es en la perspectiva posmarxista de Ernesto Laclau.

LACLAU

A mi entender, los tres aportes centrales de Laclau a una teoría de la hegemonía pasan por conceptualizar que los sujetos se construyen en la disputa por la hegemonía (y no la preexisten), ubicar al plano de lo discursivo como medular en la hegemonía, y diferenciar los tipos de hegemonías según las lógicas de su construcción.

Brevemente, en primer lugar, para Laclau los sujetos son posiciones de sujeto en el interior de una formación discursiva, y es la lógica de la hegemonía (de la articulación y la contingencia) la que construye la identidad de los sujetos. Por lo cual, la no-fijación es condición de toda identidad social; una identidad que es puramente relacional, y cuya sutura final nunca llega. Por lo tanto, el sujeto hegemónico debe ser parcialmente exterior a lo que articula – de lo contrario no habría articulación alguna – pero esa exterioridad no puede ser concebida como la existente entre dos niveles ontológicos diversos. A mi entender esto genera cierta aporía en la teoría de Laclau, ya que, si esta idea se extrema, en el límite no hay sujetos que construyan la hegemonía. Y de este modo, se difumina la idea de dominación, y la potencia crítica de la teoría tiende a diluirse.³¹ Considero que los textos del Laclau de los años noventa, previos a su recuperación de la noción (y la fuerza disruptiva) del concepto de “populismo” son una muestra de este problema conceptual y político.

En segundo lugar, la centralidad de lo discursivo implica que para Laclau se debe pensar la hegemonía a partir de la construcción de cadenas equivalenciales que vayan anudando significantes para integrar demandas en torno de algunos significantes claves para la dominación de algún sector social devenido forma política. Es que para este autor, la construcción de la hegemonía implica “dominar el campo de la discursividad”, detener parcialmente “el flujo de las diferencias” construyendo “puntos de fijación parciales”, articulando cadenas equivalenciales que aseguren la integración y la dominación.³² Estas fijaciones son parciales y transitorias, pues lo social siempre está abierto a disputa.

³⁰ Sobre las elaboraciones acerca del lenguaje en Gramsci, véase Ives (2004a y 2004b).

³¹ Ver al respecto la crítica que le formula Critchley (2008).

³² LACLAU E. y MOUFFE, CH., *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 1987, Pág. 129.

Ahora bien, si el análisis de las cadenas equivalenciales es clave para el análisis político, Laclau ofrece pocas pistas sobre cómo estudiarlas y, menos aún, sobre cómo analizar las operaciones discursivas que se emplean para su instalación. Tal vez su más afinada contribución al respecto surge de la atención que le ha prestado a la retórica y, en particular, a que, como la relación de equivalencia está imbuida de ambigüedad, en la base de la construcción de la hegemonía se encuentra un empleo ambiguo de las figuras retóricas.³³ Considero que la base saussureana de la que parte Laclau,³⁴ a pesar de los distanciamientos que realiza, no lo ayuda a formular una idea claramente dialógica de la hegemonía (como veremos, posibilitan Voloshinov/Bajtín).³⁵

En tercer y último lugar, quisiera destacar que en la obra de Laclau podemos encontrar dos lógicas de la construcción de la hegemonía, que las he redenido como “administrativista” y “agonal” (pues la denominación de este autor, “democrática” y “populista” nos parece ideológicamente poco feliz, a la vez que imprecisa). La primera procura absorber todas las demandas de forma diferencial, esto es, integrándolas en un esquema hegemonizante y despolitizador, por lo cual propongo denominarla como hegemonía “administrativista”, ya que contiene el ideal saint-simoniano (y popperiano) de la política reducida a la administración del bien común, a la elección de la mejor técnica y, en este sentido, constituye una antipolítica.

La otra opción de la construcción de la hegemonía es basarla en una lógica agonal, centrada en la construcción de un campo opuesto a otro, a través de la equivalenciación de las demandas de un campo y su postulado como opuestas al otro campo, construyendo un quiebre de lo social. En su variante populista,³⁶ la construcción discursiva de la *plebs* (el pueblo en el sentido de los sectores populares) es presentada como el único *populus* legítimo (el pueblo en el sentido del conjunto de la ciudadanía).³⁷ En esta lógica siempre

³³ LACLAU, E., “Política de la retórica”, en *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

³⁴ En Balsa (2011) hemos procurado elaborar una propuesta general sobre cómo abordar los aspectos discursivos de la construcción de la hegemonía y en Balsa (2014) puede encontrarse un estudio acerca de cómo los complejos de cláusulas (algo así como oraciones con varias proposiciones en su interior) serían claves para la construcción de cadenas equivalenciales.

³⁵ Es cierto que el concepto de discurso en Laclau excede los límites de la lingüística y del análisis del discurso en tanto disciplina, pero no deja de tener a estas elaboraciones disciplinares (y sus problemas) como base. Por otro lado, tampoco hay en Laclau una sistematización acerca de qué otras prácticas discursivas habría que atender, además de las lingüísticas, y cómo estudiarlas.

³⁶ LACLAU, E., *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

³⁷ Laclau no sistematiza al populismo como una de las posibles lógicas agonales, pero personalmente pienso que existen otras posibles lógicas agonales, en donde el centro no sea la *plebs*, sino, por ejemplo, los “nacionales” y el otro ya no sea una “oligarquía”, sino los “inmigrantes”. La descripción de este caso muestra que no considero acertada la extensión del concepto de

habrá un otro (por caso, la oligarquía) que tendrá intereses particulares antagónicos con los intereses de las mayorías populares.

En el límite, ambas lógicas se tornan imposibles. Por un lado, una lógica administrativista no puede incorporar todas las demandas (siempre quedan actores en el margen, otros con una existencia no legitimada, al menos en términos de ciudadanía política³⁸). Y, por otro lado, una fuerza política que controle el Estado, por más que mantenga un eje agonal, no puede dejar de formular cierto discurso “universalista” de captura de todas las demandas y, en este sentido, puede y debe tener un importante contenido “administrativista”.

Considero que estas tres ideas laclausianas, con algunas correcciones que evitan un esquema exclusivamente formalista (a través de la reintroducción de las posiciones de clase y con un mayor reconocimiento del papel de la violencia), constituyen aportes que no son incompatibles con una perspectiva gramsciana.

VOLOSHINOV/BAJTÍN Y EL ANÁLISIS DEL DISCURSO

Para Voloshinov y Bajtín, la interacción discursiva es la realidad principal del lenguaje y solo existen enunciados efectivamente emitidos en situaciones concretas que, de este modo, construyen la significación de las palabras. Así, “existen tantos significados de una palabra cuantos contextos hay de su uso”. Estos procesos de construcción de significaciones están preñados de lucha por el poder; y esto ocurre tanto en el plano macrosocial, como en el microsociedad. Existe una lucha constante por las significaciones, que, entonces, nunca se estabilizan, sino que siempre están en movimiento.³⁹

De modo que la concepción del lenguaje que aportan Voloshinov y Bajtín funciona como un excelente punto de encuentro entre Gramsci y Laclau. Con su enfoque se puede evitar una mirada estructuralista del lenguaje (incluso evitar los problemas del concepto de “lengua”) y, por ende, una perspectiva sistémica de la hegemonía, como una totalidad impuesta. Facilita

populismo para dar cuenta de los movimientos de ultra-derecha europeos, ya que si bien la lógica es agonal y se apela a un “pueblo”-nación, no se hace uso del sentido popular del término.

³⁸ Sin embargo, esta otredad en el planteo “administrativista” muchas veces puede dar lugar a su eliminación física. Al respecto, ver las agudas observaciones que desde el marxismo ha formulado Virginia Fontes: “no se trata, en absoluto, de la admisión de diferencias y de una coexistencia pacífica, sino de un *profundo desprecio por sus condiciones de existencia*”. Que en modo latente, siempre tiene la posibilidad de tornarse “exclusión por exterminio” (Fontes, 2005, Pág. 45, traducción propia).

³⁹ VOLOSHINOV, V., *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1992. BAJTÍN M., “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1985.

pensar no en *la* hegemonía, sino en *luchas por* la hegemonía, como pujas entre las distintas discursividades por tratar de imponer, en cada coyuntura, algunas significaciones y desplazar otras. A su vez, su perspectiva lingüística resulta más apropiada para pensar la lucha por las significaciones en términos de construcción de cadenas de significantes. Lo que, atendiendo al proceso de recepción (o mejor dicho, a la dinámica de la interacción discursiva), podría pensarse también como la eficacia interpelativa que logran algunas cadenas equivalenciales. Vemos así cómo esta perspectiva del lenguaje como luchas por la hegemonía, se articula mejor con el esquema de relaciones de fuerza que, como ha señalado Frosini, constituye el centro de la propuesta gramsciana.

Además, esta perspectiva permite considerar, como lo ha propuesto Fairclough,⁴⁰ al papel del dialogismo en la construcción de la hegemonía. Según mi propuesta (que busca sistematizar estas ideas de Fairclough), el dialogismo marcaría el mayor o menor reconocimiento de la voz del otro o, al menos, de su posibilidad frente a la opción de la imposición monológica.⁴¹ En este sentido, una dominación no hegemónica puede pensarse como una imposición de tipo monológico. En estos casos, a través de múltiples mecanismos de coerción, se intenta imponer una visión del mundo, sin establecer canales de diálogo con los subalternos. Esta dominación, además de necesitar altas dosis de coerción, entraña el riesgo, para la clase dominante, de que no se perciban las demandas de los sectores populares. Y estas demandas se pueden ir articulando hasta llegar a una impugnación de la dominación como un todo. De algún modo, es lo que propusieron Laclau y Mouffe⁴² como el centro de una estrategia contrahegemónica inteligente.

Por el contrario, una dominación hegemónica (y también una estrategia contra-hegemónica) tomaría conocimiento de las demandas de los sectores populares, de sus modos de enunciación, e integraría formas y contenidos en una propuesta de carácter pretendidamente universalizante. Si a través de este “diálogo”, la clase dominante detecta que están surgiendo demandas no integradas hasta ahora en su planteo “universalista”, deberá encontrar la forma de integrarlas, de modo diferencial.⁴³

⁴⁰ FAIRCLOUGH, N., *Discurso e mudança social*, Brasília, Editora Universidade de Brasília, 2001.

⁴¹ Como sabemos, para Voloshinov el lenguaje es intrínsecamente dialógico. Sin embargo, existen discursividades menos dialógicas que otras, y retomando a Fairclough, podemos hablar de discursos monológicos. Sería el que se niega a volverse sobre sí mismo, no incluye el discurso de otros enunciadoreos y tampoco escucha a los otros ni atiende a su recepción.

⁴² LACLAU, E., y MOUFFE C., *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI editores, 1987.

⁴³ Para elaborar una propuesta metodológica que contenga un gradiente entre monologismo y dialogismo, me encuentro trabajando con algunas formulaciones que al respecto realizaron

Además de esbozar estas ideas, Fairclough también retoma de Bajtín el concepto de interdiscursividad, refiriéndolo a la hibridación de géneros discursivos que permitirían, por ejemplo, la penetración del discurso de los negocios en el campo de la educación, como se ve en los análisis del propio Fairclough.⁴⁴

Cabe señalar que Fairclough⁴⁵ y Chouliaraki y Fairclough⁴⁶ hacen un uso muy ecléctico de una gran cantidad de autores (como Foucault, Pêcheux, Habermas y Laclau, entre otros), tomando algunos conceptos de cada uno de ellos, sin que necesariamente trabajen en la necesaria fundamentación y/o en la articulación teórica entre ellos.

Otro analista del discurso que emplea con cierta centralidad el concepto de hegemonía es Teun van Dijk. Su propuesta se distingue por incorporar explícitamente la dimensión mental de la hegemonía.⁴⁷ Para van Dijk,⁴⁸ la plena hegemonía ideológica se da cuando los grupos dominados son incapaces de distinguir entre sus propios intereses y actitudes, y los intereses y actitudes de los grupos dominantes. Ellos consiguen esta hegemonía a través de la transformación de los modelos de contexto que poseen los receptores en sus mentes, logrando la legitimación o la deslegitimación de los enunciadores y de las situaciones comunicacionales. Así, determinadas enunciaciones son interpretadas como descripciones objetivas, y su contenido es percibido directamente como “hechos” en las mentes de los dominados, mientras que otras enunciaciones son percibidas como meras opiniones.

Estos aportes resultan sumamente interesantes para enriquecer una teoría de la hegemonía. Sin embargo, también son visibles ciertas limitaciones en la perspectiva teórica de van Dijk, al menos para hacerla compatible con un enfoque gramsciano (y más aun con uno laclausiano). En primer lugar, la hegemonía no podría sostenerse solo a través de la construcción de una imagen negativa de los dominados, como lo formula este autor (difícilmente se acepte una hegemonía a través de este mecanismo denigratorio). En segundo

Martin y White (2005).

⁴⁴ FAIRCLOUGH, N., “Critical Discourse Analysis and the Marketization of Public Discourse, The Universities”, *Discourse & Society*, Nro. 4, 1993.

⁴⁵ FAIRCLOUGH, N., *Analysing Discourse*, Textual Analysis for Social Research, London, Routledge, 2003.

⁴⁶ CHOULIARAKI, L. y FAIRCLOUGH, N., *Discourse in Late Modernity. Rethinking Critical Discourse Analysis*, Edinburg, Edinburgh University Press, 1999.

⁴⁷ El estudio del plano mental de la hegemonía ha sido escasamente abordado hasta ahora. Al respecto, en el *Cuaderno 24*, Gramsci (1999) realizó una crítica metodológica a la posibilidad de estudiar en forma directa los modos de pensar y las opiniones individuales singulares, que en realidad fue solo una observación metodológica pero que muchas veces fue interpretada como una crítica teórica, yo creo que equivocadamente.

⁴⁸ VAN DIJK T., *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 1999.

lugar, sus elaboraciones tienen como base el postulado de que existe una dicotomía entre la ideología, que sería grupal, y la cultura, que sería nacional y compartida por todos y que, por lo tanto, no formaría parte de la ideología (algo que ninguna de las dos perspectivas sobre la hegemonía podría aceptar). Y, por último, van Dijk otorga un lugar central al concepto de manipulación, lo cual implica distinguir entre un discurso manipulativo y otro no manipulativo, que brindaría, en cambio, información adecuada y realizaría una persuasión legítima. Esto tiene base en las elaboraciones de Habermas y resulta incompatible con la perspectiva de Laclau. Además, existen dificultades prácticas y teóricas para el establecimiento de una línea que divida claramente entre los procedimientos manipulativos (que distorsionarían la comunicación), y los procedimientos emancipatorios, opuestos (que no lo harían). Dificultades que emergen de que no es una mera cuestión de falacias argumentales que sí podrían ser lógicamente determinables.⁴⁹⁵⁰

Para finalizar, hay que señalar que el concepto de hegemonía resulta también clave en la obra de Marc Angenot,⁵¹ quien también retoma a Gramsci y a Voloshinov/Bajtín. Su principal aporte es una perspectiva holística que propone dar cuenta del conjunto del discurso social. Obviamente, no busca reproducir todo lo editado, sino captar los sistemas y las reglas que atraviesan todos los campos discursivos y que constituyen para él la hegemonía. Porque para Angenot, la hegemonía no es igual a la ideología dominante; sino que está conformada esencialmente por reglas que establecen, por ejemplo, qué es lo decible y lo no decible, cómo puede darse cohesión a los discursos, e incluso cuáles son las maneras de conocer y de significar lo conocido.

Estas reglas de la hegemonía funcionan como una dominancia interdiscursiva, que está presente en la multiplicidad de los campos discursivos y que logra que formen un todo orgánico. Las dimensiones que Angenot propone analizar para estudiar la hegemonía discursiva son la lengua legítima, la tónica (que establece qué es lo opinable y lo plausible), los fetiches (“intocables” como la Patria, el Ejército o la Ciencia y también los tabúes), la norma pragmática que define en su centro a un enunciador legítimo, los “problemas”

⁴⁹ FORCHTNER B., “Critique, the discourse-historical approach and the Frankfurt School”, *Critical Discourse Studies*, 2011.

⁵⁰ La base teórica de este enfoque remite directamente a la “Teoría de la Acción Comunicativa” de Habermas que, como lo ha fundamentado Peter Ives (2004a), no resulta compatible con la perspectiva de Gramsci sobre el lenguaje y tampoco con su conceptualización de la hegemonía. No casualmente Habermas no hace uso del concepto de hegemonía. Igualmente, creo que no es tan fácil desechar sin más toda la idea general de la “manipulación”.

⁵¹ ANGENOT, M., *Un état du discours social*, Montréal, éditions Balzac, 1989; *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1998; *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

parcialmente preconstruidos, los dominantes de *pathos* (“temperamentos” y “estados de ánimo” propios de los enunciadores legítimos) y el sistema topológico (que establece una división de las tareas discursivas, determinando campos específicos, con sus géneros y estilos sectoriales).

El principal problema del enfoque de Angenot sobre la hegemonía es que, por momentos, todo el esquema deja poco lugar para la disputa por la hegemonía. Todo pareciera quedar subsumido en el discurso dominante, incluso la trasgresión. Aunque Angenot critica cierta “imagen totalitaria del lenguaje”, y sostiene que la hegemonía está en permanente movimiento, y que deja siempre la posibilidad de que, mediante un trabajo crítico, se logre “dominar la dominación”, la lectura de su obra trasmite otra impresión. El discurso hegemónico aparece con una enorme capacidad para lograr la cooptación de las disidencias y de fragmentar las resistencias. Por lo cual, las verdaderas rupturas heterónomas en relación con el discurso hegemónico se ubican solo en los márgenes (desde donde se hace muy difícil disputar la hegemonía).

Podría aventurar la hipótesis de que el propio enfoque metodológico de Angenot, centrado en realizar un análisis sincrónico, y cierta perspectiva sistémica, un tanto estructural del sistema global (refiriéndose siempre a “un” discurso social, a “la” hegemonía), le generan grandes dificultades para pensar el espacio público más como un campo de disputas *por la* hegemonía, donde los dominados no quedarán siempre en los márgenes, sino que jugarán en el centro de la propia dinámica de la lucha discursiva. Cuestión que considero no menor a la hora de pensar la actual coyuntura latinoamericana.

A lo largo de estas páginas he procurado presentar unas reflexiones preliminares en torno a la posible sistematización de una teoría de la hegemonía. Una sistematización que, como espero haber demostrado, debería combinar aportes teóricos y disciplinares diversos. Pero que, además, tendría que prestar especial atención a los procesos latinoamericanos actuales. En este sentido encuentro sumamente útil pensar el fenómeno de la hegemonía considerando, por un lado, el lugar desde el que se critica o disputa la hegemonía y, por otro lado, conceptualizando la lucha más como contiendas *por la* hegemonía y no centrando la preocupación por encontrar la mejor etiqueta para poder calificar una determinada situación socio-política en términos de *una* hegemonía.

En los procesos de nuestro continente las fuerzas de izquierda o centro-izquierda han sabido, justamente, pasar de la crítica formulada desde los márgenes del sistema político, a la disputa por la hegemonía en el centro del mismo. Incluso en varios casos, los avances más sustantivos en esta disputa se dieron recién cuando estas fuerzas lograron conquistar buena parte del aparato estatal y, desde allí, pudieron lograr que sus enunciaciones alcanzaran una

enorme difusión (aunque siempre en una competencia desigual con los discursos de los medios de comunicación concentrados, quienes se volvieron, en todos los países, los principales contendientes de estas fuerzas políticas).

De más está decir que, debido a las concesiones ideológicas y/o políticas que tuvieron que hacer para arribar a estas victorias, las discursividades moderadas han primado y, para algunos especialistas, se ha limitado tanto la capacidad crítica de estas experiencias que, más que disputar la hegemonía, estas fuerzas se habrían convertido en variantes de la hegemonía neoliberal. Sin embargo, más allá de sus limitaciones, me parece que la crispación política y las importantes intervenciones de la gran burguesía y el imperialismo norteamericano a la hora de las disputas electorales (y no solo en esas coyunturas, como se ve en los constantes intentos desestabilizadores a los que son sometidos los gobiernos democráticos incluso unos pocos meses después de haber asumido) demuestran que hay más cosas en juego que meras variantes de una hegemonía neoliberal.

REFERENCIAS

- ANDERSON, P., *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y Revolución en Occidente*, Barcelona, Editorial Fontamara, 1978.
- ANGENOT, M., *Un état du discours social*, Montréal, Ediciones Balzac, 1989.
- , *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1998.
- , *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.
- BAJTÍN, M., “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1985.
- BALSA, J., “El Estado democrático y la gobernabilidad. Sus efectos en la sociedad y la economía”, en GIRBAL, N., ZARRILLI, A. y BALSA, J., *Estado, Sociedad y Economía en la Argentina, 1930-1997*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2001.
- , “Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía”, *Revista Theomai/Theomai Journal*, 14, segundo semestre de 2006, 2006a.
- , *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense, 1937-1988*, Bernal, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, 2006b.
- , “Las dos lógicas del populismo, su disruptividad y la estrategia socialista”, *Revista de Ciencias Sociales*, Nro.17, Universidad Nacional de Quilmes, 2010.
- , “Aspectos discursivos de la construcción de la hegemonía”, *Identidades*, Nro. 1, Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Patagonia, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, 2011.
- , “Los complejos de cláusulas como herramientas en la lucha por la hegemonía: una aplicación al discurso de Manuel Fresco a los chacareros en la Argentina de 1936”, *Rétor*, 4 (1), 1-19, 2014.
- BONNET, A., *La hegemonía menemista*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

- CHOULIARAKI, L. y FAIRCLOUGH, N., *Discourse in Late Modernity. Rethinking Critical Discourse Analysis*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 1999.
- CRITCHLEY, S., “¿Hay un déficit normativo en la teoría de la hegemonía?”, en CRITCHLEY y MARCHART (Comp.), *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- COUTINHO, C., “O conceito de política nos *Cadernos do cárcere*”, en COUTINHO y de PAULA TEIXEIRA (Comp.), *Ler Gramsci, entender a realidade*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2003.
- ENGELS, F. (1895), “Introducción”, a K. Marx, *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Anteo, 1973.
- FAIRCLOUGH, N., “Critical Discourse Analysis and the Marketization of Public Discourse, The Universities”, *Discourse & Society*, 4, 133-168, 1993.
- , *Discurso e mudança social*, Brasília, Editora Universidade de Brasília, 2001.
- , *Analysing Discourse, Textual Analysis for Social Research*, Londres: Routledge, 2003.
- FONTES, V., *Reflexões Im-pertinentes*, Río de Janeiro, Bom Texto, 2005.
- FORCHTNER, B., “Critique, the discourse-historical approach and the Frankfurt School”, *Critical Discourse Studies*, Nro. 8 (1), 2011, Págs. 1-14.
- FROSINI, F., *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei Quaderni del carcere di Antonio Gramsci*, Roma, Carocci, 2010.
- GLYNOS, J. y HOWARTH, D., *Logics of Critical Explanation in Social and Political Theory*, Oxon, Routledge, 2007.
- GRAMSCI, A., *Cuadernos de la Cárcel*, México, Editorial Era, 1986, tomo 4.
- IVES, P., *Gramsci's Politics of Language*, Toronto, University of Toronto Press, 2004 a.
- , *Language and Hegemony in Gramsci*, Londres, Pluto Press, 2004b.
- JAMESON, F., *Valencias de la dialéctica*, Buenos Aires, Eterna Cadencia edito-
ra, 2013.
- LACLAU, E., “Política de la retórica”, en *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- , *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

- LACLAU, E. y MOUFFE, C., *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI editores, 1987.
- LO PIPARO, F., “The Linguistic Roots of Gramsci’s Non-Marxism”, en IVES, P. y LACORTE, R. *Gramsci, Language, and Translation*, Lanham, Lexington Books, 2010.
- LOSURDO, D., *Democracia ou Bonapartismo. Triunfo e decadência do sufrágio universal*, Río de Janeiro, Editora UFRJ/Editora UNESP, 2004.
- MARTIN, J., “Performing Politics: Class, Ideology and Discourse in Marx’s *Eighteenth Brumaire*”, en Cowling, M. y Martin, J. (Ed.), *Marx’s Eighteenth Brumaire*, Londres, Pluto Press, 2002.
- MARTIN, J. y WHITE, P., *The Language of Evaluation, Appraisal in English*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2005.
- MARX, K. (1850), *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Anteo, 1973.
- MARX, K. (1852), *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1973.
- MODONESSI, M., “Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo”, en MODONESSI, M. (Comp.), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*, México, UNAM, 2013.
- NUN, J., *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1989.
- SALTALAMACCHIA, H., “Historia de vida y reconstrucción articulada: reflexiones teórico-metodológicas a partir de una experiencia de investigación”, en *Círculos de reflexión latinoamericana en Ciencias Sociales. Cuestiones de teoría y método*, Anthropos, 45, 1994.
- SALTALAMACCHIA, H., *Los datos y su creación*, Caguas (Puerto Rico), Kryteria, 1997.
- VAN DIJK, T., *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- VOLOSHINOV, V., (1929), *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1992.

LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA COMUNICACIÓN COMO UNA ECONOMÍA DE LAS PRÁCTICAS

*Santiago Druetta*¹

LA NECESIDAD DE EXPLICITAR

Entre quienes trabajamos en el marco de la Economía Política de la Comunicación (EPC) uno de los principales cuidados consiste en mantener el estado de alerta permanente, frente al predominio de reduccionismos economicistas que ubican al investigador en el ámbito de la economía neoclásica con el individuo como unidad de análisis y el mercado como estructura fundamental.

No creo que sean irrelevantes los esfuerzos de los investigadores enrolados en la Economía Política de la Comunicación por librarse de esta reducción economicista cuya manifestación más dramática fue una forma caricaturesca del pensamiento marxista que reducía el resto de la vida social al orden de lo “superestructural”, omitiéndolo como un simple “reflejo” de la base material y concreta, único objeto de estudio aceptable.

Sin dudas se trata de un estigma del que no sólo la Economía Política, sino todo el pensamiento marxista luchó hasta hace poco, aunque han sido innumerables los trabajos que pensaron y piensan la dimensión simbólica de lo social hasta hacerla incluso su objeto principal.

Recorriendo la mayor parte de las publicaciones que manifiestan su adscripción a la EPC, se observa una minuciosa descripción de hechos y procesos, respecto de las nuevas tecnologías (NTIC's) y su influencia en la producción del discurso social² mercantilizado y la circulación y consumo de la mercancía simbólica. Hay trabajos notables acerca de las estrategias

¹ Profesor Titular de “Economía Política de los Medios” del Instituto de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Villa María. Profesor Titular del “Seminario de Trabajo Final” de la orientación gráfica en la Universidad Nacional de Córdoba. Investigador en las Áreas de Producción y Difusión audiovisual.

² Entiendo por Discurso Social “(...) todo aquello que se dice y se escribe en un estado de sociedad, todo aquello que se imprime, todo lo que se habla y se representa hoy en los medios electrónicos, todo lo que se narra y argumenta, si se plantea que narrar y argumentar son los dos grandes modos de puesta en discurso, aquella totalidad de la producción ideológica-semiótica propia de una sociedad” (ANGENOT, 1989).

empresarias, especialmente a nivel global, y los fenómenos de concentración y convergencia. No faltan referencias a las NTIC's como medios de producción o de control de procesos de producción y circulación de la riqueza y, en los últimos años, ha cobrado especial relevancia el tema de la legislación.

Pero una observación detallada del campo disciplinar invita a profundizar el debate en este sentido, dada la frecuente ausencia de explicitaciones acerca de los supuestos generales que en las investigaciones se asumen al pensar lo social y la comunicación en particular. Algo especialmente relevante cuando se trata de estudiar la producción simbólica como lucha política.

Allí donde creo que la explicitación de los supuestos es más urgente y delicada, parece más esporádica y menos clara aún, naturalizando a menudo una asociación entre el grado de concentración que la empresa mediática alcanza y su poder político, sin profundizar acerca del modo como operan y en qué consisten los procesos de legitimación y reproducción del orden instituido.

Que el investigador explicita esos supuestos de manera sistemática equivale a informarle al lector, pero especialmente recordar a sí mismo, las condiciones de posibilidad y los límites de su mirada. Y, de manera muy especial, significa también recordarnos y recordarse la posición que el investigador asume, como requisito ineludible de reflexividad, único resguardo contra esos supuestos que se imponen toda vez que el estudioso, obnubilado ante un objeto naturalizado y sumergido en el método, pierde de vista el lugar desde donde realiza e interpreta la observación.

Si los recursos conceptuales que se explicitan no exceden al árbol, lo que se oculta entonces es el bosque. O dicho con más rigor y elegancia:

El marco teórico constituye un corpus de conceptos de diferentes niveles de abstracción articulados entre sí que orientan la forma de aprehender la realidad. Incluye supuestos de carácter general acerca del funcionamiento de la sociedad y *la teoría sustantiva o conceptos específicos sobre el tema que se pretende analizar*. En el nivel más general de la teoría encontramos el paradigma. Este constituye un conjunto de conceptos teóricos - metodológicos (...) que determinan el modo de orientarse y mirar la realidad (...) supuestos que orientan la selección misma del problema o fenómeno a investigar, la definición de los objetivos de investigación y la selección de la estrategia metodológica para abordarlos.³

Es aquí, en el orden del paradigma y de la teoría general que asumen los estudios de EPC, donde creo ver un debilitamiento sufrido al correr del tiempo, tanto para poder establecer diferencias con otros enfoques, como para

³ SAUTÚ, R. et al., *Manual de metodología*, Buenos Aires, CLACSO, 2005, Pág. 34.

revisar los supuestos que se movilizan en torno a la economía, la política y la comunicación.⁴

LOS RIESGOS DEL ECONOMICISMO

En el año 2006 la Universidad Complutense editó una serie de artículos elaborados por los más prestigiosos investigadores enrolados en la EPC.⁵ La edición, que pretende exhibir cierto estado de la cuestión, da comienzo con los célebres debates entre Murdock y Smythe a fines de los setenta, para darle después la palabra a las nuevas generaciones. Algunas impresiones parecen incuestionables.

Graham Murdock se bate a duelo con Dallas Smythe y, en ese ir y venir, están en juego cuestiones profundas como la naturaleza del estado capitalista moderno, el papel de la ideología en la reproducción de las relaciones de clase, la posición de los intelectuales, la formación de la conciencia en condiciones de consumo masivo, etc. Debates que ponen en juego al conjunto de las lógicas presentes en la vida social.

Nada se piensa al margen de la forma valor, de las luchas de clases, de la valorización del capital y de la ideología. La teoría marxista y las limitaciones que encuentran en el marxismo europeo contemporáneo nutre el esfuerzo de Smythe que se desvela tratando de articular un pensamiento que no divida lo ideológico y lo material. Murdock le replica que en su análisis no concibe la intervención del Estado; pero para introducir la noción de “Estado” se detiene en las distintas formas que él asume en nuestras sociedades; se indaga en torno a la irrupción del nazismo y el fascismo precisamente donde la revolución parecía inminente. La historia atraviesa cada idea. Smythe analiza la publicidad y el marketing como factores de dominación, con una claridad visionaria.

Pero no importa aquí lo que dicen, ni los aciertos, ni los errores; lo que importa es que están sacudiendo las ramas del materialismo histórico para arrancarle los frutos que no deja caer. La teoría general y el paradigma no sólo se explicitan sino que trabajan hasta la fatiga.

También Cesar Bolaño en un artículo bastante más actual vuelve sobre los pasos de Smythe y, en el debate, hace su aporte proponiendo concebir como mercancías producidas, tanto al producto de los medios como al público que

⁴ Creo que el reclamo sería válido para tantas otras perspectivas que ya academizadas reposan en los buenos supuestos de los padres fundadores sin reproblematicarlos permanentemente y gestando su propio debilitamiento. Si lo señalo exclusivamente para la EPC se debe sólo al interés que moviliza este trabajo.

⁵ *Cuadernos de Información y Comunicación*, Vol. 11, Universidad Complutense de Madrid, 2006.

generan, en los términos que lo planteaba Smythe, pero como una doble producción que hace ya no sólo del trabajo sino también del ocio una mercancía. El valor se torna entonces más complejo.

Después en cambio, la mayoría de los trabajos del volumen –que son los más recientes– muestran una estatura teórica bastante menor y esto es un indicador significativo, tratándose de una compilación que parte de los debates iniciales y se propone rescatar los que hoy atraviesan a la disciplina.

La gran excepción a mi juicio, es el texto de Vincent Mosco que da en el blanco de la cuestión, al señalar que *se necesita dar una definición ontológica y epistemológica desde la EPC*.

Y si dejamos de lado esta compilación, para atender la producción más general de textos que adscriben a la disciplina, vemos a menudo una explicación más escasa todavía de los enfoques conceptuales en juego, donde los análisis van asumiendo cada vez más de manera tácita los supuestos de origen. Incluso, alejándose del objetivo original de dar cuenta de la totalidad de las relaciones sociales, los análisis actuales a menudo van haciéndose más específicos y compartimentados, limitándose al abordaje de la organización del trabajo en la industria cultural (IC), las lógicas empresarias mercantiles y/o las regulaciones estatales, hasta llegar incluso a expresiones teóricamente minimalistas, cediendo a enfoques menos pertinentes a la EPC que a los de la “Economía de los Medios” en la versión neoclásica de la disciplina.⁶

UN GIRO... ¿VINTAGE?

Muchos trabajos realizados desde la disciplina, y muchos debates encarados con otras perspectivas, van dando por evidentes los supuestos ontológicos, epistemológicos y los fundamentos de sus metodologías, hasta el punto de descuidarlos, cuando no omitirlos “por sabidos”. Esto constituye algo más que un “descuido” porque entiendo que una exagerada especialización en los estudios lleva a la disciplina a funcionar en contra de lo que promete en tanto *volvemos al fetiche, si al estudiar la mercancía simbólica olvidamos que, de lo que se trata, es del sistema de relaciones sociales que hacen del sentido una mercancía y que nos inscriben en esta formación social específica*. Y el peligro no es menor, dada la centralidad que en el desarrollo general de la investigación social alcanzó la ciencia económica en su vertiente neoclásica que:

(...) descansa en una abstracción originaria consistente en disociar una categoría particular de prácticas –o una dimensión particular de cualquier práctica– del orden social en el que está inmersa toda

⁶ WASKO, J, “La economía política del cine”, en *Cuadernos de Información y Comunicación* Vol.11, Universidad Complutense de Madrid, 2004.

práctica humana. [Reconocerlo, nos] (...) obliga a pensar cualquier práctica, empezando por aquella que se da, de la manera más evidente y más estricta por económica, como un “hecho social total” en el sentido de Marcel Mauss⁷ (Destacado mío).

En ese sentido entiendo que se orienta el artículo de Vincent Mosco. Desde el corazón de la EPC él nos propone orientarnos hacia un saber que “des-eché la idea, preeminente en algunas teorías, de que todas las explicaciones pueden reducirse a una causa esencial, tal como la economía o la cultura”.⁸ De modo, una Economía Política de la Comunicación sería:

(...) el estudio de las relaciones sociales, particularmente las relaciones de poder, que mutuamente constituyen la producción, distribución y consumo de recursos, incluidos los recursos de la comunicación.⁹

Lo que supondría ubicar a los estudios de la EPC de cara a las relaciones de poder que se establecen a partir de *todos* los recursos en juego. Así, el autor nos “recuerda” que la Economía Política en general y no exclusivamente orientada a la comunicación, se caracterizaría por su interés en:

- Comprender el cambio social y la transformación histórica.
- Examinar la totalidad de las relaciones sociales.
- Los valores que ayudan a crear el comportamiento social.
- El principio de la praxis social o unidad fundamental entre el pensar y el hacer

Destaco que Mosco “nos lo recuerda” porque los objetivos de la Economía Política en sus orígenes (siglos XVIII y XIX) estuvieron siempre ligados a la comprensión de las formaciones sociales y sus transformaciones. Se centraron en la influencia recíproca de lo político y lo económico sin trazar fronteras disciplinarias y donde la omisión de los valores morales era algo impensable.

(...) desde la época de Adam Smith, cuyo interés por entender la vida social no estaba limitado por las fronteras disciplinares que marca la vida académica actual, pasando por Marx y los teóricos contemporáneos institucionales, conservadores y neo-marxianos, la economía política ha aspirado de forma consistente a construir sobre la unidad de lo político y lo económico, al dar cuenta de su influencia mutua y de sus relaciones con esferas de actividad más amplias y simbólicas.¹⁰

⁷ BOURDIEU, P., *Las estructuras sociales de la economía*, Buenos Aires, Manantial, 2001, Pág. 15.

⁸ MOSCO, V., “La Economía Política de la Comunicación: Una actualización diez años después”, en *Cuadernos de Información y comunicación*, Vol VII, Servicio de publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, 2006, Pág. 58.

⁹ *Ibidem*, Pág. 59.

¹⁰ *Ibidem*, Pág. 60.

Atentos a que en su devenir, esta Economía Política fue derivando en la “Ciencia Económica”, acotada a la investigación empírica de los procesos del mercado, Mosco asume la urgencia de definir los principios epistemológicos y ontológicos que dan fundamento a una Economía Política enfocada en la industria cultural. De modo que si la propuesta de Mosco no constituye una novedad para la Economía Política y menos aún un caso único al interior del campo disciplinar, cuando menos reinstaura un debate que seguramente nadie olvida, pero que ha quedado un poco diluido, especialmente creo, en el seno de la producción nacional.

Esa epistemología para Mosco es realista, asumiendo como reales todas las prácticas, incluidas aquellas del orden de las representaciones. Y es crítica, en tanto rechaza el “esencialismo que reduciría todas las prácticas sociales a una única explicación político económica (...) y reconoce las limitaciones de la explicación causal (...). Más bien enfoca la vida social como un conjunto de procesos mutuamente constitutivos”.¹¹

Mosco habla desde Smith y desde Marx y toda esa línea del pensamiento social, al abordar la noción de mercancía y observar la participación de la industria cultural en un proceso de mercantilización creciente de toda la vida social. Pero inmediatamente remite a Giddens, cuando señala la participación de las IC en un proceso de *estructuración*, para postular una concepción relacional y rescatar además la noción de clases sociales, aunque lejos de todo substancialismo y de cualquier monodeterminación.

Es decir que reintroduce en la reflexión sobre Economía Política los principios ontológicos y epistemológicos del paradigma desde donde se trabaja y asume una *teoría general* que...

(...) implica una visión de la sociedad, del lugar que las personas ocupan en ella y de las características que asumen las relaciones entre el todo y las partes [y que] (...) condiciona las preguntas que nos hacemos y el modo en que intentamos responderlas.¹²

Entonces, recién a la luz de una teoría general consistente podremos movernos con relativa calma en las aguas de una *teoría sustantiva*, entendiéndola como un cuerpo de “proposiciones teóricas específicas a la parte de la realidad social que se pretende estudiar”.¹³

Así, cuando la teoría general, en correspondencia con los principios paradigmáticos, define los objetivos que es posible fijarse y el modo de conseguirlos, la metodología deja de ser entendida entonces como un menú de

¹¹ Ibídem, Págs. 65 y 66.

¹² SAUTÚ, R., et al., *Manual de metodología*, Buenos Aires, CLACSO, 2005, Pág. 34.

¹³ SAUTU, R., Ibídem, Pág. 34.

procedimientos “de la ciencia” para ser una estrategia de acción adecuada al objeto, que es decir al enfoque conceptual.

Que la teoría sustantiva “responde” a la teoría general lo dice Mosco de otro modo al afirmar que “Estudiar las instituciones de los medios es importante, pero eso se deriva de un análisis del proceso social”¹⁴.

UNA TEORÍA GENERAL

En mis trabajos he asumido una tradición de pensamiento coincidente con la que nos propone Mosco aunque, menos influenciado por la línea anglosajona que por la francesa, propongo pensar las prácticas sociales desde la perspectiva estructural constructivista que ha desarrollado Pierre Bourdieu. Encuentro allí un punto de partida fuerte para concebir las prácticas propias del espacio de la industria cultural¹⁵ y darnos un método para el abordaje de las particularidades de esa economía, como la de cualquier otra práctica.

OBJETO Y SUJETO

Una teoría general de lo social adecuada para deducir de allí líneas que permitan ir constituyéndose, en tanto teoría sustantiva, como una Economía Política de la Comunicación, debe comenzar dándonos una idea clara del modo de entender el espacio social que, para Bourdieu, debe ser concebido como un topología...

(...) un espacio pluridimensional de posiciones (...) donde los agentes se distribuyen en él, en una primera dimensión, según el volumen global de capital que poseen y, en una segunda, según la composición de su capital (...).¹⁶

Sin omitir que las representaciones que los agentes se hacen de ese mundo social objetivamente estructurado, hacen a la construcción de ciertas visiones de ese mundo y,

¹⁴ MOSCO, V., “La Economía Política de la Comunicación: Una actualización diez años después”, en *Cuadernos de Información y comunicación*, Vol VII, Servicio de publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, 2006, Pág. 66.

¹⁵ En adelante, asumo a la industria cultural como “un conjunto de ramas, segmentos y actividades auxiliares industriales productoras y distribuidoras de mercancías con contenidos simbólicos, concebidos por un trabajo creativo, organizadas por un capital que se valoriza y destinadas finalmente a los mercados de consumo, con una función de reproducción ideológica y social”. ZALLO, R., *Economía de la comunicación y la cultura*, Madrid, Ed Akal, 1988, Pág. 9.

¹⁶ BOURDIEU, P., “Espacio social y génesis de clase”, en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990, Pág. 283.

(...) por lo tanto, a la construcción de ese mundo por medio del *trabajo de representación* que efectúan sin cesar para imponer su propia visión del mundo o la visión de su propia posición en ese mundo, de su identidad social.¹⁷

De modo que lo social es tanto el sistema de relaciones objetivas que los agentes establecen, como las correlativas visiones de mundo, que no deben pensarse solamente como imágenes mentales y mucho menos como “ideas distorsionadas” respecto de una realidad exterior y ajena.

La primera ruptura que Bourdieu nos propone es con la oposición objetivismo/subjetivismo, asumiendo una relación dialéctica entre la *estructura objetiva* definida por las relaciones sociales efectivas y las *representaciones*, no menos objetivas, que los agentes se hacen de ellas y de sí. Así tenemos una epistemología realista, pero muy lejos del realismo ingenuo empirista.

Se trata de asumir lo social como un conjunto de *relaciones* objetivas, que pueden presentarse bajo dos formas distintas, a saber, *hechas cosa* y *hechas cuerpo*.¹⁸ Como un sistema de relaciones que condiciona y define las prácticas de los agentes, pero que es a la vez un resultado de esas prácticas que los agentes llevan a cabo, de manera razonable aunque no necesariamente razonando lo que hacen ni por qué lo hacen. Esto significa el rechazo más contundente tanto a la noción de acción racional, como a la de determinación por la estructura.

Es decir que dar cuenta de las prácticas de los agentes sociales (individuales o colectivos) requiere entender que esas prácticas son el resultado de una dialéctica entre las *estructuras objetivas externas* (lo social hecho cosa) en tanto relaciones de fuerza que actúan por fuera de la voluntad de los agentes y las *estructuras objetivas internalizadas* (lo social hecho cuerpo) en tanto esquemas de percepción y apreciación de la realidad, disposición a actuar de la manera “adecuada a cada circunstancia” por vía de competencias adquiridas de manera prerreflexiva.

Al ser producto y productor del sistema de relaciones objetivas, debemos asumir que este conjunto de disposiciones (*habitus*) no es ni menos objetivo ni menos real que las estructuras externas. Sin embargo, el mero reconocimiento de ambas partes constituyentes de lo social no basta para su estudio si se omite que...

(...) el más temible obstáculo para la construcción de una adecuada ciencia de la práctica reside, indudablemente, en que la solidaridad que liga a los científicos con su ciencia (y con el privilegio social que la hace posible y que ella justifica o procura) les predispone a profesar

¹⁷ BOURDIEU, P., *Ibidem*, Pág. 287.

¹⁸ BOURDIEU, P., *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.

la superioridad de su saber (...) más que a producir un conocimiento científico del modo de conocimiento práctico y de los límites que el conocimiento teórico debe al hecho de que descansa sobre el privilegio. (...) El hecho de proyectar una relación teórica no objetivada en la práctica que se intenta objetivar, está en el origen de un conjunto de errores científicos, ligados todos entre sí.¹⁹

Con esto ya tenemos algunas primeras nociones fuertes para pensar la teoría que ha de dar cuenta de la producción, circulación y consumo de los bienes simbólicos y muy especialmente aquellos elaborados por la industria cultural. Punto de partida para pensar entonces la metodología correspondiente.

Descartemos la reducción del estudio de las prácticas, al de una estructura de constricciones (reconstruida por el estudioso como una totalidad omnipresente, sin tiempo y por lo tanto sin las urgencias cotidianas) a partir de las cuales un agente “debe proceder”.²⁰ Es decir que, descartando el objetivismo, estamos descartando como método la reducción a la sola descripción de las estructuras relacionales construidas lógicamente por el teórico que ignora el principio de producción de las regularidades que registra, reificando sus abstracciones.²¹

Pero descartamos también la otra cara de la moneda que pretende comprender las prácticas por vía exclusiva de la reflexión sobre la experiencia subjetiva. Es decir que descartando el subjetivismo se desecha el proceder de la sociología ingenua que interroga al agente omitiendo todo aquello que el agente ignora acerca de su propio proceder, al tiempo que “universaliza la experiencia que el sujeto del discurso teórico forma de sí mismo en tanto sujeto”.²²

Asumiendo la doble existencia de lo social, empezamos a definir un compromiso metodológico que impone dar cuenta, simultáneamente, del sistema de relaciones (*campo*) que constriñe el accionar del agente (individual o colectivo) y las disposiciones adquiridas por el agente de manera prerreflexiva (*habitus*) -como un sistema no menos real que el precedente- y que reducen el vasto universo de las prácticas estructuralmente posibles a un acotado repertorio de acciones razonables, en el marco de constricciones en que el agente habita y que lo habitan. Se trata de ese “saber hacer”, ese “sentido del juego” o *conocimiento práctico* que lleva al jugador avezado a hacer

¹⁹ BOURDIEU, P., *Ibidem*, Págs. 52 y 53.

²⁰ “La ilusión de autonomía del orden propiamente lingüístico que se afirma en el privilegio otorgado (desde Saussure) a la lógica interna de la lengua en detrimento de las condiciones sociales de su utilización oportuna, inicia la carrera de todas las investigaciones posteriores que actuarán como si el dominio del código bastara para proporcionar el dominio de los usos”. (Bourdieu, 1991, Págs. 58 y 59)

²¹ BOURDIEU, P., *Ibidem*.

²² BOURDIEU, P., *Ibidem*, Pág. 81.

el movimiento oportuno, adecuado, incluso milimétrico, sin otra previsión ni cálculo que el resultante de haberse ejercitado durante años en el juego.

Pero esta perspectiva nos alerta además sobre un indispensable permanente socioanálisis, como vigilancia del lugar propio de quien estudia y las implicaciones que supone ese lugar sobre los objetos que se estudian.

Es tarea del sociólogo –y no del agente– describir el sistema de relaciones que definen los márgenes de posibilidad de unas prácticas temporal, espacial y socialmente situada. Es tarea del sociólogo –y no del agente– comprender el modo en que las condiciones objetivas operan en esa incorporación del mundo social que el agente hace y a partir de la cual hace lo que hace.

Ese es el *sentido objetivo* que el investigador reconoce e imputa a las prácticas del agente y que no coincide necesariamente con el *sentido vivido* por el agente que desarrolla sus prácticas, o se explica (cuando nos explica) las estrategias que pone en juego para vivir su vida.

Estructura de relaciones objetivas (*campo*), disposiciones objetivamente adquiridas (*habitus*) y *tomas de posición* subjetivamente asumidas, constituyen la trilogía de la que debe dar cuenta una investigación de cualquier ámbito de la vida social, que focaliza la estructura, sin reducir por ello la agencia a mero automatismo o producto derivado.

CAMPOS

En su debate con el pensamiento marxista y en especial con la reducción de cualquier fenómeno social a su dimensión económica, Weber plantea una compleja estructuración del sistema social en esferas con legalidades propias y con relaciones conflictivas, tanto hacia el interior de cada una como entre ellas.

Weber no busca en ellas el aporte al equilibrio de la totalidad (propio del funcionalismo) porque para él, la sociedad no es un todo en equilibrio sino un entramado inestable de esferas diferenciadas.

Tampoco postularía una lógica de funcionamiento acorde a los intereses de ciertas clases económicas o grupos políticos dominantes, porque él pone el acento en la autonomía relativa propia del funcionamiento de esos sistemas de relaciones.

Esta conceptualización ha sido central, en la teoría de Bourdieu, para definir la noción de campo entendido como...

(...) una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación actual y potencial en la estructura de la

distribución de las diferentes especies de poder (o de capital) –cuya posesión implica el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo– y, de paso, por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (dominación, subordinación, homología).²³

Concebir el campo de las industrias culturales, el de los medios de difusión, o el de algún otro ámbito social, implica metodológicamente la precaución de buscar en su exterior las fuerzas que regulan sus dinámicas (las determinaciones), aunque no impide atender a todas las influencias externas. De lo que se trata en todo caso es de invertir el proceso, tratando de comprender las posibilidades de intervención de esos “poderes externos”, a partir de lo que les posibilitan e impiden las lógicas internas, es decir, la competencia que allí desarrollan los agentes entre sí, en pos de obtener los mayores beneficios al interior del campo.

Como principio metodológico el concepto de campo impone una disciplina en el establecimiento de las causalidades: antes de irnos demasiado lejos, de buscar la explicación de los fenómenos estudiados en evoluciones sociales generales, hemos de analizar el entramado de relaciones más próximo.²⁴

Quiero subrayar la potencia de esta mirada que, en lo específico de los medios de difusión, pone en tensión la idea de “aparatos ideológicos del Estado” o “voceros de la clase dominante”, orientándonos a priorizar lo que está en juego en su interior y cómo a partir de allí se constituyen en espacios privilegiados de las luchas específicas del campo del poder.

Pero el concepto también nos destaca la frecuente extemporaneidad de muchas tareas (como el reconocimiento de los colectivos de identificación que un texto postula o la descripción de algún rasgo identitario, o el inventario de los accionistas de tal o cual medio de difusión), inútiles por la imposibilidad de imputarle sentido a cualquiera de esos hechos, cuando se los problematiza sin un previo análisis de las luchas específicas al interior de cada espacio y el modo en que ellas se articulan con otras luchas complementarias, que se libran al exterior.

Alicia Gutiérrez, siguiendo a Bourdieu, nos dice que el campo es ese espacio de posiciones que se define por lo que está en juego, es decir un capital específico acumulado en luchas precedentes, cuyo valor es reconocido por los agentes de ese espacio que comparten una creencia y un interés (*illusio*) en la disputa por mantenerlo y reproducirlo. El estado relativo de la

²³ BOURDIEU, P., *Respuestas*, México, Grijalbo, 1995, Pág. 64.

²⁴ MARTIN CRIADO, E., “El concepto de campo como herramienta metodológica”, *Revista española de Investigaciones Sociológicas*, N° 123, Sevilla, España, 2008, Pág. 17.

distribución del capital define el estado de las relaciones de fuerza al interior del campo en cada momento y las posiciones relativas de los agentes, es decir la estructura misma.²⁵

Entre otros aportes, este párrafo introduce claramente la noción de temporalidad para recordarnos que no se conciben aquí estructuras estáticas ya que su transformación o mantenimiento es objeto prioritario de las luchas que se libran en su seno, de modo que junto al carácter *relacional* de esta teoría (no sustancialista) debe agregarse su carácter *histórico*.

Por fin, la posesión y control de ciertos tipos de atributos en similar cantidad y en similar proporción, configura tipos de agentes que ocuparán posiciones más próximas y que, en el sentido lógico del término, se dice entonces que conforman una “clase” cuya existencia no es empírica sino teórica.

Esas clases no existen como grupos movilizados para la acción política por una supuesta comunidad de intereses, pero la noción constituye otra herramienta metodológica fenomenal porque frente a la oposición determinismo/indeterminación, esta mirada postula la existencia de una correlación estadística entre ciertas posiciones en la estructura y ciertas prácticas “más probables” (y no necesarias) que constituirían las correspondientes tomas de posición; es decir, las estrategias más adecuadas para disputar mejores posiciones en el campo o evitar ser desplazados de ellas.

Los atributos que definen las posiciones de los agentes conforman lo que Bourdieu llama “capitales”, en tanto –como el capital económico estudiado por Marx– constituyen un valor que se pone en juego con el objeto de incrementarlo. Pero a diferencia de Marx, que limita la noción de valor al trabajo humano objetivado en la mercancía y su grado de intercambiabilidad, Bourdieu expande esa noción a otros tipos de valores, no necesariamente mercantiles y no necesariamente expresables en términos dinerarios aunque generalmente convertibles.

HABITUS

Pero hablar de la posición que el agente ocupa en el espacio social es hablar de la clase de condiciones en que el agente habita y lo habitan, configurando su manera de ver el mundo, su manera de ser y su manera de hacer.

Se trata del sistema de condiciones que plantean al agente (individual o colectivo) el conjunto de constricciones que tempranamente le enseñan, por vía de la experiencia cotidiana no necesariamente nombrada y siempre incorporada, aquello que él puede o no puede, lo que es razonable hacer,

²⁵ GUTIÉRREZ, A., *Las prácticas sociales. Una introducción a Pierre Bourdieu*, Córdoba, Feireyra, 2005.

desear y esperar. Así, va configurando un sistema de disposiciones durables, que tempranamente definen el conjunto de prácticas “posibles”, excluyendo aquellas que, sin otra prohibición que la temprana constatación de su inconveniencia, quedan fuera del universo de sus posibles; “eso no va con nosotros”, “no es mi estilo”, “no me conviene”.

(...) estructuras características de una serie determinada de condiciones de existencia que, a través de la necesidad económica y social
(...) producen las estructuras del *habitus* que están en el principio de percepción y apreciación de toda experiencia posterior.²⁶

Como se ve, es a partir del *habitus* que pueden comprenderse las relaciones entre unas prácticas y una situación. Situación a la que el agente le imputa un sentido -sentido vivido- con arreglo a las categorías de percepción y apreciación que ha configurado a partir de esa misma situación. De allí que el *habitus* sea definido como una “estructura estructurada estructurante”. Estructurada por las condiciones propias de una posición ocupada en el seno de un sistema de relaciones, él orienta prácticas más probables de los agentes que, por lo tanto, tienden a actuar reproduciendo el sistema de relaciones en que se encuentran, aunque no de manera automática ni inevitable.

Así, el *habitus* es fuente de percepciones, valoraciones y acciones con una libertad tan condicionada que, sin responder jamás a una simple reproducción mecánica, tiene demasiados obstáculos para acceder a una imprevisible novedad.

Es aquí donde debe buscarse el fundamento de la decisión metodológica de empezar el análisis por la construcción de las “clases objetivas” en tanto conjuntos de agentes que compartiendo condiciones relativamente homogéneas, están más probablemente orientados, por unos condicionamientos homogéneos, a compartir sistemas de disposiciones homogéneas capaces de sustentar prácticas también relativamente homogéneas.

Lo dicho entonces puede resumirse afirmando que esta perspectiva parte de la premisa según la cual la posición del agente (históricamente concebida) es la condición de posibilidad para comprender tanto sus prácticas, como los sentidos que a ellas les atribuye. Por lo tanto, describir las posiciones y las relaciones constituye la exigencia metodológica inicial.

Dicho muy sintéticamente este punto de partida teórico define un punto de partida metodológico, que nos lleva entonces a abordar la descripción del campo mediante el reconocimiento de:

- *El volumen de capital* que los agentes poseen o administran.

²⁶ BOURDIEU, P., *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991, Pág. 94.

- *La estructura particular de ese capital* según las distintas subespecies en juego
- *La evolución en el tiempo* de ambas propiedades.

Lo que, permitiendo una visualización de las distancias relativas entre los agentes, facilita la comprensión teórica de cuanto hacen, el sentido de esas prácticas, y permite además reconocer sus probables estrategias y prácticas futuras. Pero también reduce el riesgo de que en sus observaciones, el analista introduzca variables (y relaciones entre variables) naturalizadas en los esquemas de percepción y acción que son propios de la posición del investigador y no de los agentes estudiados.

Más aun, este procedimiento permite poner de relieve el conjunto de las variables (y exige hacerlo) en el marco de sus múltiples y recíprocas determinaciones, evitando de este modo los prejuicios que llevan a creer que, cuanto más frecuente e intensamente aparezcan relacionadas dos variables, más autorizados estaremos a atribuirles una relación de causalidad.

LA INDUSTRIA CULTURAL

Atentos específicamente al caso de la industria cultural, se observa que las estrategias de las distintas clases de agentes no se limitan necesariamente a su reproducción en el propio campo sino que de manera muy frecuente permean los más variados sistemas de relaciones, en sus luchas permanentes por la distribución de poder. Y no se trata sólo de las disputas políticas institucionalizadas en partidos, sindicatos y otras formas de organización sino, en sentido amplio, de toda la...

(...) lucha inseparablemente teórica y práctica por el poder de conservar o transformar el mundo social conservando o transformando las categorías de percepción de ese mundo (...) haciendo el sentido común, el consenso explícito de todo el grupo.²⁷

Observación esta última que pone de manifiesto la enorme complejidad que supone pensar ese espacio de relaciones que referimos como “la industria cultural”, (el reconocimiento de los diversos agentes y sus relaciones constituye ya un problema que excede con creces a este trabajo).

El difícilmente equiparable poder simbólico de este complejo industrial hace de sus miembros verdaderos “acorazados económico-discursivos”, agentes colectivos privilegiados que en su labor cotidiana van definiendo lo que es posible y lo imposible, lo decible y lo indecible, lo genuino y lo falaz.

²⁷ BOURDIEU, P., “Espacio social y génesis de clase”, en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990, Pág. 290.

Siempre bajo las imposiciones que, bajo la forma de estrategias, surgen de la propia posición que ocupan en el campo empresario mundial, como por el que ocupan en el campo profesional los grupos de individuos que, a su interior, están autorizados para erigirse como sujetos de la enunciación o para regularla.

Todo esto, desde luego, gravita en el modo que el resto de los mortales se socializan (ingresan y se mantienen en ese universo de supuestos compartidos llamado cultura), en los modos de asumir sus respectivas posiciones en el espacio social y las estrategias que definen para su reproducción en la dialéctica cotidiana de la adecuación y el cambio, la aceptación y la resistencia.

De modo que, con el riesgo y las limitaciones de cualquier formulación, podríamos decir que desde la mirada que aquí sugerí sobre la EPC –aunque de manera apresurada e imprecisa aun– se recupera la multidimensionalidad de lo social y, sin perder su carácter realista ni renunciar a la objetividad estructural, se incorpora la dialéctica entre estructura y representaciones.

La inmediata consecuencia metodológica entonces será la necesidad inicial de identificar en cada caso los recursos valiosos en el seno de la disputa por las mejores posiciones dentro del espacio relacional, describiendo la trayectoria de los agentes (individuales y colectivos en sus respectivos espacios y subespacios), sus apuestas y la identificación de su evolución en las distintas posiciones y enclasmientos.²⁸

Los recursos económicos en sentido estricto, pero también culturales, sociales y simbólicos nos remitirán a un entramado de disputas siempre complejo para dilucidar y que probablemente exija observar la complementariedad entre estrategias que se desarrollan en distintos campos (económico, intelectual, político, religioso, etc.). Aunque el costo de la tarea sea alto, el beneficio es enorme al permitirnos poner distancia de cualquier monocausalidad y de las “determinaciones externas”, pasando así de un economicismo reduccionista a una “economía de las prácticas”.

Por este camino iremos tratando de ver, siempre con mucha dificultad, la totalidad de las variables en juego y sus correlaciones para interpretar los *sentidos objetivos*, es decir, comprender las estrategias más probables según los recursos disponibles para cada posición en cada uno de los campos identificados. Entonces recién estaremos en condiciones de empezar a interrogar a los agentes para interpretar sin ingenuidad los *sentidos vividos* que nos manifiestan y darnos una interpretación que jamás está acabada ni tiene garantías,

²⁸ Si bien la noción de *enclasmiento* aparece con frecuencia en la obra de Pierre Bourdieu, posiblemente la obra *La Distinción* constituya una de las fuentes más ricas para la reflexión sobre este concepto.

pero sí al menos una mayor probabilidad de encontrarse a buen resguardo de los supuestos no reflexionados que trae consigo el investigador.

Sin recursos teóricos fuertes sobre ese sistema conceptual que liga a la economía, el poder, el discurso, las representaciones sociales, la conciencia y lo inconsciente (entre otras minucias) no hay Economía Política de la Comunicación y la Cultura.

Por el contrario, una disciplina potente que intente dar cabida a todas estas dimensiones, será una especie de “laboratorio” donde revisar de manera sistemática todos esos conceptos y todos los supuestos fortaleciendo a la teoría social que le da vida. Olvidarlo es languidecer en descripciones sesgadas de un investigador ignorante de que su mangrullo sólo aporta un punto de vista acotado de la inasible realidad.

REFERENCIAS

- ANGENOT, M., “El discurso social: problemática de conjunto”, en *Un état du discours social*, Montreal, Le preambule, 1989.
- BACHELARD, G., *La formación del espíritu científico*, México, Ed. Siglo XXI, 1997.
- BARANGER, D., *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*, Buenos Aires, 1994.
- BECERRA, M. y MASTRINI, G., “Senderos de la economía de la comunicación: un enfoque latinoamericano”, en *Cuadernos de Información y Comunicación Vol. 11 - 2006*, Universidad Complutense de Madrid; 2006, Págs.111-128.
- BOLAÑO, C, (s/d) “Tapando el agujero negro. Para una Crítica de la Economía Política de la Comunicación”, en *Cuadernos de Información y comunicación*, 2006, Vol VII, Servicio de publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid; Pág. 47-56.
- , “La problemática de la convergencia informática-telecomunicaciones-audiovisual: un abordaje marxista”, en MASTRINI y BOLAÑO (Editores) *Globalización y monopolios en la comunicación en América Latina*, Buenos Aires, Ed. Biblos, 1999, Pág. 29-47.
- BOURDIEU, P., “El mercado de los bienes simbólicos”, en *Creencia artística y bienes simbólicos* (2003), Buenos Aires, Ed. Aurelia Rivera, 1971, Pág. 85-154.
- , “La construcción de la creencia. Contribución a una economía de los bienes simbólicos”, en *Creencia artística y bienes simbólicos*, Buenos Aires, Ed. Aurelia Rivera, 1977.
- , “Espacio social y génesis de clase”, en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.
- , *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.

- , *Respuestas*, México, Grijalbo, 1995.
- , *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, España, Taurus, 1998.
- , *Las estructuras sociales de la economía*, Buenos Aires, Ed. Manantial, 2001.
- , et al. *El oficio de sociólogo. Supuestos epistemológicos*, Buenos Aires, Ed Siglo XXI, 2002.
- , “Capital Simbólico y clases sociales”, en *Campo del poder y reproducción social. Elementos para un análisis de las dinámicas de las clases*, Córdoba, Ferreira Editor, 1978.
- BRAUMANN, P., “Tecnología, economía y globalización”, en Mastrini y Bolaño (Editores). *Globalización y monopolios en la comunicación en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1999, pp. 93,103
- CORSANI, A., “Hacia una renovación de la economía política. Antiguos conceptos e innovación teórica”, en *Multitudes. Revue politique, artistique, philosophique* N° 2 Mayo de 2000. Dirección URL: <http://multitudes.sami-zdat.net/Vers-un-renouveau-de-l-economie> recuperado el 10/12/2009.
- DE MORAES, D., *A lógica do midia no sistema de poder mundial* en *Revista Eptic* Vol. VI, N° 2, Mayo-Agosto, 2004, Pág.16-36. Dirección URL: www.Eptic.com.br
- DRUETTA, S., “La fábrica de consensos”, 2007. Dirección url: <http://www.prealas.fsoc.uba.ar/pdf/prealas-2007/foros/foro-2/eje3-violencia-y-control/druetta.pdf>
- , “La increíble y triste historia de la Economía Política y una academia desalmada”, 2009. Dirección URL: http://www.redcomunicacion.org/memorias/p_jornadas_p.php?id=995&idj=10
- GETINO, O., “Las industrias culturales como concepto”, en *Observatorio. Industrias Culturales de la Ciudad de Buenos Aires*, N° 3, 2005, Pág. 33-39.
- GUTIÉRREZ, A., *Las prácticas sociales. Una introducción a Pierre Bourdieu*, Córdoba Ferreyra editor, 2005.
- MARTÍN CRIADO, E., “El concepto de campo como herramienta metodológica”, Separata de la *Revista española de Investigaciones Sociológicas*, N° 123, Sevilla, España, 2008.

- MOSCO, V., “La Economía Política de la Comunicación: Una actualización diez años después”, en *Cuadernos de Información y comunicación*, Vol VII, Servicio de publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, 2006, Pág. 57-79.
- MURDOCK, G, “Los agujeros negros del marxismo accidental”, en *Cuadernos de Información y comunicación* (2006), Vol VII, Servicio de publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, 1978, Pág. 11-22.
- SÁNCHEZ RUIZ, E., (2002), *La investigación latinoamericana de la comunicación y su entorno social: notas para una agenda*. Dirección URL: www.alaic.net/santa-cruz/enrique-sanchez.pdf. Fecha de búsqueda: 14/07/09
- SAUTÚ, R., et al., *Manual de metodología*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.
- SMYTHE, D., “Réplica a Graham Murdock”, en *Cuadernos de Información y comunicación* (2006), Vol VII, Servicio de publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, 1978, Pág. 23- 30.
- WASKO, J, “La economía política del cine”, en *Cuadernos de Información y Comunicación*, Vol. 11, Universidad Complutense de Madrid, 2004, Pág. 95-110.
- ZALLO, R, *Economía de la comunicación y la cultura*, Madrid, Ed Akal, 1988.

HEGEMONÍAS, ANTAGONISMOS Y TRANSFORMACIONES IDENTITARIAS

APORTES DEL ANÁLISIS POLÍTICO DEL DISCURSO PARA EL ESTUDIO DEL ESPACIO EDUCATIVO-CULTURAL EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

*Juliana Enrico*¹

Atravesado por las formas filosóficas del “pensamiento” de la deconstrucción, el horizonte teórico del Análisis Político del Discurso (APD)² instituye un nuevo campo epistémico en las investigaciones sobre el espacio social³ desde el último tercio del siglo xx.

¹ Doctora en Ciencias de la Educación por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con sede en el Centro de Estudios Avanzados (UNC). Líneas de investigación: Análisis Político del Discurso; semiología postestructuralista y trans-lingüística barthesiana; Historia de la Educación; Atravesamientos de la comunicación, la educación y la cultura desde una mirada historiográfica transdisciplinaria.

² Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, los principales exponentes de la llamada “Escuela de Essex”, Inglaterra, han diseminado esta mirada en diferentes centros académicos del mundo. En particular, en este caso nos referiremos al recorrido que he realizado como estudiante de sus primeros seminarios posteriores a la publicación de “Hegemonía y estrategia socialista” (realizados a mediados de los años '90 del siglo xx en la UNER, UBA, etc. en el marco de los estudios del equipo APPEAL y del Programa de Historia de la Educación en la Argentina dirigido por Adriana Puiggrós a nivel nacional); y posteriormente al trabajar como investigadora la línea teórica del APD en diferentes espacios académicos dirigidos por investigadores que han participado en estos programas o en el de Essex: con Silvia Roitenburd en el CIFYH y en el CEA de la UNC, incorporando la mirada “histórica”; con Rosa Nidia Buenfil Burgos en el DIE Cinvestav, México, incorporando la mirada “educativa”; y en el grupo “Giros teóricos” (integrado por investigadores de Argentina y de México, entre otros países de Latinoamérica), siguiendo distintas apropiaciones o acercamientos al APD (y recientes discusiones realizadas en 2013 en el evento de celebración de los x años del Programa de Análisis Político del Discurso e Investigación -PAPDI- dirigido por Buenfil Burgos en el DIE y en la FFYL de la UNAM, el cual integro como investigadora permanente) en Buenfil Burgos, De Alba, Martínez de la Escalera, Remedi, Gómez Sollano, Giménez, Carbajal Romero, Cabrera Hernández, en México; Southwell, Carli, Arfuch, Rodríguez, Roitenburd, Abratte, Barros, Da Porta, Saur, en la Argentina, entre otros.

³ El horizonte teórico introducido por Laclau y Mouffe en el espacio del Center for Theoretical Studies de la Universidad de Essex (Inglaterra), articula, en torno de una posición filosófica antiesencialista y antifundacionalista (Heidegger, Wittgenstein, Derrida), elementos

Su relectura transdisciplinaria de las principales herencias intelectuales de la modernidad (la fenomenología, el marxismo, la lingüística estructural) desde una mirada postfundacional y antisustancialista, cuestiona toda positividad y empiricidad al postular la configuración hegemónico-discursiva (es decir, política) de las identidades sociales, de la historia y del sujeto.

En tal sentido, este espacio abre el análisis de las formas en que la historia llega a “objetivarse” frente a irreductibles antagonismos que irrumpen en las “verdades” del texto social amenazando su estabilidad y su permanencia, transformando los relatos del pasado, del presente y del futuro, del centro y del margen, al repensar las propias tramas relacionales de cada proceso identitario.

PENSAR TRANS-DISCIPLINARIAMENTE

La perspectiva del APD reinscribe y actualiza una diversidad de límites teóricos al pensar deconstructivamente las herencias de las principales corrientes intelectuales del siglo XX, y en tal sentido realizaremos un recorrido breve sobre sus aportes más significativos en el campo de las ciencias sociales.

Analizaremos en esta oportunidad uno de sus principales aportes epistemológicos que se sitúa no tanto en el estudio de las articulaciones de la identidad, surgidas de equivalencias o diferencias significantes en torno de determinados valores discursivos hegemónicos, sino en el abordaje de antagonismos, aporías, indecibles, intransmisibles, intraducibles, puntos de fuga, vacíos, formas malditas o anamorfosis constitutivas de toda realidad identitaria (es decir: de todo aquello que no se deja apropiar o articular en el espacio simbólico y que sin embargo configura las identidades y el sentido, en relación de exterioridad constitutiva respecto de toda práctica o identidad hegemónica).⁴

Este tipo de teorización sostiene, en definitiva, que “no hay fundamento racional de la Historia”,⁵ y por tanto no hay fundamento racional del sujeto; hay en todo caso “racionalidades” o “relatos” que son producto de específicas

conceptuales de la teoría política postmarxista y de la historia social (Gramsci, Laclau), del psicoanálisis lacaniano en un sentido conceptual-analítico (Lacan, Žižek, Kristeva), y de la lingüística y los estudios semiológicos postestructuralistas (Foucault, Barthes, Deleuze, Derrida), además de herramientas analíticas diversas, para abordar los discursos sociales -cuyas lógicas articulatorias son desbordadas o subvertidas por la negatividad constitutiva de los antagonismos que amenazan toda estabilidad identitaria hegemónica-

⁴ Ver estos desarrollos en Enrico (2013).

⁵ LACLAU, E., “Política y los límites de la modernidad”, en LACLAU, E., MOUFFE, CH. TORFING, J., ŽIŽEK, S., (Buenfil Burgos, R. N. Coord), *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad*, México, Plaza y Valdés, 2004, Pág. 69.

y concretas luchas y construcciones pragmático-hegemónicas en el marco de determinadas realidades históricas.

En expresiones de Ranciére,⁶ este tipo de vinculaciones supone una determinada “poética del saber” que articula no solamente una cientificidad a la historia (no poniendo en crisis necesariamente el valor documental y la certidumbre de referentes, documentos y fuentes preconizados por “la vieja escuela”) sino las arquitecturas o los modos en que unos u otros registros históricos ven la luz y consagran una verdad. De tal modo, tal como lo piensa la *new history* al imbricar el tiempo histórico y el tiempo narrado en la búsqueda de una infinidad de acontecimientos inadvertidos o desconocidos, “(...) la historia no podía llevar a cabo una revolución que fuera verdaderamente propia, sino jugando con la ambivalencia de su nombre, rechazando, en la práctica de la lengua, la oposición de la ciencia y la literatura (...)”;⁷ anclando en un mismo discurso la asertividad de (1) un contrato científico, (2) un contrato narrativo y (3) un contrato político: “tarea imposible” propia de la historicidad de la época moderna (la era de las grandes masas, de la democracia, de las multitudes y de la igualdad).

El análisis laclauiano del espacio social desde la teoría de la hegemonía se basa en que todo campo político-discursivo se estructura a través de un doble proceso en el cual la dimensión de vacío (o la falta constitutiva) debilita la particularidad de un significante concreto, pero a su vez la particularidad reacciona al brindar a la universalidad, de modo vicario, un cuerpo que la encarna.⁸ Por tanto, esta vacuidad o dimensión de vacío que permanece imposibilitando la totalidad de la identidad, actúa de modo fantasmal al amenazar desde diferentes instancias y voces la permanencia y la pervivencia de un cierto sentido que las identidades hegemónicas hacen presente y legible.

Es decir que cuanto más lleno de sentido (o de contenidos positivos) esté de modo provisorio un significante amo, cubriendo temporalidades largas y espacios ubicuos, más eficaz será su capacidad articularia en el contexto de un proyecto político determinado; pero, por otro lado, cuanto más crezcan el vaciamiento y las posibilidades de desplazamiento de los significantes nodales en un contexto conflictivo amenazado por diferentes formas identitarias, se volverá más fantasmal la articulación, proliferarán las diferencias, y será más abismal y frágil, por tanto, el espacio discursivo (al debilitarse las encarnaciones o cristalizaciones del sentido en cuerpos concretos, creciendo por ende la fragilidad o vulnerabilidad de los sujetos en sus identificaciones, sus

⁶ RANCIÉRE, J., *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.

⁷ RANCIÉRE, J., *Ibidem*, Pág. 16.

⁸ LACLAU, E., *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, FCE, 2002.

lazos, sus horizontes de futuro). Este tipo de dispersión e indeterminación es propio de los momentos de transformación del propio horizonte histórico-cultural, que coincide con la expansión imaginaria y el desplazamiento de los sentidos centrales de una época.

El espacio educativo y el espacio escolar⁹ han sufrido en las últimas décadas este vaciamiento o dispersión respecto de sus articulaciones más estables o canónicas desde la modernidad,¹⁰ o bien el crecimiento de la dimensión de vacío simbólico que obtura o clausura la posibilidad de relaciones simbolizables (sea mediante vínculos psíquicos y sociales, tanto lógicos como socio-afectivos o cognitivos). Muestra de ello es la difícil elaboración de situaciones de degradación y violencia cada vez más presentes entre las lógicas de convivencia y de transmisión educativa, lo cual pone en crisis la herencia cultural y al lenguaje mismo como forma de vida.

Desde este tipo de experiencias de ruptura o apertura de los símbolos que unen a una comunidad, tratamos de pensar la constitución de nuevas estructuraciones sociales y de nuevas subjetividades históricas.

EL GESTO DE LA APORÍA: UNA PREGUNTA POR LOS LÍMITES DE LA IDENTIDAD

La imposibilidad final de lo social en el abismo del lenguaje atraviesa, como rasgo fundante que introduce una hiancia entre lo universal y lo individual, las condiciones de posibilidad y de inteligibilidad de los discursos sociales –interrumpiendo toda temporalidad o toda presencia en tanto plenitud cognoscible, estable o permanente–. Es decir que, más allá de la estructurancia propia de los grandes sistemas que organizan y significan centralmente la vida de los hombres en comunidad (la lengua, la sociedad, la economía, la cultura, la educación) ninguna identidad, y ninguna sistematicidad en sí misma, es un a priori histórico o una positividad que pudiera pensarse o definirse como una instancia previa u original respecto de sus relaciones con las exterioridades que la delimitan y por tanto le otorgan sentido.

Nuestras preguntas centrales se relacionan, desde esta lectura, con al menos dos espacios de análisis siempre convivientes: el de las perspectivas teóricas transdisciplinarias que repiensen contemporáneamente el campo de las

⁹ Sobre la crisis de la forma educativa-escolar, ver en especial Southwell (2012); Baquero, Frigerio y Diker (Comps., 2008); Frigerio y Diker (Comps., 2010); Skliar (2002); Gentili en Frigerio y Diker (2012).

¹⁰ Analizamos transformaciones educativo-culturales históricas desde la matriz moderna hasta la actualidad, particularmente en la reciente reforma educativa argentina de inicios del siglo XXI, en el marco de una investigación de CONICET con sede en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

ciencias sociales desde la segunda mitad del siglo xx, y el de las transformaciones culturales e históricas en las que se inscriben estas reflexiones teóricas; siendo ambas instancias epistémicamente inescindibles, por supuesto, en el marco de la temporalidad del espacio discursivo.

Para abordar las problematizaciones que introduce y permite pensar el APD en torno de diferentes objetos de investigación,¹¹ nos referiremos entonces a las herencias epistemológicas que dan cuerpo a esta mirada en su especificidad, atravesada por el giro lingüístico que eclipsa todo el pensamiento filosófico del siglo xx hasta el presente.

En principio: la inspiración de las tesis del psicoanálisis para pensar la noción de sujeto, y en particular al “retorno a Freud” que realiza Lacan, fundamentalmente a partir de la demostración freudiana (“escandalosa” para su época) de que el inconsciente, al estar estructurado como un lenguaje, responde a su propia gramática y a su propia lógica, es decir, “habla y piensa” tanto como el sujeto racional.¹²

Ésta es una de las claves por las cuales Freud, junto con Nietzsche y con Marx, son considerados los fundadores de la discursividad moderna¹³ al establecer las rupturas epistemológicas que desde el espacio del lenguaje provocan el desplazamiento de toda noción universal sobre el conocimiento (las “heridas narcisistas” al pensamiento occidental) introduciendo un elemento de radical desconocimiento –de orden fantasmal, imaginario o simbólico,

¹¹ Desde esta mirada incorporamos los aportes conceptuales y metodológicos provenientes de diferentes enfoques en el campo de los estudios historiográficos (Foucault, Chartier, De Certeau, Ginsburg, Rancière); de los estudios culturales y de la pedagogía crítica (Williams, Hall, Giroux); de los estudios culturales post-coloniales (Bhabha, Spivak, Said) y decoloniales latinoamericanos (Dussel, Quijano, Mignolo); de la primera generación de la Escuela de Frankfurt (Benjamin, Adorno, Horkheimer); y los estudios latinoamericanos de la comunicación (Barbero, Mier, Schmucler), con énfasis en los aportes específicos del campo de la historia de la educación y de la teoría de la hegemonía (Williams, Gramsci, Laclau) en relación con el análisis de las articulaciones políticas a partir de las cuales se configuran los procesos históricos, las culturas y las identidades sociales. Las problematizaciones que pretendemos realizar se inscriben en estos abordajes críticos (e.g. el pensamiento negativo frankfurtiano; las pedagogías de frontera) que sostienen la existencia de un “abismo” constitutivo de las relaciones identitarias, y una deriva de las subjetivaciones en las que permanece una diferencia insimbolizable o una negatividad radical que imposibilita toda plenitud (supuesto que permite pensar la transformación del espacio social y de los sujetos históricos, en términos de la ontología que postulan Laclau y Mouffe, entre otros autores). Creemos que este horizonte introduce distintas visiones trans-disciplinarias cruciales para deconstruir los documentos y memorias culturales, sus relatos, legitimaciones, exclusiones, apropiaciones y usos, y por tanto sus efectos en la historia y en las culturas.

¹² ŽIŽEK, S., *Cómo leer a Lacan*, Buenos Aires, Paidós, 2008.

¹³ FOUCAULT, M., *Nietzsche, Freud, Marx*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1995; KRISTEVA, J., *Semiótica I y II*, Madrid, Fundamentos, 1981.

que imposibilita la identidad en tanto plenitud— ante la sospecha de un “desbordamiento” del lenguaje respecto de toda instancia objetiva, subjetiva o social: una “apertura irreductible” que debe ser abordada (al precio de la pérdida del propio sujeto racional) mediante diferentes hermenéuticas y políticas de la interpretación (no siendo reductible al logos).

Desde tal mirada intentamos pensar lo imposible y lo indecible como la forma misma de todo objeto histórico-social, contra todo pensamiento que afirma su positividad como esencia, fenómeno o trascendencia (postura radicalizada incluso por el estructuralismo). Estos mismos postulados han sido pensados de forma transdisciplinaria en el campo de las ciencias sociales a lo largo de todo el siglo xx, siendo profundizados desde el espacio del postestructuralismo lingüístico y desde el pensamiento de la deconstrucción (a partir de las herencias históricas de los intertextos filosóficos, sociológicos, psicológicos y lingüísticos fundamentalmente presentes en la lingüística estructural saussureana, es decir, en el programa de la semiología moderna).

Introduciendo la problemática psicoanalítica de la falta o el pensamiento de la negatividad en su teoría del espacio social, y retomando los aportes saussureanos en una lectura genealógica de la diferencia y la arbitrariedad en tanto forma, el APD afirma los postulados postfundacionalistas, postpositivistas y antisustancialistas que caracterizan contemporáneamente al postmarxismo, en diálogo con el postestructuralismo y la deconstrucción derrideana.

El acceso metodológico a la “otra escena” en el análisis discursivo (sobre todo mediante la concepción lacaniana del lenguaje y del sujeto), habilita justamente un espectro de nuevas interrogaciones y problemas que creemos necesario incorporar a nuestra lectura de todo texto cultural en la huella misma de su diferencialidad, o más bien en el vacío que suponen la presencia o lo presente en tanto espaciamiento que hace posible el advenimiento del sentido, en términos derrideanos.

Derrida¹⁴ conceptualiza la dimensión de “lo imposible” de la identidad como un gesto de resguardo contra toda literalidad y contra toda intención interpretativa totalizante (y esta misma imposibilidad aparece en tanto huella de una *différance*, aplazamiento o diferimiento del sentido en el tiempo y en el espacio, huella del pasado y del futuro que ha de advenir), no pudiendo ser pensada como un absoluto sino como una instancia incognoscible en relación con las lógicas del nivel psíquico consciente, siendo que su naturaleza es la de un lenguaje intraducible en términos de una ontología de la conciencia

¹⁴ DERRIDA, J., *Dar (el) tiempo*, Barcelona, Paidós, 1995; *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones, 1997.

a la que no pueden reducirse los discursos sociales (no siendo éste un problema de interpretación sino la condición misma de todo discurso).

Estas miradas teóricas y filosóficas, repensadas desde el horizonte epistémico del APD, abren una nueva ontología de lo social, inaugurando un nuevo campo de problematizaciones ante dimensiones del sentido que no pueden ser reducidas a prácticas comunicantes en relación con un plano de total inteligibilidad. Privilegian, por el contrario, una cierta dimensión de lo intraducible e incommunicable, pero no obstante transmisible en cuanto a sus efectos y afectos transferenciales al nivel de las relaciones subjetivas, sociales, culturales e históricas; permaneciendo la diferencia en la irreductibilidad de los textos de la cultura, pero produciendo sus efectos, identidades, prácticas y memorias, al atravesar pragmáticamente las tramas de una multiplicidad de discursos en el espacio de las densas relacionalidades del mundo social: performando vínculos y cuerpos y transformando la realidad.

A partir de tales concepciones interrogamos, entonces, los aportes postestructuralistas que, desde este cruce teórico-metodológico que se enfrenta a un vacío y al abismo de lo real poniendo en crisis los postulados del pensamiento de la modernidad, nos permite abordar tanto la fragilidad como la posibilidad de transformación política de lo social (y por ende de la subjetividad) desde una lectura del margen que difiere todo origen, toda presencia plena y toda permanencia de la identidad y del sentido, estallando los límites y símbolos de las derivas del conocimiento humano al postular el conflicto y la imposibilidad de transparencia en la configuración y comprensión del mundo.

LAS HERENCIAS TEÓRICO-POLÍTICAS DEL POSTMARXISMO

La perspectiva teórica del APD, de matriz gramsciana, se centra en la noción de hegemonía en su estudio de la constitución de las subjetividades sociales y políticas, posteriormente a las discusiones marxistas clásicas del siglo xx que mostraban una clausura de este campo intelectual.¹⁵

En tal contexto, el aporte de Laclau y Mouffe desde una mirada postmarxista impacta sustancialmente en el espacio de las ciencias sociales en cuanto al modo de pensar, deconstructivamente, esta heredad. La noción de lo social concebido como espacio discursivo resulta central para analizar el modo de relacionalidad implicado en una práctica hegemónica en que un

¹⁵ Laclau analiza que, posteriormente al epicentro del althusserismo y al interés epocal por los aportes gramscianos y por los teóricos de Frankfurt, se percibía un “hiato creciente” entre las realidades del capitalismo contemporáneo y lo que el marxismo podía subsumir bajo sus propias categorías de análisis (Laclau y Mouffe, 1987), volviendo las lecturas u ortodoxas y deterministas o insuficientes para abarcar determinados campos de problemas.

particular adquiere discursivamente un lugar central en un momento determinado, invistiéndose como universal que representa particularidades diferenciales, pero permaneciendo la totalidad como inconmensurable respecto de esa relación, como lo mencionamos al inicio. Una comunidad política se caracteriza por alcanzar este tipo de “universalidad hegemónica”, postulada a partir de la imposibilidad óptica (concreta) de su plenitud. Respecto de este tipo de articulaciones hegemónico-discursivas, sostiene Laclau:

He definido a la hegemonía como una relación por la cual una cierta particularidad pasa a ser el nombre de una universalidad que le es totalmente inconmensurable. De modo que lo universal, careciendo de todo medio de representación directa, obtendría solamente una presencia vicaria a través de los medios distorsionados de su investimento en una cierta particularidad.¹⁶

A su vez, la categoría de discurso se inscribe en una tradición que toma como referentes a las tres principales corrientes intelectuales del siglo xx: la filosofía analítica, la fenomenología y el estructuralismo; siendo fundamentalmente el postestructuralismo su principal fuente teórica (y, dentro del postestructuralismo, el pensamiento de la deconstrucción y la teoría laciana¹⁷) en el campo de las reflexiones sobre lo político, el sujeto, lo indecible.

En relación a los aportes de la filosofía analítica, la fenomenología y el estructuralismo, Laclau y Mouffe mencionan que en las tres corrientes el siglo xx comenzó con una “ilusión de inmediatez” (o de un acceso no mediado discursivamente respecto del conocimiento de las cosas, encarnadas por el referente, el fenómeno y el signo, respectivamente).

En las tres, sin embargo, esta ilusión de inmediatez se disuelve, en un cierto punto, y debe ser reemplazada por una u otra forma de mediación discursiva. Esto es lo que ocurre en la filosofía analítica en la obra del último Wittgenstein, en la fenomenología con la analítica existencial de Heidegger, y en el estructuralismo con la crítica postestructuralista del signo (...).¹⁸

¹⁶ Expresiones de Laclau en la entrevista denominada “Ideología que enciende el debate”, en la que se comentan sus principales publicaciones de los últimos años bajo el sello Fondo de Cultura Económica (en este caso, *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*) con motivo de la reciente muerte del autor. Diario Perfil, Argentina, 20 de abril de 2014.

¹⁷ Žižek plantea una controversia, respecto de “por qué Lacan no puede ser considerado postestructuralista”, en relación con su argumento o matema de que “no existe metalenguaje”; del mismo modo en que Foucault se niega a ser considerado “postestructuralista”, reconociéndose más precisamente como “postpositivista” (Foucault, 1996). En ambos casos, nos referimos al momento de emergencia histórica del postestructuralismo, en tanto clima de época, más que a sus postulados teórico-conceptuales precisos.

¹⁸ LACLAU, E. y MOUFFE, CH., *Hegemonía y estrategia socialista*, España, Siglo XXI, 1987, Pág. 11.

Contrariamente a la centralidad de las determinaciones esencialistas o estructurales en la configuración de lo social, el APD considera la importancia central de los indecibles¹⁹ en el espacio teórico y social de la hegemonía; siendo la hegemonía la forma en que un campo discursivo organiza sus articulaciones identitarias (a partir de in-determinadas relaciones políticas que enfrentan un inerradicable antagonismo, poniendo límites al sentido y al orden del mundo).

Cuestionando las posiciones inmanentistas o sustancialistas que sostienen la posibilidad de una percepción pasiva de la materia por parte de un ente o certeza sensible, o contra las posiciones constructivistas trascendentales que afirman que la forma es el resultado de una conciencia absoluta (lo real como conceptual o ideal, *inter alia*), se trata, por el contrario –según lo analiza Torfing– de la asunción, desde este horizonte teórico, de un “debilitamiento sistemático de la forma como forma de una presencia plena”.²⁰

Como lo afirma Derrida,²¹ la *différance* indaga en el espacio del margen al interrogar los límites de la filosofía, no teniendo el sentido de un concepto, o bien, teniendo cierta conceptualidad “fuera de sí”, “exacerbada” contra el tímpano, que franquea el margen y se vuelve inaudible. No tiene la forma del concepto hegeliano que “sale de sí mismo en sí mismo”. La acción disruptiva de la *différance* no puede ser resumida a tesis filosóficas, en tanto al “perforar” reinscribe y disemina el orden mismo de lo teórico, de lo conceptual, de lo semántico.

Intentamos, desde estas lecturas, repensar la forma en que consiste (o más precisamente “insiste”) esta “negatividad”, lo “pensable pero imposible”²² de la diferencia, su desbordamiento, en el contexto de una reflexión sobre lo real lacaniano y el antagonismo laclauiano, nociones que hacen posible toda identidad como “cierto inteligible” o cierta realidad al establecer los límites discursivos de lo social, contra toda noción de absoluto, presencia en plenitud, esencia u origen.

Así, el límite o el antagonismo, en tanto exterior constitutivo, huella de una ausencia (o imposibilidad final de re-presentación) hacen posibles y pensables las derivas de la identidad. Y por eso es fundamental el estudio del carácter figural o tropológico (sobre todo metonímico y metafórico) de

¹⁹ DERRIDA, J., *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Antrophos, 1989; BARTHES, R., *S/Z*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.

²⁰ LACLAU, E. y MOUFFE, CH., *Hegemonía y estrategia socialista*, España, Siglo XXI, 1987; ŽIŽEK, S., *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI, 2009.

²¹ DERRIDA, J., *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones, 1997.

²² DERRIDA, J., *Dar (el) tiempo*, Barcelona, Paidós, 1995.

las relaciones políticas, en torno de antagonismos pulsionales que dividen indecidiblemente el orden subjetivo y social.

La hegemonía está siempre suspendida entre dos polos imposibles: el primero apunta a una situación en la que no habría desplazamiento, en el que la contigüidad pasa a ser mera contigüidad y en la que todo el movimiento tropológico cesa (...) el segundo, implicaría que la totalización metafórica pasa a ser completa y que relaciones puramente analógicas saturan el espacio social (...). Ambos polos están excluidos por la relación hegemónica. Es sólo en torno a las huellas de la (contingente) contigüidad, que contamina toda analogía, que una relación hegemónica puede emerger.²³

Es decir que siempre debe existir una relación ilusoria de cierre o plenitud (un horizonte mítico o una figuración de totalidad) para que las identidades emerjan, soportadas por este suplemento imaginario. Lo que es vital o imperativo para el análisis de las lógicas hegemónicas es el estudio de las “re-totalizaciones” (u operaciones de universalización) que un sistema particular hace posibles a partir de ciertos movimientos tropológicos. Es decir: cómo las identidades cristalizan, cierran, impregnando con sus sentidos el funcionamiento mismo del espacio social.

TRANSFORMACIONES (“TRANS-LINGÜÍSTICAS”) EN EL CAMPO SEMIOLÓGICO

Benveniste considera, dentro de las principales consecuencias del principio de la arbitrariedad y de las tesis del valor en Saussure –y sus extensas repercusiones en las ciencias sociales al postular a la semiología como “ciencia de las formas”, y a la diferencia como el origen de la identidad– la ambigüedad (o aporía) del pensamiento saussureano, contra los límites teóricos de su tiempo. En tal sentido, las herencias post-saussureanas (incluyendo la mirada antropológica levi-straussiana, la crítica gramatológica derrideana y las teorizaciones lacanianas del signo) incorporan sus conceptualizaciones fundamentales en el contexto de transformación o ruptura de la lingüística clásica (en la instauración del nuevo horizonte conceptual de la lingüística estructural y de la semiología moderna).

Por su parte, en su trans-lingüística Barthes reintroduce el alcance sociológico de la distinción entre *langue et parole* en Saussure desde la perspectiva semiológica, estudiando una diversidad de sistemas de significación de diferente naturaleza, a los que les superpone –en cierta forma– la estructurancia

²³ LACLAU, E., *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, FCF, 2002, pág. 78.

del paradigma lingüístico, pero desde las lógicas suplementaria derrideana y de lo real lacaniano que rompen con la “fascinación del binarismo” en el espacio del lenguaje.

En el campo de la antropología, debemos resaltar fundamentalmente el “valor epistemológico” que Lévi-Strauss le asigna a la oposición diferencial, y en tal sentido el modo en que retoma las teorizaciones saussureanas en relación con el carácter “inconsciente” de la lengua para los que extraen de ella su habla, postulado explícitamente por Saussure,²⁴ tesis que reaparece en una de las proposiciones más fecundas de Lévi-Strauss: que no son los contenidos los que son inconscientes sino las formas, es decir, la función simbólica –idea cercana a la de Lacan, para quien el deseo mismo está articulado como un lenguaje–.

Todos estos aportes, según lo analiza Barthes²⁵, nos permiten conceptualizar de una manera nueva el imaginario colectivo, no por sus “temas” sino por sus formas y sus funciones, es decir: “por sus significantes más que por sus significados”.

Barthes piensa el signo semiótico, por diferencia con el signo lingüístico, contra la densidad del “pasado léxico de los términos” teóricos. Siguiendo a Hjelmslev, intenta realizar un análisis de la forma y la sustancia (o signifiante y significado) en una multiplicidad de sistemas de signos o materialidades significantes cuyo registro no es verbal, a partir de la extensión semiológica de la distinción lengua / habla (o sistema y discurso) pero incorporando al proceso del sentido la dimensión de la significancia, y luego una noción de texto indecible desde la cual abordar el funcionamiento signifiante de todo objeto cultural.²⁶

Desde esta perspectiva, diversas relaciones entre textos o semiografías constituidas por cuerpos, gestos, imágenes, mitos, instituciones, pasiones, son analizados a partir de premisas extralingüísticas en relación con sistemas simbólicos, históricos, sociales, en los cuales se inscriben y mediante los cuales son semantizados fatalmente cuando se establece el sentido, sobreviniendo siempre el desplazamiento de todo objeto en la cadena signifiante hacia una cierta “reserva simbólica” (antropológica, histórica, cultural) en la que se re-inscriben todos los signos de la humanidad.

En este mismo horizonte postestructural,²⁷ define al objeto de la semiótica en relación con una gnosceología materialista. El tipo de productividad

²⁴ Seguimos este análisis en Barthes (1986).

²⁵ BARTHES, R., *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós, 1986.

²⁶ Desarrollamos las principales nociones de la analítica barthesiana en nuestros estudios del espacio educativo-cultural en Enrico (2011, 2012).

²⁷ KRISTEVA, J., *Semiótica I y II*, Madrid, Fundamentos, 1981.

del nivel semiótico constituye la diferencia central introducida por esta ciencia en relación con las “ciencias humanas” anteriores y con las ciencias en general, al insistir en las relaciones simbólicas en tanto modo de producción específico al sentido, lo cual deviene fundamentalmente del pensamiento marxista y del estallido de la noción de valor como una “cristalización del trabajo social”.²⁸

Kristeva reflexiona sobre la importancia teórica de situarse en la apertura permitida por el pensamiento del siglo xx, fundamentalmente a partir de Marx y su noción de lo social como un modo de producción específico (desde la lógica de un trabajo pre-sentido o pre-significante, o como un sistema semiótico particular); y en el caso de Freud, por su conceptualización del mecanismo del sueño como el trabajo constitutivo de la significación, anterior al sentido producido, o anterior al discurso representativo. Tales teorizaciones abren una lectura vertical profunda que interroga la problemática de la comunicación (que es necesariamente una problemática social) en ese “otro escenario” de una diferencia indecible pero presente como forma en toda semiosis.

Esta axiomática sostiene el resquebrajamiento del modelo del signo y del sentido (como cristalizaciones) al situar la inteligibilidad en las relaciones o en las articulaciones, y no en sus resultados o efectos, por un lado; pero por otro lado postula que no toda relación es simbólica.²⁹ Es decir: que existe una dimensión “no simbólica” a la que no puede reducirse el simbolismo o la significación, postulado que resulta central a los fines de esta reflexión sobre lo imposible en la ontología de lo social; es decir, sobre su apertura finalmente inabordable o intratable.³⁰

Analiza la autora que la historia literaria del siglo xix nos ofrece textos modernos que en sus propias estructuras se piensan como producciones irreductibles a la representación (menciona a Joyce, Mallarmé, Lautréamont, Roussel). Elaborados sobre estas textualidades y estéticas modernas³¹ en tanto prácticas semióticas particulares, los modelos semióticos alcanzan una

²⁸ Agrega: “(...) si en la comunicación los valores son siempre e infaliblemente cristales de trabajo, el trabajo no representa nada fuera del valor en que se cristaliza” (Kristeva, 1981, Pág. 47), lo cual constituye el criterio de su medida (valor de uso o de cambio) en el contexto de las relaciones sociales de producción.

²⁹ KRISTEVA, J., *Ibidem*

³⁰ DERRIDA, J., *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones, 1997; BARTHES, R., *S/Z*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.

³¹ Podemos mencionar esta excentricidad en las vanguardias artísticas de fines del siglo xix IX e inicios del siglo xx; y en nuestra vanguardia literaria en particular, la escritura borgeana de universos y objetos imposibles. No es un dato menor la lectura insistente de Foucault de los textos de Borges y de Roussel en la mirada que atraviesa su arqueología de las ciencias del hombre.

“práctica escritural” y se vuelven hacia el texto social. Por tanto, en la textura de diferentes tramas lingüísticas (psíquicas, sociales) en las que el sujeto se inscribe o se expresa, es necesario explorar las propias posibilidades del lenguaje, y por ende indagar el devenir de las significaciones de los signos.³² En tal sentido, no hacemos sino explorar las relaciones metafóricas, trópicas, retóricas, estilísticas, en tanto especificidades o gestos para-gramáticos que resultan de determinadas “espacializaciones”, “desviaciones” de la linealidad del lenguaje “normal” (imposibles de representar desde una perspectiva semiótica o sígnica).

Desde una episteme similar, Derrida afirma que el vacío como situación de la literatura es lo que la crítica literaria debe reconocer como la especificidad de su objeto; es el modo como esta nada misma se determina al perderse³³ siendo que la escritura (y por tanto el sentido) es afectada por la infinitud de la diferencia.

LA IMPORTANCIA POLÍTICA DE LO FIGURAL EN EL ANÁLISIS DE LOS DISCURSOS

A partir de este recorrido que nos permite pensar otra ontología (política) de lo social como texto o discursividad que emerge siempre ante un conflicto entre identidades en pugna, revisemos entonces, nuevamente, las herencias transdisciplinarias que hacen conceptualizable este objeto del orden de lo imposible, volviendo a las nociones del inconsciente freudiano y de lo Real lacaniano (que introducen una ruptura fundante, no reductible a las traducciones simbólicas del aparato psíquico), las cuales atraviesan la forma teórica del APD, en su problematización de diferentes tipos de figuraciones en el espacio del lenguaje (recordemos que, siendo que el primer acto de la hegemonía es la nominación, esta problematización es central).

En las teorizaciones freudianas del inconsciente como otra escena fundamental en relación con el orden simbólico,³⁴ lo consciente supone este nivel o lenguaje que constituye su alteridad radical, proliferando en formaciones y figuras extrañas. En tal sentido, analizamos el concepto freudiano de “lo simbólico”, en el contexto de la reconceptualización lacaniana de los registros Real, Simbólico e Imaginario, para pensar las relaciones constitutivas

³² KRISTEVA, J., *Semiótica I y II*, Madrid, Fundamentos, 1981.

³³ DERRIDA, J., *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Antròphos, 1989.

³⁴ Ver en particular el Seminario N° 5 de Jacques Lacan, referido a “Las formaciones del inconsciente”, en relación con las teorizaciones freudianas -desde su formulación de la segunda tópica-, en referencia a la estructuración o anudamiento simbólico, a partir de la intermediación de la palabra en la constitución de la intersubjetividad.

de la subjetividad, nuestro conocimiento del mundo y la configuración del sentido histórico desde tales reflexiones. Recordemos que las propias nociones de lo Imaginario y lo Simbólico en Lacan (respecto de las cuales lo Real supone una gran heterogeneidad) implican justamente el intento teórico de crear cierta mediación entre el análisis libidinal, las investiduras psíquicas, la función nominal del sujeto y las categorías lingüísticas³⁵ en la conformación misma de la subjetividad y de la realidad.

Uno de los aportes fundamentales para analizar la complejidad de los procesos de semiosis social se relaciona con la primacía del significante en la teoría lacaniana del signo, en especial al repensar la concepción saussureana del signo lingüístico y sus revisiones contemporáneas.

Según las argumentaciones de Derrida, la diferenciación esencial entre significado - significante³⁶ supone mantener la distinción entre un orden inteligible y un orden sensible, y el trasfondo teórico de tal diferencia implica la oposición entre el orden de la conciencia y su exterior, por lo cual el plano significado, en tanto “puro inteligible”, permanecería en un estado trascendental, superando su articulación con el plano significante en la cadena de los signos,³⁷ lo que implica que debe restituirse el carácter generador de significación al orden del significante, en tanto “huella”. Respecto de este análisis, los autores sostienen que, por lo mismo,

(...) ya no es en el nivel del signo sino de la cadena significante donde se instituye la discusión conducida por J. Lacan en nombre de la experiencia psicoanalítica: el descubrimiento del inconsciente es el descubrimiento de un sujeto cuyo lugar, excéntrico para la conciencia, no puede determinarse sino mediante ciertas reiteraciones del significante y el conocimiento de las leyes de desplazamiento del significante. Lo cual significa destacar tanto la exterioridad del orden significante con respecto a esos sujetos de enunciados conscientes que creemos ser, como su autonomía, la una y la otra determinantes para la significación real de lo que se anuncia en nosotros.³⁸

³⁵ JAMESON, F. *Imaginario y simbólico en Lacan*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1995.

³⁶ En el campo de los estudios lingüísticos post-saussureanos, nos interesa trabajar la conceptualización de la cenemática (estudio del “vacío”) y los conceptos de “contenido” y “forma” en Hjelmslev; y sus herencias en los estudios postestructurales del lenguaje. Estas teorizaciones anti-sustancialistas sostienen el carácter vacío de contenido de la forma de la lengua, o de la lengua en tanto forma. Ver Hjelmslev y las discusiones del Círculo Lingüístico de Copenhague hacia 1935; y el trabajo sobre los significantes vacíos y el grado cero en *Mitologías* de Barthes [1957] y sus textos posteriores.

³⁷ DUCROT, O. y TODOROV, T., *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pág. 392.

³⁸ DUCROT, O. y TODOROV, T., *Ibidem*, pág. 393.

Lacan se refiere en estas formulaciones a aquello que se resiste al sentido o a la simbolización, y que permanece irreductible a las leyes del contenido. Agregan Ducrot y Todorov que de estos aportes se deducen otras consecuencias fundamentales a las investigaciones semióticas. Entre las mismas, ya no una simple “oscilación” de la estructura interna del signo, sino una concepción que ubica a la significación no asociada a la teoría del signo en tanto unidad pertinente, sino justamente a la cadena significante en su desplazamiento y en su extensión, en tanto genera un “efecto de sentido” que no se limita a su “actualidad” (siendo incluso retroactivo).

El sentido aparece, entonces, bajo la forma de “puntuaciones” o deslizamientos de contenidos que se detienen provisoriamente bajo el efecto del orden significante, no habiendo nunca correspondencia entre ambos órdenes sino determinadas articulaciones puntuales.

Desde tal perspectiva, Lacan menciona la metáfora del lenguaje como “lugar” (analizado en su sincronía) en el que pueden puntuarse los “momentos” o tiempos (diacrónicos) en los cuales ciertos significados se “establecen” habitando el espacio vacío del significante, sin constituirse nunca en significados trascendentales sino en articulaciones provisorias y frágiles que permanecerán más o menos tiempo ligadas a esa configuración de sentido, instituyendo tanto una determinada espacialidad como una determinada temporalidad.

ALTERIDADES, ALTERACIONES, APERTURAS DE LA IDENTIDAD (A MODO DE CIERRE)

Decíamos que en sus lecturas postmarxistas, Kristeva introduce la importancia de pensar la materialidad del sentido en tanto productividad trans-simbólica, en la forma de textualidades y estéticas no reductibles a los límites de la representación del simbolismo lingüístico (práctica propia de los sistemas denominados “retóricos”: las artes, la literatura, el inconsciente) desde una exploración del orden poético-trágico del mundo que transforma la estabilidad de toda linealidad significante, produciendo como actividad semiótica más bien rupturas, estallidos, desplazamientos, perversiones y pasiones que subvierten los saberes y las escrituras histórico-sociales hacia una infinita alteridad.

Por esto, interrogar los antagonismos o los límites del lenguaje abre preguntas e identidades silenciadas o ilegibles en torno de prácticas expulsivas o invisibilizantes, que no por no ser evidentes no tienen lugar.

Frente a las intenciones de transparencia del lenguaje gnosceológico de las ciencias, se abre una axiomática que, en los márgenes del racionalismo,

piensa “captar en vivo” la vida del gesto, del cuerpo, de la magia³⁹ y las transformaciones o diferencias que impugnan las figuraciones e interpretaciones consagradas, dando lugar a una nueva sensibilidad que atraviesa y disloca las formas mismas de los discursos sociales y del mundo.

En el análisis, toda discursividad atraviesa la “opacidad” de la cadena significativa, condensando en todo *corpus* presente un “doble proceso de producción y de transformación del sentido”, para intentar comprender cómo funciona lo figural en los discursos,⁴⁰ o “la figurabilidad en la lengua a través de lo figurado”⁴¹ mediante las operaciones de desplazamiento entre lo consciente y lo inconsciente.

Pero esta lectura del simbolismo no responde a oposiciones dualistas esenciales (cuerpo y fantasma; materia y espíritu) sino que funciona más bien bajo la lógica –postfundacional– del suplemento o de un más allá del sentido que impregna las identidades, en la forma del desplazamiento o del diferimiento del aquí, del ahora, del sentido como unidad o como presencia (la *différance* derrideana).

La teoría de la hegemonía de Laclau y Mouffe⁴² introduce justamente una concepción de lo social que niega toda perspectiva esencialista o fundacionalista al afirmar la relacionalidad contingente constitutiva de las identidades sociales, las que permanecen desplazadas y nunca plenas en tanto “positividades”, siendo que se constituyen desde un plano de diferencialidad y antagonismo en un momento de articulación siempre precario e inestable en relación con un sistema de equivalencias hegemonizante.

En tal sentido, la apertura de lo social (la no posibilidad de una literalidad última o de un “cierre” del sentido) es considerada como “esencia negativa”, constitutiva de lo existente⁴³ y desde esta apertura pensamos la identidad y los procesos subjetivos en el espacio educativo-cultural, buscando las huellas de las contingencias y tramas políticas que hicieron posibles determinadas emergencias hegemónicas y determinados ordenamientos históricos del sentido, en un camino analítico que, al desplazar los márgenes y el horizonte de mirada que difieren la finitud y la verdad, anuncian otras identidades.

³⁹ KRISTEVA, J., *Semiótica I y II*, Madrid, Fundamentos, 1981.

⁴⁰ BUENFIL BURGOS, R. N., “Narrativa y retórica: herramientas para el análisis de discursos educativos”. En *Memorias Encuentro Educación, politicidad, discurso y subjetividad. X años del Programa de Análisis Político de Discurso e Investigación (PAPDI)*, México, DIE Cinvestav, UNAM, 2013.

⁴¹ KRISTEVA, J., *Semiótica I y II*, Madrid, Fundamentos, 1981, Pág. 31.

⁴² LACLAU, E. y MOUFFE, CH., *Hegemonía y estrategia socialista*, España, Siglo XXI, 1987.

⁴³ LACLAU, E. y MOUFFE, CH., *Ibidem*.

REFERENCIAS

- BAQUERO, R., FRIGERIO, G. y DIKER, G. (Comp.), *Las formas de lo escolar*, Buenos Aires, Del estante editorial, 2008.
- BARTHES, R., *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós, 1986.
- , *Barthes por Barthes*, Venezuela, Monte Ávila, 1997.
- , *S/Z*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.
- BENVENISTE, É., *Problemas de lingüística general I y II*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2006.
- BUENFIL BURGOS, R. N., “Narrativa y retórica: herramientas para el análisis de discursos educativos”, en *Memorias Encuentro Educación, politicidad, discurso y subjetividad. X Años del Programa de Análisis Político de Discurso e Investigación (PAPDI)*, México; Ed. DIE Cinvestav – UNAM, 2013.
- DERRIDA, J., *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.
- , *Dar (el) tiempo*, Barcelona, Paidós, 1995.
- , *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones, 1997.
- DUCROT, O. y TODOROV, T., *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- ENRICO, J., “Políticas de la diferencia y poéticas subjetivas: Figuras y nociones centrales de la semiología barthesiana para pensar la experiencia biográfica en clave cultural, educativa e histórica”, en BUENFIL BURGOS, R. N. (Coord.). *Memorias VI Encuentro de Análisis Político de Discurso e Investigación* (Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz), Ed. PAPDI (DIE Cinvestav / UNAM), México, 2011.
- , “Lenguaje, cuerpo y fantasma. Una reflexión desde la semiología postestructuralista para pensar las derivas de las subjetividades contemporáneas”, en DE ALBA, A. (Coord.). *Memorias del IV Encuentro Internacional “Giros teóricos. Lenguaje, transgresión y fronteras”*, CD Rom Ed.

UNAM-IISUE - Programa APPEAL FFYL UNAM - Univ. Iberoamericana - CINVESTAV, UPN - SEP - CGEIB, México, 2012.

———, “Aporías de la subjetividad. Lecturas transdisciplinarias para el análisis político de la identidad en el espacio educativo-cultural argentino contemporáneo”, Publicación IV Jornadas *Debates Actuales de la Teoría Política Contemporánea*. IUNA - FCS UBA, Buenos Aires. Dirección URL: <http://teoriapoliticacontemporanea.blogspot.com.ar/2013/10/aporias-de-la-subjetividad-lecturas.html>

FOUCAULT, M., *Nietzsche, Freud, Marx*, Buenos Aires: El cielo por asalto, 1995.

———, *El yo minimalista y otras conversaciones. Selección de Gregorio Kaminsky*, Buenos Aires, Ed. La marca - Biblioteca de la mirada, 1996.

FRIGERIO, G., DIKER, G. (Comps.), *Educación: saberes alterados*, Paraná, Fundación Editorial La Hendija, Colección del estante, 2010.

GENTILI, P., “Nada en común. Sobre la pedagogía del desprecio por el otro”, en FRIGERIO, G. y DIKER, G. (Comps.), *Educación: posiciones acerca de lo común. Serie Seminarios del Cem. Colección del Estante*, Paraná, Ed. Fundación La Hendija, 2012.

JAMESON, F. *Imaginario y simbólico en Lacan*, Buenos Aires, Ed. El cielo por asalto, 1995.

KRISTEVA, J., *Semiótica I y II*, Madrid, Fundamentos, 1981.

LACAN, J., *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

LACLAU, E., *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, FCF, 2002.

———, “Política y los límites de la modernidad”, en LACLAU, E., MOUFFE, C.; TORFING, J.; ŽIŽEK, S. (BUENFIL BURGOS, R. Coord), *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad*. México: Plaza y Valdés, 2004.

LACLAU, E. y MOUFFE, C., *Hegemonía y estrategia socialista*, España, Siglo XXI, 1987.

RANCIÉRE, J., *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.

SKLIAR, C., “Alteridades y pedagogías. O... ¿y si el otro no estuviera ahí?”, en *Educação & Sociedade*, Brasil, Año XXIII, N° 79, 2002.

SOUTHWELL, M., “La forma escolar desafiada: escuela media, horizontes particulares y comunidades fragmentadas”, en BUENFIL BURGOS, R.; FUENTES, S.; TREVIÑO, E. (Coords.), *Giros teóricos II. Diálogos y debates en las ciencias sociales y humanidades*; México, Ed. FFYL UNAM, 2012.

TORFING, J., “Un repaso al análisis de discurso”, en Laclau, E.; Mouffe, Torfing, J.; Žižek, S. (Buenfil Burgos, R. N. Coord.), *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad*, México, Plaza y Valdés, 2004.

ŽIŽEK, S., *Cómo leer a Lacan*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 2008.

———, *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI, 2009.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
xxx, xxx, Argentina en el mes de xxx de 2017.
Tirada: xxx ejemplares

Encontranos en



www.eduvim.com



[eduvim](https://www.facebook.com/eduvim)



eduvim.blogspot.com



[@eduvim](https://twitter.com/eduvim)



[editorial_eduvim](https://www.instagram.com/editorial_eduvim)

Buscanos en

Librería Universitaria Centro

Chile 253 - Villa María (Cba.) CP 5900

☎ +54 (353) 4539145

Librería Universitaria Mediateca

Av. Sabattini 40 - Villa María (Cba.) CP 5900

☎ +54 (353) 4539118

Librería Universitaria Campus

Arturo Jauretche 1555 - Villa María (Cba.) CP 5900

librecampus@gmail.com

Librería Universitaria Córdoba

Félix Frías 60 - Córdoba Capital - CP 5004

libreriauniversitaria.cba@gmail.com

☎ +54 (351) 4265713

Librería Universitaria San Francisco

Trigueros 151 - San Francisco (Cba.) CP 2400

libreriauniversitariacusf@gmail.com

Librería Universitaria Villa del Rosario

Rioja 730 - Local 3 - Terminal de Ómnibus - Villa del Rosario (Cba.) CP 5963

luvilladelrosario@gmail.com

Distribuidora Córdoba

ventaseduvimcba@gmail.com

☎ +54 (351) 4265713

Distribuidora Tramas

Piedras 575 - Planta Baja (CABA)

Contacto: Silvia Barrios - silfeba@gmail.com

☎ +54 9 (11) 53277306 / +54 (11) 43454774

